



Por fin juntos

Una historia de amor pasional

Cristina Segarra



Círculo Rojo

Por fin juntos
Una historia de amor pasional



Cristina segarra

Primera edición: noviembre 2019

Depósito legal: AL 2658-2019

ISBN: 978-84-1338-602-7

© Del texto: Cristina Segarra

© Fotografía de cubierta: Cristina Segarra

Impreso en España — Printed in Spain

Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Introducción

El primer amor queda escondido en nuestra alma, en nuestros pensamientos y en lo más profundo de nuestro corazón. Es el que nos enseña a amar de verdad, con ilusión y sin miedo. Nos dejamos llevar por nuestros sentimientos y nos hechiza en todos los sentidos. Esa sensación tan pura permanecerá escondida entre nosotros mucho tiempo. Sin embargo, volveremos a sentir por otras personas... pero no del mismo modo ni la misma intensidad.

Capítulo 1

La playa

Justo cuando comenzaba el otoño en Santa Pola, Maya paseaba felizmente cogida de la mano con Saúl, los acompañaba la luna llena y escuchaban las olas del mar rompiendo en la orilla mientras se sentaban en la arena. No necesitaban nada más, querían estar solos en su rincón favorito respirando prosperidad. Se abrazaron cariñosamente durante un buen rato, la atracción se notaba a milímetros y las ganas podían con todo, porque habían pasado por muchos obstáculos y Maya había roto con su pasado tóxico para poder estar por fin juntos.

—Besas igual que la primera vez que te besé y me sigues hechizando. Han pasado seis años desde que lo dejamos, sin embargo, aquí estamos, juntos de nuevo en el mismo lugar donde nos conocimos —susurró Maya espléndida, cogiendo la mano de él con fuerza y sin dejar de mirarle.

—No te imaginas cuánto he esperado este momento. El resplandor de tus ojos, tu sonrisa, tu rostro angelical... me deslumbran por completo, nunca has dejado de hacerlo —respondió Saúl con brillo en los ojos mientras la acariciaba con deseo.

—Te quiero solo a ti, te he visto en cada sueño que he tenido durante todo este tiempo. —No dejaba de observar su boca.

De pronto, Saúl, con unas ganas interminables, se derritió en los labios de ella con un eterno y deseado beso sin dejar de acariciarla en todo momento. De pronto, cogió su mano, se la puso encima del corazón y le preguntó mirándola tiernamente:

—¿Sientes mis latidos?... Esto es lo que me haces sentir cuando te tengo tan cerca y cuando te beso. Necesito tenerte para siempre. No me dejes nunca más, por favor. Me quita el sueño pensar en perderte de nuevo. Quiero cuidarte sin condición, verte llegar al altar y ser el papá de tus futuros hijos.

Todo empezó seis años antes, Maya tenía diecisiete años, acababa de terminar el instituto para pasar a bachiller. Tenía el rostro dulce, era tremendamente cariñosa y siempre tenía una sonrisa especial en su preciosa cara. Tenía el pelo castaño por la cintura y los ojos azul cielo. Le encantaba escuchar música, dibujar, escribía poemas de amor y, sobre todo, le encantaba disfrutar en familia.

A diario, estaba con su mejor amiga Lila. Era su mayor confidente, se conocían desde que eran unas niñas y hacían infinidad de cosas juntas.

Una tarde de verano estando las dos en la playa bañándose y tomando el sol, conocieron a tres chicos refrescándose en el agua. Estaban cerca de ellas, dos de ellos eran guapos, las miraban pícaramente y les dijeron con la mano que fueran. Ellas sonrieron tímidamente y no hicieron caso a su saludo. No obstante, ellos no las dejaron en paz y se acercaron nadando a conocerlas.

Uno de ellos era Saúl. Tenía una sonrisa cautivadora detrás de su timidez y a Maya le llamó bastante la atención cuando se acercó a darle dos besos. Era el típico chico que pasaba un poco desapercibido, pero que, si tratabas con él y lo conocías de verdad, te podía enamorar en poco

tiempo.

Solían quedar muy a menudo durante ese verano, salían a cenar, iban a bailar y volvían a la playa cada día. Hicieran lo que hicieran, se divertían mucho con ellos.

A Saúl le gustaba mucho Maya, pero no se atrevía a decírselo. Maya lo notaba y también le gustaba, pero dejaba que él diera el primer paso. Llevaban un mes viéndose en grupo y, una noche después de cenar en el centro, Saúl no se lo pensó dos veces y le preguntó a Maya por lo bajini un poco nervioso:

—¿Quieres que mañana después de cenar nos veamos tú y yo a solas? —¡Claro! —Con una sonrisa tímida, respondió dulcemente y siguió la noche ilusionada compartiendo miraditas y sonrisitas cómplices con él.

Al día siguiente, quedaron solos en una heladería. Saúl estaba un poco cortado, pero Maya transmitía una esencia que hacía que perdiera la timidez de inmediato. Fueron a pasear hasta llegar a la playa de Levante, descansaron cerca de la orilla viendo brillar el reflejo de la luna en el agua mientras oían la tranquilidad del mar. El paisaje era precioso, pero la compañía aún más. Estaban cómodos en solitario y no paraban de reír a carcajadas de las aventuras que se contaban mientras se iban conociendo en aumento. Él, al rato, se soltó y no podía contener las ganas de besarla. Miró sus labios, pero se ponía tenso y no se atrevía a hacerlo. Mientras tanto, ella le contaba anécdotas divertidas sobre las aventuras vividas con su amiga Lila. Él sonreía escuchando, pero seguía pensando en besarla. Estaba dudoso y no veía el momento, pero, después de dudarle tantas veces, se atrevió, al fin, y la besó.

El corazón de ella, cuando sintió ese apasionado beso, se engrandeció latiendo deprisa sin poder evitarlo. El hormigueo que sentía por el cuerpo al notar sus labios, era considerablemente adictivo. Le gustaba la sensación que estaba teniendo por primera vez con tan solo besar a un chico. Esa sensación era tan especial que se le quedó grabada en el corazón inconscientemente. Se abrazaron cariñosamente por unos segundos dándose a entender que los sentimientos y la ilusión nacían entre ellos.

—Gracias por esta noche, he estado muy a gusto contigo y ojalá repitamos algún día más —comentó satisfecha despidiéndose con una bella sonrisa.

—Tienes algo especial que hace que cuando estoy contigo no pare de sonreír, no existan las horas del reloj y no quiera irme de tu lado —respondió él con cara de «por favor, quédate y no te vayas».

—Tú también eres especial para mí. Me di cuenta cuando nos presentamos en la playa, justo cuando me diste dos besos, me dejaste fascinada con tu sonrisa —respondió cariñosa abrazándolo mientras le daba un beso tierno en los labios.

De pronto, sin esperarlo, empezó a chispear cada vez más rápido formándose una tormenta de verano que les obligó a ambos a salir corriendo. Iban cogidos de la mano mientras reían a carcajadas por la situación de haberse empapado en tan solo unos segundos.

Cuando Maya llegó fresquita a su casa, se puso el pijama y se acomodó en su cama pensando en la noche que había pasado con Saúl. Comenzaba a gustarle bastante y había algo que llamaba su atención: su sonrisa. Le encantaba que le hiciera reír con sus tonterías y, cuando la besaba, se derretía ante él dejándolo sin palabras, pasaba noches plácidamente con él sin ver su timidez.

Cada vez que se veían, volvían a su rincón en la playa. Parecía que hubiera magia en sus ojos cuando estaban los dos solos. Se absorbían el uno al otro dejando a un lado el mundo real para vivir un sueño fantasioso, cubriendo las noches de verano juntos con mucha ilusión de conocerse.

Una noche, volvieron a la playa tan ricamente, hablaban y reían como si se conociesen de toda la vida. Después de un buen rato, sin esperarlo Maya, Saúl la acarició con decisión. Su mano recorría suavemente cada rincón de su espalda dibujando un corazón con sus dedos. A Maya se le erizaba la piel por completo, le encantaba que lo hiciera mientras la besaba, la llevaba a otro planeta encadenada a sus huesos mientras pasaba la noche cautivada por cómo la trataba.

Así de bien estuvieron los dos meses de verano. Parecían inseparables, estaban en un universo especial llamado «primer amor», era tan bonito lo que sentían en tan poco tiempo que parecía irreal.

Una noche, Saúl estaba más serio de lo normal y no hacía reír a Maya. Estaba un poco distante y faltaban sus caricias constantes y sus besos lentos.

Después de hablar un poco observando el horizonte del mar, Maya le preguntó preocupada:

—¿Te sucede algo?

—No, Maya, ¿por qué lo preguntas? —respondió sin mirarla.

—Te noto distante conmigo, no estás como estas noches —dijo mirándolo mientras estaban cogidos de la mano.

—No sé qué me pasa, solo sé que no quiero hacerte daño.

—¿Daño por qué? ¿Así, de repente, me dices esto? —preguntó confusa.

—Nunca he sentido por una chica lo que estoy sintiendo por ti en tan poco tiempo.

—Bueno, eso es bueno, ¿porque te preocupas? —preguntó desconcertada acariciándole el pelo mientras lo miraba.

—Tengo miedo de sentir y de que tú no sientas lo mismo.

—A mí me gustas mucho, me haces sentir bien, me encanta como eres, no quisiera que me dejaras por algún miedo.

—No es miedo es...

Entrecortando lo que decía Saúl, Maya, inmediatamente, se acercó a sus labios quitándole de golpe la tontería que llevaba encima esa noche. Saúl terminó de acercarse a los labios de Maya y la besó, hechizado por su esencia. Luego la cogió para sentarla encima de él y continuar besándola con pasión. No sabía por qué aparecían en su cabeza miedos confusos, pero no quería perderla en realidad.

Como si nada, extendieron su ilusión un buen rato hasta que Saúl acompañó a Maya a su casa.

* * *

Terminaron las noches mágicas y comenzó el primer año de bachiller. Al principio, seguían viéndose para ir a la biblioteca a estudiar o se veían alguna noche de sábado para tomar algo y poco más.

A las dos semanas, él estaba saturado con tanto examen, no salía casi de su casa, solo hablaban por mensajes y se hacían alguna que otra llamada. Era mucha la diferencia del verano al presente, y a Maya le faltaba algo. Ella insistía en que se vieses, aunque fuera cinco minutos, pero él no tenía tiempo ni para eso.

Iban pasando los días cada uno con sus estudios y la relación entre ellos iba enfriándose bastante. Maya no daba crédito a lo que estaba pasando, no entendía la diferencia en tan poco tiempo, porque ella seguía sintiendo lo mismo.

Una noche, estaba tan cansada de ver que la relación estaba tan fría que quiso darle un toque

de atención o un pequeño escarmiento. Le mandó un mensaje de texto para ver si así él mostraba un mínimo de interés por ella. El mensaje decía:

«Saúl, si no tienes hueco para verme es que no me quieres como yo creía. Lo mejor es que lo dejemos y seamos amigos».

Saúl leyó el mensaje totalmente sorprendido porque no se lo esperaba para nada y contestó bastante molesto:

«Si es lo que quieres, así será. Estoy bastante ocupado para leer tonterías, Maya».

Ella se quedó triste y desconcertada al leerlo, se llevó un impacto que no esperaba, estaba segura de que le diría que no lo dejaran. De repente, se arrepintió y se quedó llorando pensando en cómo arreglarlo.

Lo llamó varias veces durante los siguientes días y no obtuvo ninguna contestación.

Saúl, aparte de estar ocupado, tenía miedo de sentir más fuerte y fue alejándose poco a poco porque ella le gustaba mucho y no quería enamorarse. Ahora su orgullo no le dejaba recular ni un paso.

Maya, a los pocos días, no pudo evitar llamarlo otra vez. Quiso quedar con él y él aceptó.

Por la tarde, estaban sentados en un banco de madera, ella sintió que no era el mismo de la playa, no la miraba a los ojos, estaba serio y molesto.

Maya, para romper el hielo, empezó a sincerarse:

—Estoy bastante arrepentida por lo sucedido. Me encantaría retroceder y no haberte mandado ese maldito mensaje y seguir nuestra historia de amor.

—Eso es imposible, Maya, no estoy para eso ahora. Ha pasado un tiempo y estoy cómodo sin complicaciones. —Tenía miedo de volver a pasar por lo mismo y se quedaba en lo fácil sin volver a intentarlo.

Maya, cabizbaja, lo miró con sus ojos penetrantes y respondió tristemente:

—Entiendo tu postura, pero quiero que sepas que, aun así, estaré esperándote siempre.

—No digas eso. Perdóname por estar tan frío, pero me dolió mucho que me dejaras justo en ese momento. Estuvimos muy bien todo el verano, pero luego estuve muy ocupado con los exámenes y me agobié también porque empezaba a enamorarme de ti. Así que me alejé por miedo.

—¿Por qué no me lo dijiste? Te hubiera dado un tiempo. Te dejé para ver si te importaba un mínimo, no soportaba no verte y tenía que hacer algo. Perdóname por actuar como si fuera una niña, no te imaginas cuánto me arrepiento. —El rostro no lo tenía nada risueño.

—Ahora ya está, Maya, pero vas a tener mi amistad si quieres. Cuando me necesites, solo tienes que llamarme —respondió sin estar seguro de lo que estaba diciendo.

Con lágrimas en los ojos se quedó Maya en ese banco, mientras que él se despidió con dos besos y se marchó.

Maya, a partir de ese día, estuvo unas semanas desolada escribiendo poemas tristes en el escritorio de su habitación y llorando de rabia. Culpándose por cómo jodió su relación.

Poco a poco, se distraía como podía. Como dibujar la distraía, se apuntó a clases de dibujo y pintura por las tardes. En ellas soltaba su imaginación con los pinceles a todo color, aprendía

técnicas que desconocía. Todo era nuevo, le llamaba la atención y la motivaba para seguir en sus clases.

Con el paso de los meses ya estaba casi restablecida. Fue entonces cuando conoció a Juan, era un amigo de Saúl que ella no había visto antes. A él le gustaba mucho Maya, pero a ella no le llenaba lo suficiente porque no percibía lo que sentía por Saúl y este último aún seguía rondando por su cabeza. Juan era muy adorable, cariñoso y un romántico empedernido. Era mayor que ella. Solían verse en casa de él días sueltos, y los fines de semanas cenaban juntos. Con él estaba a gusto; era como un amigo con confianza, pero cariñoso.

Justo al mes de estar saliendo juntos, Maya vio por la calle a Saúl, cruzaron sus miradas y se acercaron sonriendo a saludarse un poco tímidos.

—Hola, Maya. ¿Cómo estás? —Le preguntó dándole dos besos.

—Hola, Saúl, ahora bien, pero no dejo de pensar en ti. No sé qué elixir habré tomado para no haberlo superado aún —respondió graciosamente.

Saúl estaba contento por los halagos recibidos, pero sabía que su amigo adoraba a Maya, y, aun sintiendo él por ella también, se jodió internamente demostrando ser un chico duro por fuera y respondió:

—No dejes a Juan por mí, él te quiere de verdad y es muy bueno contigo.

Ella se sorprendió porque Saúl tenía razón, pero no esperaba esa contestación de él. Por un momento, pensó que la besaría y se quedaría con ella como en una película, pero como eso solo sucedería en sus sueños, contestó mirándole a los ojos sinceramente:

—Es muy buen chico, se porta genial conmigo y es el sueño de muchas mujeres, pero mi sueño eres tú, Saúl...

De pronto, Juan, que justo en ese momento pasaba en moto al lado de ellos, paró de golpe, se bajó de la moto y, después de saludar a Saúl, besó a Maya en los labios cariñosamente y se fueron los dos juntos. El corazón de ella palpitaba a mil por hora por lo que acababa de suceder, y además se había quedado con las ganas de saber qué hubiese respondido Saúl.

Con el paso de los días, después de coincidir con Saúl y no quitárselo de la cabeza, no podía hacer daño a Juan y tuvo que contarle sus sentimientos reales. Así que termino la relación y acordaron ser solo como buenos amigos. Él no quería perderla por nada del mundo, pero no podía luchar contra sus sentimientos. Con el paso del tiempo, perdieron el roce sin evitarlo ninguno de los dos.

Maya, en realidad, estaba a gusto sola. Iba a clase de pintura, tan risueña creando arte en el lienzo. Era de las pocas cosas que conseguían que se evadiese de su pajarería mental. También escribía poemas, librándose así de sus pensamientos, sentimientos y vivencias con Saúl. Los plasmaba todos en su cuaderno rosa y así se desahogaba.

* * *

Era septiembre, Maya había pasado un verano conociendo chicos que no la llenaban para nada.

Una noche y como cada año, ella estaba divirtiéndose con sus amigas en las fiestas de moros y cristianos de su pueblo. Bailaba contemplando a la gente mientras le daba sorbos a una copa. De pronto, sonó la canción del verano y, mientras se movía entregada al ritmo de la música, se derramó la copa encima del vestido. En ese mismo instante, sin esperarlo ni por asomo, apareció Saúl por detrás de ella rozándole la espalda y cogiéndola suavemente de la mano. Luego le dio

media vuelta acercándola rápidamente a su pecho sin dejar que reaccionase. Cuando ella lo notó tan cerca de sus labios, se le erizó la piel por completo. No daba crédito a lo que estaba pasando, y el corazón se le disparó de nuevo dejándole un nudo en la garganta y con el rostro resplandeciendo intentando asimilar la situación.

—¿Bailamos? —preguntó de repente Saúl, sonriendo atrevidamente.

Maya, asintiendo con deseo, se dirigió hacia él moviendo sus caderas, sonriendo como una boba y con el vestido negro mojado. Se apreciaba que se habían extrañado, el tiempo lo confirmaba y tenían el rostro lleno de pura satisfacción. No se quitaban los ojos de encima.

Los dos se comían con las miradas, estaban felices de volverse a ver, nada ni nadie podían impedir que disfrutasen libremente en la pista de baile sin que existiera nada a su alrededor.

—¡Miradme! —gritó de repente Lila mientras les hacía una foto en ese instante. Estaba contenta de verlos juntos otra vez.

—¿Vamos a tomar algo y damos un paseo? —preguntó de repente Saúl sin dejar de sonreír y con verdaderas ansias de estar íntimamente con Maya.

—Iba a ir a mi casa a cambiarme de ropa, pero me gusta más esta opción, echo de menos nuestro rincón favorito —respondió coqueteando y mirando sus labios con deseo.

Se despidió de sus amigos guiñándoles un ojo, desaparecieron entre la multitud y fueron directos a la barra a por otro cubata. A continuación, pasearon tranquilamente mientras bebían y reían como lo hacían antes.

Cuando llegaron a su rincón, se sentaron directamente cerca de la orilla. Maya recordaba tantos momentos vividos a su lado que estaba analizando la situación. No quería volver a sufrir por él otra vez, pero su mente la contradecía ya que deseaba dejarse llevar por Saúl.

—Cuánto tiempo sin tenerte tan cerca, estaba deseando estar un rato a solas contigo —dijo dulcemente Saúl sin dejar de observarla con ambición.

—Tanto tiempo pensando en ti que no olvido cada rato vivido contigo. ¿Te acuerdas de cuando nos quedamos solos por primera vez, la lluvia fuerte que cayó de repente? ¡Nos empapamos en unos segundos! —respondió riendo a carcajadas, y él se contagió de su risa al recordarlo.

—¡Sí, claro! ¿Cómo olvidarlo? Llegué a mi casa totalmente mojado, pero estaba feliz de haber estado contigo a solas, aunque al principio estuviera tímido. Esa noche me cautivaste por completo, estoy recordándolo y no puedo evitar mirar tus labios, me derribo por volver a besarlos. ¿Me dejas hacerlo de nuevo? —preguntó embelesado sin dejar de mirarla, encaprichado.

Ella solo asentía con la cabeza totalmente rendida a sus pies al escuchar sus palabras. Saúl comenzó a acariciarle la espalda como a ella le gustaba, se fueron acercando poco a poco sus labios mientras se miraban a los ojos, él la cogió por la nuca delicadamente y la echó para atrás acostándola en la arena con ojos hambrientos e inmensas ganas de devorarla. Se puso encima de ella dándole besos pasionales por el cuello, con los ojos cerrados y sintiendo su deseada esencia.

—Me erizas cuando me rozas. Ascende por mi interior una sensación deliciosa —susurró al oído de él.

—Te echaba mucho de menos, princesa, sigues teniendo una esencia que me hipnotiza —respondió sediento de amor.

No dejaban de besarse y de acariciarse como si no existiera un mañana, se trataban con amor y estaban asimilando que se querían todavía y que ya no estaban juntos. Habían vuelto a revivir su

historia unas horas complaciéndose mutuamente. No cabía duda de que volvía a haber magia entre ellos. Aquella noche, ella estaba feliz por la forma en la que había transcurrido todo y no quería que Saúl pensara en sus miedos y desapareciera de nuevo.

Después de pasar unas horas rebosantes de cariño y de hablar del pasado, trataron de recuperar el tiempo perdido y sintieron que no se separarían de nuevo. Lo malo fue que Saúl no pudo evitar encontrarse mal porque había bebido más de la cuenta. Ella intentó darle su espacio para que se recuperara, pero, al rato, empezó a encontrarse peor y tuvo que marcharse. Ella no tenía ganas de nada y se fue también.

Lo que empezó como un sueño... terminó como una auténtica desilusión.

Capítulo 2

Noches mágicas llenas de amor...

Maya llevaba un mes completo sin saber de Saúl. No lo llamaba para evitar que se agobiase, pero esperaba que él lo hiciera. Una tarde, caminaba tranquila por la calle y estaba a punto de llegar a sus clases de pintura. Iba pensando en sus cosas. Sin esperarlo para nada, pasó Saúl en moto junto a una chica bastante guapa. Ella lo abrazaba mientras sonreían, parecían felices y Maya se quedó completamente rota. Se sentía engañada porque él no le contó que estaba conociendo a una chica, a pesar de los sentimientos tan fuertes que se profesaban mutuamente.

Estando en sus clases, esa tarde no pudo concentrarse. Se sentía frustrada y decepcionada por la visión de Saúl en pareja, y deseaba con fuerza cambiar el chip y dejar de pensar en él. Quería cerrarle la puerta para siempre y no saber más de los hombres.

Una noche estaba con Lila paseando por la orilla de la playa, iban entretenidas hablando de Saúl, y, de repente, vieron que él venía de frente con su novia. Maya, al ver como la abrazaba mientras la miraba fijamente, serio y pasando por su lado, le devolvió la mirada con mucha rabia e impotencia mientras el corazón le estallaba de dolor.

Terminó el verano conociendo a gente nueva y haciendo su vida, pero reteniendo en su cabeza a Saúl sin podérselo arrancar. Deseaba hacerlo, tenía rabia acumulada porque no había sido sincero con ella y quería una explicación.

Era el primer día del segundo curso de bachiller. Ya estaban todos sentados dando clase, cuando, de pronto, entró Carlos, un amigo de Saúl, disculpándose por llegar tarde y fue deprisa a sentarse en la única silla que quedaba vacía, justo al lado de Maya. Así se fueron conociendo día a día. A Carlos le gustaba Maya, había percibido la esencia que transmitía con su sonrisa. Estuvo unos días detrás de ella para que le diera su número de móvil, ella no se lo daba y no quería caer en ningún juego porque no deseaba estar con ningún otro chico, pero Carlos era incansable, y hasta que no se lo diera no dejaría de insistir. Maya le respondía que su corazón estaba ocupado, sin embargo, después de tanto insistir Carlos, al final ella le dio el número. A partir de ese mismo día, Carlos no paraba de enviarle mensajes conquistadores, la llamaba a todas horas después de clase para ir a verla y ella respondía negativamente porque no quería complicarse todavía. En realidad, le gustaba que hiciera todo eso, porque lograba que se olvidara un poco de Saúl. Así fue como renació en ella una nueva ilusión.

Con el paso de las semanas, Maya se divertía mucho con él en clase, le iba gustando un poco, sobre todo la forma en que la conquistaba, y cedió en conocerlo bien. Carlos era atractivo, rubio con ojos verdes, llamaba la atención y era diferente a los demás. Conociéndolo bien podría conseguir olvidar a Saúl y, sin pensárselo, se dejó llevar poco a poco, pero antes le recordó que tenía el corazón ocupado por su primer amor. Él, totalmente convencido, le prometió que olvidaría a Saúl estando con él.

Eran el día y la noche por su forma de ser, pero había algo en él, aparte de su físico, que la atraía por completo. Sin embargo, también tenía un lado oscuro que desconocía por el momento y sospechaba de algo raro, porque no podía ser todo tan perfecto.

Llevaban unos meses juntos, disfrutaban de su amor confuso. Carlos sentía mucho por Maya y le fue totalmente sincero ya que se dio cuenta de que Maya desconfiaba de él. Carlos le dijo que le gustaba meterse cocaína los fines de semana. Se la metía a escondidas cuando la dejaba, después de verse en su casa por las noches, y ella ni se enteraba.

No estaba enamorada, pero las relaciones íntimas hacían que se encadenara a él en las buenas y en las malas. Cuando estaba en su sano juicio entre semana, se sentía muy a gusto con él en su casa y no se acordaba para nada de Saúl, pero los fines de semana era distinto, pasaban en unos segundos de la fiesta al enfado.

En Semana Santa empezó a trabajar en un bar de la playa los fines de semana. Un domingo estaba preparándose un café de espaldas a la barra, había dormido poco y lo necesitaba para seguir su jornada laboral. De pronto, una voz muy conocida e inconfundible preguntó:

—Me puedes poner un granizado de limón. ¿Por favor? —Estaba un poco nervioso.

—¡Claro! ¡Marchando! —respondió ella dándose media vuelta, y, cuando comprobó que era Saúl, se apuró mientras le servía su granizado.

—Aquí tienes, Saúl, invita la casa —dijo sonriendo dulcemente y guiñándole un ojo.

Él, sin decir nada, sonrió también mirándole a los ojos, dejó dos euros en la barra y se marchó sin el cambio. Ella se quedó como una boba pensando en él sin poder remediarlo.

Siempre que coincidía con Saúl, esa misma noche escribía en su cuaderno lo que había sentido, era como un experimento, pero lo hacía porque con ningún otro chico había sentido lo mismo y lo tenía como un amor imposible.

Con Carlos no tenía una rutina buena, se veían días sueltos y los fines de semana se quedaba a dormir con él, estaban pasando por un momento distante por todas las fiestas que él hacía los sábados en casa con sus amigos. Aunque Maya no se lo pasaba bien, respetaba su espacio y tragaba cada momento amargo porque estaba empeñada en luchar por su relación para olvidar de una vez a Saúl.

Con Lila ya no hacía muchas cosas, ella repitió curso y se habían distanciado bastante al ir cada una con los amigos de sus respectivas clases; pero si tenían algún momento, lo seguían compartiendo juntas.

Llegaron las fiestas del pueblo, había pasado un verano muy raro con Carlos. Él se iba con sus amigos todas las fiestas y Maya se quedó con Lila y sus nuevas amigas para ir a bailar cada noche. Tenían una semana larga para disfrutar juntas como lo hacían antes.

La tercera noche de fiestas, Maya estaba en la pista de baile seduciendo con su curva más bonita, su sonrisa, y, en medio de una canción movida, nuevamente Saúl buscó seducirla por sorpresa. Rozó dulcemente su espalda descubierta jugueteando con ella y dibujando un corazón, justo como él solía a hacer. Cuando ella se dio la vuelta y confirmó que era Saúl, estallaron sus sentimientos de alegría por que hubiese ido a buscarla. No les hizo falta ni saludarse, los rostros que tenían mientras se consumían con la mirada expresaban todo lo que sentían al verse de nuevo.

No existía Carlos en ese momento. De pronto, Maya, sin evitar caer rendida a sus pies cada vez que la buscaba con sus ojos brillando con la luna llena de testigo, totalmente seducida con esa caricia, le dijo, aprovechando la ocasión que ni en sueños se hubiera imaginado que ocurriría de nuevo:

—Pasa el tiempo sin vernos y mi corazón no te olvida.

Saúl le dedicó una sonrisa cautivadora y, con ganas de estar con ella a solas, le preguntó:

—¿Te apetece que nos vayamos a mi casa? No están mis padres.

—¡Me apetece mucho! Me despido de mis amigas enseguida —respondió ella encantadísima.

Mientras iban andando sin prisa, hablaban y se ponían al día, sus miradas decían cuánto se deseaban. Era tan gratificante reencontrarse de nuevo... Trataban de omitir los lapsos de tiempo que dejaban de verse y parecía que no hubiera pasado nada malo entre ellos.

Llegaron a casa de Saúl, se pusieron cómodos en el sofá y siguieron hablando un rato de sus vidas. Maya le contó en confianza que no estaba bien con Carlos. A él le seguía encantando, sin embargo, por respeto a su amigo, había construido un muro en su interior para no fallarle, pero su mirada no expresaba lo mismo, aun sabiendo que temía el compromiso y que tenía novio, no podía esconder el deseo que tenía de besarla y de estar con ella.

Hacía dos meses que había dejado a su novia y le contó cómo había ocurrido, aclarándole que no llegó a enamorarse nunca. Ella escuchaba atentamente mientras se alegraba interiormente al saber que fue él quien cortó la relación porque se agobió.

Maya se sentía mal por estar viéndose con Saúl a escondidas, pero estaba tan metida en ese mundo de fantasía si estaban juntos, que lo que quería era dejarse llevar de nuevo con Saúl. Todavía había algo que retomar y tenía que intentarlo por última vez sin pensar en nadie más.

De repente, sin poder evitar las ganas que tenía, él comenzó a acariciarla delicadamente mientras la miraba con destello escuchando sus palabras.

—Eres el único que me eriza la piel al rozarme, siempre lo has hecho —susurró Maya embelesada por sus caricias.

Sin responder nada, él la besó cálidamente con un profundo beso que curó de golpe sus heridas. Maya sintió el calor y la humedad de sus labios mientras se derretía en ellos. Atrevidamente, descendió recorriendo con sus labios su cuello, deslizándose por el escote de su pecho hasta llegar a su ombligo. Ella sentía que se excitaba con cada uno de los besos que recorrían su ser. Cada caricia era una explosión a flor de piel y el hormigueo que atravesaba su cuerpo era escandaloso. Era una fantasía hecha realidad volver a estar juntos después de todo. Continuaron besándose con pasión y disfrutando de su efusividad morbosamente. Se gustaban mucho, pero, por la cabezonería de Saúl y los obstáculos que adquirirían, no pudieron seguir escribiendo su historia de amor.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó Saúl, satisfecho, pero con ganas de más, mientras la abrazaba sutilmente entre sus brazos.

—Estoy deseándolo, me siento refugiada junto a ti y soy feliz cuando estamos juntos —respondió Maya mirándole tiernamente.

Se dieron el número de móvil, ella se lo guardó con el nombre de Lila 2 para que no lo descubriera Carlos y se despidieron con un beso tierno mientras ella le cogía la barbilla sutilmente.

Maya llegó a casa complacida y, cuando estaba en la cama preparada para dormir, le envió un mensaje a Saúl:

«Me has hecho sentir de nuevo como nunca nadie lo había hecho, te he echado mucho de menos... Tus besos, tus caricias y tú sonrisa me tienen loca perdida desde hace tiempo. Buenas noches. Sueña conmigo».

Maya, después de mandar el mensaje, cogió la foto de ambos y estuvo observándola. Mientras recordaba las caricias y besos de Saúl, se quedó dormida plácidamente.

Al día siguiente, se levantó contenta y disfrutó del día manteniendo el nivel de euforia, deseando que fuera de noche para sentirse absorbida por Saúl.

Después de cenar, se arregló, estaba monísima. Se puso un vestido rojo corto marcando sus curvas, se maquilló, se dejó la melena suelta con ondas, cogió el bolso, comprobó que lo llevaba todo y fue en busca de su ilusión.

Él estaba esperándola en el balcón con su sonrisa cautivadora mientras la veía andar moviendo sus caderas. Automáticamente, bajó a la portería para recibirla con un beso y un abrazo mientras le estrujaba el trasero.

—No puedo resistirme, estás preciosa.

—¡Qué exagerado! ¿Vamos arriba? —preguntó ella con ganas.

Entraron en silencio para no despertar a los padres de Saúl y se acomodaron mientras ella escogía película en la habitación. Hablaron un buen rato mientras él le acariciaba las piernas por debajo del vestido. Estaban sentados en la cama, apoyados en la almohada y acurrucados. Cada vez que él rozaba su piel, ella temblaba y cerraba los ojos sintiendo sus dedos suaves bordeando sus partes. Estaba confundida, pero deseaba dejarse llevar por lo que sentía a escondidas disfrutando de su amor platónico. De repente, él le dio un beso apasionado que la dejó sin aliento durante varios segundos. Continuaron acariciándose pasionalmente sin miramiento y besándose excitados mientras que la noche pasaba gustosamente para ambos. Había puro deseo en esa habitación, sus almas habían reconstruido un muro alrededor de los dos que les ayudaba a complacerse mejor.

—Qué bien besas —susurró Maya al oído de Saúl mientras él la besaba desde la oreja hasta el cuello con besos húmedos y pausados.

—Me haces temblar cuando me besas, y cuando sonríes mirándome... me derrito. Me tienes fascinado —comentó él mientras la acariciaba deseosamente.

Unas ganas interminables hacían sentir que no existiera nada más que ellos. Se terminaron de acomodar envolviéndose entre caricias y besos, deseando ir más allá. Era inevitable después de tantos sentimientos y de un amor tan placentero, pero alguien les impedía ir más lejos.

No querían que acabara la noche, pero era tardísimo y, poco a poco, fueron parando la emoción y quedándose calientes. Después de un rato abrazados, una vez terminada la película, Saúl acompañó a Maya a su casa despidiéndose en el portal de un modo bastante meloso.

Al día siguiente, Carlos la llamó. Ella se mostró un poco fría y no le dijo lo que estaba ocurriendo. Quería contárselo en persona, pero antes de hacerlo estaba reviviendo un sueño en un lugar especial y lo necesitaba.

Esa misma noche, volvió a quedar con Saúl. Se vieron, bailaron, tomaron una copa mientras hablaban y se marcharon a escondidas a casa de él. Ya tenían más confianza, se dejaban llevar más, él la hacía reír y eso la encaprichaba.

—Me tienes pillado con tu encanto, derrochas alegría allá donde vas, contagiando felicidad y bienestar —murmuró mirándola fijamente a los ojos mientras estaban acostados en la cama, bastante entregados.

En ese momento, parecía que estuvieran enamorados y no existiera ningún obstáculo. Sus brazos se fundían y no podían separar sus labios. Se deseaban, las ganas que tenían de estar juntos eran inmensas. Sin embargo, Saúl sabía que cuando Carlos volviese no se lo perdonaría. Aun así, estaba reviviendo su pletórica historia con su primer amor y, en ese momento, pensaba

en todo menos en Carlos.

Saúl sabía escucharla, podía hablar de todo con él, seguían siendo los mismos de la playa, pero esta vez con más experiencia. Él estaba deseando perder la virginidad con ella, pero no quería dar el primer paso porque la respetaba.

Ella estaba deseándolo también, pero sentía que de ese modo fallaría más a Carlos y no llegaron a ese extremo porque ambos estaban concienciados. Pasaron un buen rato abrazados en la cama mientras veían una película de fondo, el rostro dulce de Maya absorbía su mirada cada instante, haciendo que no la soltara de entre sus brazos dejándola totalmente extasiada.

—No quiero que termine la noche, no me quiero ir de aquí... Pasa el tiempo rápido a tu lado y me quedo con ganas de ti —susurró Maya mientras lo miraba tiernamente deseando sus labios para siempre.

—Yo no quiero que te vayas, pero lo tenemos jodido. Tú estás con Carlos y yo tengo un muro y me cuesta romperlo —contestó él, agachando la mirada y apoyando sus labios en el hombro de Maya mientras se abrazaban irresistiblemente.

Maya no dijo nada y lo besó como si nunca más fueran a volver a verse. Se abrazaron pasionalmente sin requerir nada más, olvidando los miedos y obstáculos por unas horas, y disfrutaron de su amor mágico mientras el tiempo transcurría.

Al día siguiente era la última noche de fiestas. Los sentimientos encontrados de Maya se acumulaban desordenadamente en su interior. Estaba hecha un lío, y todavía no se había puesto a pensar que, por una parte, le gustaba mucho Carlos, a pesar de las discusiones que tenían, y, por otra parte, estaba reviviendo un sueño hecho realidad con Saúl, sabiendo que seguía teniendo miedo a enamorarse, aunque sus actos demostraban lo contrario. Eso hacía que se encadenara más a él y a sus preciosos recuerdos cuando se conocieron.

Esa noche, Maya estaba con sus amigas viendo los fuegos artificiales. Tenía un amargo sabor de boca porque sabía que al día siguiente volvería Carlos, teniendo que darle la mala noticia de que le había fallado. No sabía cómo iba a reaccionar y eso la preocupaba mucho, ya que no sabía cómo decírselo para no ocasionarle tanto daño. No tenía el rostro risueño y en su cabeza volaban todo tipo de pensamientos. Tenía unas ganas tremendas de volver a estar con Saúl para quitarse el mal trago que estaba pasando. De pronto, le apareció escuchar la risa de Saúl. Miró inmediatamente a su alrededor buscándolo con cara aliviada, pero no lo vio.

Por el camino de vuelta, Maya trataba de despedirse de sus amigas como pudiese para ir a casa de él. Justo en ese momento notó que alguien le rozaba el culo y la abrazaba por la espalda, dándole un beso en el cuello sin esperarlo. De repente, con alegría, se dio la vuelta para echarse en los brazos de Saúl, pero no era él, era Carlos, que llegó un día antes porque iba con sus amigos a una fiesta privada sin que lo supiera Maya. Se sorprendieron mutuamente.

—¡Qué sorpresa, Carlos! Te esperaba mañana —dijo sorprendida y un poco cabreada interiormente porque Carlos rompía su ansioso plan.

—He llegado hace media hora, pero voy directo a una fiesta privada, mañana te llamo y nos vemos, Maya —respondió bastante eufórico, completamente cegado y en su mundo, ya que iba de droga hasta el culo... y eso que aún no había llegado a la famosa fiesta.

—Vale, Carlos, yo me quedaré con mis amigas un rato —comentó sin que se notase ni un segundo que le mentía.

Se despidieron con un beso rápido en los labios y siguieron cada uno por su camino.

Sin dudarle ni un segundo, Maya fue directa a casa de Saúl con unas ganas tremendas de

abrazarlo, no tenía tiempo que perder y quería aprovecharlo al máximo.

Saúl estaba esperándola en el balcón como la otra noche. A ella le encantaba mirarlo mientras el corazón le latía fuerte al llegar. Los cruces de miradas con una sonrisa espectacular hacían que se enchochara más sin impedirlo.

Cuando llegó al portal, sus sentimientos de amor estallaron cuando él la recibió con un abrazo mimoso y un beso irresistible. Maya se derretía en sus labios mientras le agarraba por detrás de la cabeza como a él le gustaba mientras él la atrapaba con deseo.

Esa noche, ella no le contó que se acababa de encontrar con Carlos en la playa e hizo como si regresase al día siguiente, porque, en cierto modo, así era (omitiendo lo sucedido).

Estaban viendo una comedia en la tele y, de pronto, Saúl, preocupado porque no se quitaba a Carlos de la cabeza, preguntó dudoso:

—Entonces, mañana cuando venga Carlos... Se lo vas a contar, ¿verdad?

—Tengo miedo de su reacción y pena por el daño que le voy a hacer, pero debo contárselo. Sé que está mal lo que estoy haciendo, pero no sé ya ni lo que siento, estoy confundida y lo único que pienso es en ti y en lo nuestro, porque no te puedo sacar de mi cabeza y tampoco quiero hacerlo —respondió ella suspirando.

—Me gusta todo de ti, me das paz y me contagias tu alegría, pero no estoy preparado para tener una relación seria, tampoco quiero que pienses que juego contigo, porque parece que me contradigo cuando te busco o cuando estoy contigo, pero a veces no puedo controlarme y, además, no quiero ser el causante de tu ruptura —contestó sincero, sin dejar de mirarla.

—Me rompes los esquemas y no quiero hacer caso a tus palabras hoy. Con Carlos ya veré qué pasa mañana, ahora necesito estar a tu lado, deseo que me abrases como ayer y sentirme arropada por ti. Solo quiero eso —respondió melancólica.

Automáticamente, él la abrazó entrañablemente mientras consentía sus caprichos, dándole besitos en la frente. Pasaron un rato delicado, ella lloró en silencio porque sabía que se estaban despidiendo y, en realidad, sentía tanto que no quería volver a pasar por eso.

—No te pongas así, princesa, algún día puede que nos reencontremos, ahora no es el momento. Es difícil lo que siento, no sé ni lo que quiero, pero no pretendo engañarte —susurró mientras secaba delicadamente las lágrimas de los ojos de Maya.

—Me encanta tu forma de ser. No quiero agobiarte, pero necesito que sepas que te tendré en mi corazón siempre. Guardaré tu foto bajo llave para tenerte cerca cuando te extrañe, y en los momentos de tristeza y soledad la miraré para que me transporte a este momento y a nuestro lugar —respondió sumamente triste interiormente, pero secándose las lágrimas con coraje.

—Me duele verte llorar, pero prefiero ser sincero ahora. No quiero empezar una relación contigo y, con el tiempo, agobiarme y que tu te sientas engañada. Mejor dejemos las cosas así —comentó él sin estar seguro de lo quería en realidad.

Maya no podía hablar más, solo sentía presión en su pecho y no paraba de llorar. Solo quería irse a su casa y olvidarse de los hombres por una buena temporada. Saúl la acompañó, y, de camino, le dijo, un poco preocupado por ella:

—No sientas tanto por mí. Mereces a alguien que te quiera de verdad y que esté a tu lado en lo bueno y en lo malo. Ya sabes que tengo miedo al compromiso y no quiero hacerte daño.

—No me digas que no sienta tanto por ti cuando nunca he dejado de hacerlo. Me quedo con las cosas buenas que hemos vivido desde que nos conocemos, me has dado mucho en poco tiempo, y eso me basta.

Con tantos sentimientos de por medio, se despidieron con un abrazo sincero y un último beso tierno.

Capítulo 3

Empezó su peor pesadilla...

Al día siguiente, Maya y Carlos estaban en casa de ella, en su habitación. Sus padres estaban fuera y era el momento de hablar, aunque no sabía cómo decírselo. De pronto, se armó de valor y se lo soltó de golpe, desatando finalmente el nudo que tenía en su estómago.

—Carlos, perdóname, pero me ha pasado una cosa con Saúl.

—¿Os habéis besado? —preguntó Carlos temiendo la respuesta, pero inquieto al no saberla.

—Sabes que no he podido olvidarle. Lo he intentado en muchas ocasiones, pero he fracasado esta vez y me he estado viendo con él varias noches.

De repente, el rostro de Carlos dejó de estar alegre y mimoso y cambió por completo. La miró con asco de arriba abajo y le preguntó muy cabreado y sin pudor:

—¿Has follado con él?

—Tranquilízate, Carlos, no hemos hecho el amor. Solo hubo besos, aunque no me creas —contestó cabizbaja, porque en ese momento se arrepentía de no haberlo hecho con Saúl y no se podía quitar de la mente su despedida.

—No me mientas, Maya. Seguro que lo habéis hecho. ¿Cómo me has podido hacer esto? En unos días es nuestro primer aniversario, ya veo lo que te importo —dijo él endemoniado.

—Lo siento de verdad, Carlos —contestó ella intentando cogerle la mano.

—¡No me toques con esas sucias manos, te has atrevido a ponerme los cuernos con mi amigo! —Seguía endemoniado.

—Carlos, no te pongas así, por favor, no me hables así.

—¿Cómo no te voy a hablar así?, si me has fallado. Con lo que yo te quiero... —Se puso a llorar desconsoladamente.

—Lo siento, Carlos, me disculparé las veces que haga falta para que estés bien. —Intentó consolarle.

Carlos se tranquilizó un poco y se disculpó por cómo había reaccionado. Él quería estar bien, la abrazó un rato, pero volvió a recordarlo todo y no pudo evitar increparla de nuevo y discutir otra vez. De pronto, cogió la almohada, y, al sentarse en la cama, por desgracia vio la foto de Maya y Saúl. Totalmente rencoroso, preguntó chillando:

—¿Qué es esto, Maya?

—Dámela, es una foto que nos hizo Lila —contestó bastante apurada.

Él, sin creérselo, la rompió en mil pedazos y se la puso enérgicamente en la mano diciéndole:

—¡¡Ahí tienes a tu Saúl, roto en mil pedazos!! —Estaba completamente fuera de sí.

Ella, sin miedo, con pena e impotencia a la vez, gritó:

—¿Que has hecho, Carlos? No es tu recuerdo y no puedes romperlo. Solo era una foto que quería guardar y no tienes derecho a romperla, y menos por celos.

Volvía a tener un nudo en la garganta, con los ojos brillosos, aguantando las lágrimas sin caer como una campeona y demostrando endereza, pero por dentro le jodió enormemente que destruyera su único recuerdo. No pudo evitar no llorar y se fue al final de la casa corriendo para soltar las lágrimas de impotencia en el baño. Mientras que él cogió cegado su móvil, marcó rápido, esperó desesperado y preguntó muy decepcionado cuando descolgó Saúl:

—¿Cómo has podido hacerme esto?

—Lo siento, Carlos, en serio —contestó Saúl apurado y sabiendo que esa llamada llegaría.

—Con mi novia, ¿en serio? Me dijiste que para ti ya no existía, por eso me enamoré de ella.

¡Éramos amigos!

—Te lo dije porque ella me dejó y quería olvidarla, pero me es imposible hacerlo, lo siento —contestó con bastante impotencia.

—Olvídala de una vez, ella no es para ti, no te quiere, juega contigo para darme celos. ¿No lo ves?

Hubo un silencio y Carlos siguió diciendo:

—Si te vuelve a buscar, no la mires; si te llama, ni respondas; y si coincidís por la calle, cámbiate de acera de inmediato. ¿Has oído? —Colgó sin dejarle responder y se marchó a la calle con su rencor sin despedirse de Maya.

Con el paso de los días se veían muy poco, y cuando estaban juntos discutían mucho por Saúl. Carlos se refugiaba en la droga más a menudo cegado por sus celos y rencor. Hacía tanto daño a Maya con sus reproches que ella se sentía la mujer más miserable del planeta por ponerle los cuernos con el amor de su vida.

Carlos le escribía cartas de amor cuando se arrepentía de la manera en que la trataba, diciendo lo mucho que la amaba y que se moriría de tristeza si ella lo dejaba y rozaba otro cuerpo.

La relación era ni contigo ni sin ti. Ella pensaba que era amor y que solo eran momentos malos que pasaban todas las parejas, creía que por su culpa Carlos cambió y se centraba más en su adicción para olvidar la puñalada, ella más se refugiaba en él, hipnotizada por sus palabras y reconciliaciones, pero eso no era sano y no se daba cuenta.

La situación con el paso de los meses, poco a poco, fue tranquilizándose. El innombrable Saúl ya no salía por sus bocas y había normalidad entre ellos. Se respetaban más y se chillaban menos.

Habían pasado un año de altibajos, llegó su segundo aniversario y lo celebraron como si fuese el primero. Disfrutaron de una velada romántica en un caserío lujoso en un valle encantado a cuarenta minutos del pueblo. Maya estaba fascinada por el lugar tan especial donde le había llevado Carlos de sorpresa. Estaba risueña, con ilusión de estar bien con Carlos y celebrarlo ilusionados. Después de una cena sentimental, se marcharon a casa de Carlos y durmieron juntos terminado la noche gustosamente.

Estuvieron unos meses bien. Carlos, al ver los problemas con Maya debido a su adicción, ya no se drogaba delante de ella. La mantenía engañada en ese tema y ella, cegada por los seductores encantos de él, ni se daba cuenta.

Un día, durmiendo en casa de Carlos, apareció en un plácido sueño Saúl, la trasladó a aquellas fiestas en las que estuvo con él la última vez. Sentía cada caricia, cada beso, notaba que eran reales pero distintas en ese momento, tan reales que era Carlos quien la estaba acariciando. Volvió a cerrar los ojos volviendo a ver a Saúl y con una sonrisa pícaro se dejó llevar por su imaginación y deseo haciendo el amor con Carlos imaginándose que era Saúl.

Era la primera vez que le pasaba eso, y al día siguiente estuvo rara pensando en lo ocurrido. Estaba preocupada porque quería a Carlos y no desaparecía Saúl ni en sus sueños.

Carlos encontró un trabajo fuera del pueblo. Ella, más tarde, encontró un trabajo a media jornada en una tienda de regalos y las cosas les estaban yendo mucho mejor. Estaban más contentos.

Se fueron a vivir juntos a una casa que los tíos de Carlos tenían vacía. Llevaban dos años desiguales y quisieron intentar ser felices en su nueva etapa. Los primeros meses sí lo fueron, cada uno tenía su espacio aparte de los trabajos, no discutían mucho, se trataban con cariño y se

respetaban.

Maya seguía yendo a clases de pintura. Había aprendido muchísimo y era totalmente una artista, pero ahora deseaba dar las clases ella, quería buscar un grupo de niños y en ese mismo lugar dar sus primeras clases. Su profesora estaba muy orgullosa de ella y le ayudaría a crecer positivamente dejándole el local unas horas a la semana.

Pasados unos meses felices y con una rutina buena, Carlos se había ido de cena de empresa. Cada vez que se juntaban con sus compañeros, se emborrachaban, no tenían fin y Carlos no sabía controlarse. Esa noche llegó bastante pasado, descamisado, sudado, con un olor a cerveza que te echaba para atrás, y, lo peor de todo, tenía las pupilas totalmente dilatadas de haberse metido. Cuando lo vio así, le dijo muy decepcionada mientras lo miraba de arriba abajo:

—¡Pensaba que ya no te metías cocaína, Carlos! ¿Es que me tienes engañada?

Carlos la ignoró completamente y fue directo a la cama, mareado, dándole la espalda. No quería dejar las drogas, no podía borrar la infidelidad, se refugiaba en ellas evadiéndose de todo, convirtiéndose en otra persona sin ver lo enganchado que estaba y sin notar el daño que estaba ocasionando en la relación y en su propia salud.

Si coincidía con Saúl las noches en las que se emborrachaba y salía de fiesta, no cruzaban palabra y Carlos recordaba de nuevo todo, así que, al llegar a casa, estaba muy enfadado y se lo volvía a echar en cara a Maya sin superarlo. Ella no sabía qué hacer ya, cómo disculparse por serle infiel y cómo ayudarle a dejar su adicción. Algún día lo conseguiría, pero para ello tenía que estar a su lado, aunque no fuera feliz del todo.

Una noche de tantas otras, Carlos lloraba con mucha angustia de poder perderla después de discutir. A ella le dio mucha pena cuando lo vio destrozado y terminó acobijándolo entre sus brazos, pero, al día siguiente, volvieron a discutir fuerte antes de irse a trabajar, y él se fue con su moto, cabreado. No dejaba de pensar en lo sucedido y, de repente, chocó con algo que se le había cruzado por la carreta teniendo un accidente leve.

—¡Carlos! —gritó Maya mientras se levantaba sobresaltada del sofá preocupada cuando llegó a casa del hospital vendado en varias partes del cuerpo.

—No te preocupes, no es nada, solo son rasguños. Quiero que hablemos seriamente y nos prometamos que no vamos a discutir más —respondió él cabizbajo.

—¡Por mi culpa has tenido este accidente! Si no hubiéramos discutido por Saúl, no te hubiera pasado esto. —Empezó a llorar desconsoladamente y él la abrazó para consolarla diciendo:

—Necesito irme de viaje, pensar y valorar lo que tengo. Me agota que estemos así, te quiero tanto que necesito echarte de menos. Al volver estaré limpio de droga y todo será precioso entre nosotros, ya lo verás —comentó alegre y esperanzado.

—No sé si hace falta que hagas ese viaje para ver lo que sientes por mí. Pero nos va a venir bien a los dos esa separación y que te dejes tu adicción nos vendrá aún mejor —respondió ella dándole un abrazo tierno.

Se fue dos semanas, ella estuvo trabajando sin parar cada día, iba a sus clases de pintura dos tardes a la semana y también les daba clases a cinco niños. A ratos, veía a Lila y disfrutaba con su familia. Cuando quedaba con sus amigas, se distraía mucho. Echaba un poco de menos a Carlos, pero en realidad veía que estaba a gusto viviendo sola y escribiendo sus versos sin ninguna molestia por las noches.

A la semana de irse Carlos, Maya se quedó durmiendo una noche cuando llegó cansada de trabajar. Se despertó desorientada amaneciendo porque tenía hambre, pero antes de ir a la cocina miró el móvil para ver la hora que era y vio que tenía nueve llamadas de Carlos. Preocupada, lo llamó corriendo para ver si le había pasado algo.

—¡Hola, Carlos! Buenos días. ¿Estás bien? Anoche llegué tan cansada de trabajar que me quedé dormida sin cenar.

—Lo siento... pero no me lo creo, Maya. ¿Has estado con él? —preguntó celoso y muy furioso.

—¿Qué dices, Carlos? ¡Buenos días, lo primero y lo último a sobrado, menudo respeto me tienes! —contestó muy enfadada y colgó llorando.

No habló con él en días, si él la llamaba, ella le colgaba, le hacía mucho daño que no confiara en ella a la mínima. Se había convertido en una obsesión constante y era el pez que se mordía la cola.

A los pocos días, llegó Carlos de su viaje. La había echado mucho de menos y le dio con cariño un diario que había escrito de su viaje para ella. Expresaban sus sentimientos reales y lo que habían vivido, era bonito lo que ponía, pero en hechos no lo demostraba así. Él la quería a su manera y no como la tenía que querer. La relación iba sin rumbo, atravesando tormentas durante meses en una rutina tediosa.

Maya estaba llegando al local para dar sus clases, cuando, de pronto, antes de entrar por la puerta, pasó Saúl por su lado. Al instante, su corazón latió tan deprisa echando la vista al pasado y recordando su historia de amor incompleta. No se saludaron, no se dijeron nada, solo fueron testigos de sus miradas fijas y desconcertadas al cruzarse. Pero Maya no pudo evitar quedarse pensando en él esa tarde.

Carlos tenía un trabajo fijo en Benidorm, y, como el trayecto diario hasta allí era pesado, decidieron mudarse. Al no estar Saúl en esa ciudad, Maya pensaba que los reproches por él acabarían de una vez. Ella se había quedado sin trabajo, y sabía que la relación necesitaba aire fresco porque solían discutir a menudo y las fiestas no desaparecían. Sin embargo, se mantenían unidos por las buenas reconciliaciones que tenían. Él era un maestro para eso, la convencía con sus aires de seducción y sus gracias, como cuando la conquistó, y siempre lo conseguía.

Al principio, todo era de película en esa ciudad. Estaban felices en su nueva vida, no tenían peleas, ni reproches, ni llantos, ni siquiera había drogas de por medio, solo estaban ellos en aquella casa grande donde les sobraba metros.

Iban a ver a los padres de Maya, salían a cenar, daban un paseo por la playa, iban al centro de tiendas y conocían mejor la ciudad cada día.

Una noche, cuando llevaban meses viviendo allí, salieron por primera vez de copas juntos.

A Maya no le gustaba salir con Carlos de fiesta, pero estaban tan bien en ese momento que decidió salir esa noche después de tener una velada romántica con él. En el pub conocieron a unos chicos en la barra, y Carlos, sin poder evitarlo, fue directo a buscar su vicio a escondidas de Maya. Estaba lleno de gente, no se veía nada entre la multitud que bailaba, pero ella se puso a bailar una canción que le gustaba mucho en un lado, donde podía mover sus caderas con liberación. De pronto, aprovechando el momento de desenfreno que tenía, Carlos fue al baño con ellos sin que se diera cuenta ella.

Cuando salió del baño, enseguida la buscó. Maya estaba sentada en un taburete de la barra

bastante enfadada, se olía lo que estaba haciendo Carlos. Su cara cambió cuando lo vio entrar al baño acompañado y, cuando lo vio salir, la actitud de Carlos también cambió y confirmó lo que estaba pensando Maya.

Ella se dirigió a él y le pidió claramente que la llevara a casa. Él no podía hacerlo porque acababa de meterse una raya y empezaba su noche tomándose el segundo cubata, mientras bailaba con ellos sin importar el enfado de Maya.

—¡No entiendo cómo te puede gustar tanto esa mierda! La antepones a mí y no me lo merezco —gritó Maya a Carlos en medio de la disco mientras los nuevos amigos miraban a Maya como si estuviera loca.

—Maya, déjate llevar. Lo que tiene que hacer es pasártelo bien. ¿Quieres probarla? Te olvidarás de todos los problemas —dijo Carlos con la mano en el bolsillo y sonriendo.

—¿Estás loco? Sabes que lo odio. ¿Cómo se te ocurre ofrecerme tu mierda? —Se le saltaron las lágrimas, y después se fue a casa indignada y decepcionada sin Carlos evitar nada.

Cuando salió del pub estaba lleno de gente bebiendo y riendo, fue dirección a su casa andando mientras lloraba de rabia sintiendo que le había fallado otra vez. Cuando llegó ni escribió, solo quería acostarse en la cama hasta el día siguiente y olvidar lo sucedido.

Cuando volvió Carlos en la madrugada, estaba arrepentido. Fue directamente a buscarla para seducirla y quitarle el enfado de antes mientras cubría su apetito. Maya estaba totalmente dormida, pero la despertó una mano sucia y mojada en sus partes íntimas con olor a alcohol y vómito.

—Carlos, déjame, estoy muy dolida ahora —dijo sin abrir los ojos ni moverse.

—Maya, déjame complacerte, déjame quitarte tu enfado, estoy cachondo y te necesito ahora mismo —respondió mientras seguía acariciándoles sus partes con necesidad de metérsela.

—No quiero hacer nada, Carlos, y más en tu estado. Déjame dormir, por favor.

—Maya, por favor.

—Déjame, en serio, me has hecho daño y quiero dormir.

Carlos hizo caso al final y se fue dando un portazo a aliviarse solo en el baño, como muchas otras veces.

Llevaban un tiempo así entre ellos, necesitaban un enfriamiento de inmediato o no sé qué más podría pasar para que Maya se diese cuenta de lo que estaba consintiendo.

Al día siguiente, Carlos no le comentó nada de la noche anterior porque sabía que Maya tenía razón. Le hizo olvidar lo sucedido con sus mimos y llevándola al cine y a cenar. Siempre hacía lo mismo cuando sabía que lo había hecho mal, sin disculparse la convencía con su seducción y ella volvía a caer en sus redes.

Un día, Maya encontró trabajo de verano en un supermercado. Allí conoció a Tania y a Cintia. Se hicieron íntimas amigas con el paso del tiempo. Compartían muchos ratos juntas, se turnaban para comer la una en casa de la otra, iban a la playa cada tarde, salían a cenar los sábados y terminaban entre copas y bailes. Siempre estaban compartiendo sus historias de amor en los momentos que estaban a solas.

Tania era sincera, muy generosa y había congeniado a la perfección con Maya. Cintia era muy charlatana, se podía hablar con ella de todo, siempre tenía algo que contar, y con la gracia que lo narraba había risas aseguradas.

Estaba genial con ellas, ya no estaba tan sola en esa ciudad y era justo lo que necesitaba en ese

momento porque se estaba dando cuenta que su relación con Carlos no estaba como a ella le gustaría y eso le quitaba el sueño.

Una noche, Maya y Carlos quedaron para ir a un concierto de Melendi en Valencia con las amigas de Maya y sus novios. La noche empezó muy bien, se lo pasaron genial cantando y bailando todas las canciones, pero cuando estaba acabando la última canción, Carlos había cogido una borrachera seria y tuvieron que llevarle al coche entre todos porque se caía al suelo cada dos por tres y no conseguía mantenerse erguido. Daba vergüenza ajena.

—Estoy cansada de ver cómo se emborracha, no sabe controlarse, no puede salir de casa sin liarla —comentó enfadada Maya a Tania.

—¡Déjale vivir, Maya, es un concierto! —contestó Cintia con una copa de más.

—Ya sé que es un concierto y parezco su madre, pero ha bebido más que otros días y mira cómo está —respondió Maya ofuscada.

Terminaron la noche pronto y cada uno se fue por su lado, cuando llegó con Carlos a su casa, se le había pasado un poco la embriaguez, pero seguían sin dirigirse la palabra por el numerito en el concierto, así que se dieron la espalda en la cama hasta el día siguiente.

Al día siguiente por la noche, a Maya ya se le había pasado el enfado. Carlos llegaba de trabajar cansado últimamente, cenaban tranquilos, veían algún programa de la televisión mientras Maya escribía y se iban a dormir pronto, pasando los días así no discutían y se llevaban bien.

Sin embargo, Carlos se aferró al bar de la esquina de su casa cuando llegaba del trabajo mientras que Maya estaba sola todo el día buscando trabajo al agotarse su contrato.

Era otoño, Maya paso un verano extraño recordando cuando estuvo viviendo junto a Saúl. Era un sueño real que se repetía durante noches interminables, y que, sin embargo, ya no existirán más.

Últimamente, extrañaba mucho a su familia, los veía una vez por semana o cada quince días y para ella era insuficiente, se sentía sola, sentía impotencia por que no estaba bien y no sabía qué hacer para remediarlo. Ya no veía tanto como antes a sus amigas y, cada vez que discutía con Carlos después de una borrachera, soñaba con Saúl despertándose en mitad de la noche con bastante ansiedad después de un sueño hechizado.

¿Por qué no podía olvidarlo?

Capítulo 4

Una vida completamente de mierda

Con Lila la relación se había enfriado bastante, ya no quedaban como antes desde que no vivía en Santa Pola, pero cada vez que iba al pueblo intentaba quedar con ella y algún día coincidían y se veían un rato poniéndose al día.

Un día, la clase del colegio de Maya, hicieron un reencuentro en un restaurante del club Náutico en el pueblo. Para ella era muy especial, tenía muchísimas ganas de ver a todos y saber de sus vidas, porque alguna ya era mamá y no iba a faltar por ningún motivo.

Ese día estuvieron comiendo con los compañeros de trabajo de Carlos. Él estaba bastante contento por la compañía de Maya. Ella, por su parte, también estaba contenta porque por la noche tendría diversión. Pasaron el día bien y cuando llegó la hora de que Maya se fuese, Carlos no quería darle las llaves del coche, iba bebido de más, pero ella ni se sorprendió porque conocía al milímetro cada rasgo de su cuerpo. Maya insistía y suplicaba que le diera las llaves del coche, él se hizo el resentido, pero, al final, se las dio mirándola fijamente y con semblante serio.

Cuando Maya llegó al restaurante, ya estaban casi todos allí. Se pusieron al día de sus vidas mientras cenaban en un rincón hermoso con vistas al mar. Se reían mucho al recordar momentos vividos en el colegio. Habían cambiado mucho y ya no eran unos críos. Pasaron una noche muy agradable y divertida contando experiencias bonitas y no tan bonitas de sus vidas.

Eran las doce y media cuando salían del restaurante para ir a bailar a un pub del centro que estaba al lado del precioso castillo. Cuando llegaron Lila y Maya, riéndose a carcajadas, miraron hacia dentro para ver si había ambiente y, de repente, Carlos salió a la calle.

—¿Qué haces aquí, no estabas con tus amigos? —preguntó Maya desorientada y bastante sorprendida.

—He venido a disfrutar de la noche contigo —respondió Carlos con avaricia.

Olía a embriaguez, iba vestido igual que por la mañana, iba muy pasado de cocaína y no podía quedarse quieto. Al no confiar en Maya, fue a comprobar que nuevamente no lo engañaba con Saúl a escondidas, parecía un enfermo de celos.

—¿Es que no quieres que esté contigo aquí? —preguntó Carlos de pronto en un estado verdaderamente penoso.

—De esa manera, ¡no! Me acabas de joder la noche, Carlos. Odio verte así, me das asco cuando vas de droga hasta el culo. ¿Cuándo vas a cambiar de una vez? —contestó gritando descontrolada por completo.

Lila se giró preocupada al escuchar los chillidos, pero no quiso meterse para nada y los demás no dejaban de mirar la situación insostenible. Nunca habían visto a Maya fuera de sí, incluido Carlos.

El rostro de él cambió totalmente al oír lo que estaba escuchando de la boca de su novia. No contestó y se fue bastante humillado dirección al coche de su colega para volver a Benidorm.

Maya, arrepentida de haberle dejado en ridículo en público, fue corriendo detrás de él y se

disculpó de inmediato.

—Perdóname, Carlos, no me reconozco, no tenía que haberme puesto así delante de todos.

—No digas nada más, lo has dicho todo —contestó decepcionado y avergonzado.

—Cuando te he visto de esta manera, he estallado sin poder controlarme. Siempre pasa lo mismo, tú te colocas y yo me enfado. Pero sabías perfectamente lo importante que era para mí esta noche y solo tenías que esperarme en casa como siempre te he esperado yo cuando has salido.

Carlos, sin interrumpir, no respondió nada y siguió andando ignorándola. Esa noche durmieron en distintas camas por primera vez y no se habló del tema en mucho tiempo.

Al día siguiente, Maya se sentía fatal por la forma en la que trató a Carlos, no tenía justificación por haberle dejado en ridículo. Carlos era muy prepotente y no consentía que nadie le faltara al respeto, y menos en público, estaba muy enfadado con Maya y no abría los ojos de lo enfermo que estaba.

Con el paso de los días los enfados iban a más, se faltaban al respeto y podían estar días sin dirigirse la palabra en la misma casa. Era una verdadera tortura, Maya tendría que dejar su labor de ayudar a los demás y centrarse en su felicidad, pero no sabía cómo hacerlo.

Un día, cansada de insistir a menudo, le dijo a Carlos por última vez.

—Tienes que dejar las drogas. Están arruinando la relación. ¿No te das cuenta?

—No pienso hacerlo, tú me conociste así y no tienes derecho a cambiarme —respondió con orgullo mientras ella se daba la vuelta y se iba aliviar su rabia buscando clases de pintura en internet.

Cuando se fue de Santa Pola, tuvo que dejar a sus niños con mucha tristeza y decidió no enseñar más, pero esta vez necesitaba con fuerza reunir otra vez un grupo y enseñarles sus dotes artísticas, refugiándose en las risas y miradas inocentes de los niños.

La relación estaba muy tensa, no se hablaban nada bien, pero luego la reconciliación de mimos siempre estaba presente. Carlos seguía sabiendo cómo tratarla después de cada enfado, y Maya, intentando salvar su desesperada relación, se dejaba llevar por sus palabras porque sus hechos seguían siendo un descontrol.

A menudo solía soñar con Saúl, parecía un sueño real y en ese instante no quería abrir los ojos para volver a la realidad, confirmando que no era él quien estaba a su lado.

Era todo muy raro, volvió a tenerlo en su cabeza casi diariamente, no entendía los motivos, hacía mucho que no lo veía ni sabía de él, pero cada día en su amargura lo tenía más presente.

Al no olvidarlo, tuvo curiosidad de cómo había cambiado físicamente y lo buscó por redes sociales. Lo encontró en Facebook, y, cuando vio sus fotos después de tanto tiempo, algo ocurrió en su interior, el corazón latía fuerte como cada vez que lo veía y suspiraba sonriendo al recordar varios momentos a su lado y no dudó ni un segundo en enviarle una solicitud de amistad.

A partir de ahí empezó a preocuparse seriamente. El instinto de mirar cada noche a escondidas de Carlos si había sido aceptada la solicitud de amistad era inevitable.

Una tarde no pudo más, necesitaba estallar y se desahogó con Tania contándole por fin la burbuja que estaba viviendo. Ella no sabía realmente el tormento que había pasado durante cinco años con Carlos. Le contó de principio a fin su historia de amor con Saúl, nunca le había dado tantos detalles recordándolo con tanto cariño. Estaba ahí para empezar una nueva vida sin nombrarlo, por eso lo había respetado y había guardado sus recuerdos en el fondo de su corazón.

Pero fue imposible guardarlos del todo, porque él nunca desapareció. Si no lo nombraba, pensaba en él, y si no pensaba en él durante el día, lo veía en sus sueños y no podía ignorarlo, aunque quisiera hacerlo.

Un día la llamaron para una entrevista de trabajo, la pasó con creces y empezó a trabajar en un supermercado por las tardes. Así se evadía de los enfados con Carlos y mantendrían la relación mejor. Sin embargo, entraba cada noche al muro del Facebook de Saúl para ver su rostro. Hacía cuatro años que no se veían y había cambiado un poco. Era muy atractivo, su cara sonriendo era la misma, llevaba de punta su pelo moreno y ahora estaba fuerte, se notaba que cuidaba su imagen e iba al gimnasio. En ese momento le gustaba mucho más y mientras miraba su foto de perfil pensaba embobada:

«¿Por qué no he podido olvidarte después de todos estos años? ¿Por qué no sales de mi mente ni de mis sueños? Ahora sería distinto, tenemos más experiencia y mientras te miro, tengo unas ganas locas de escapar de aquí e ir a refugiarme en tus brazos. ¿Qué será de ti?».

Se pasaba los días preguntándose esas cosas, no podía arrancárselo de la cabeza, y más ahora que veía en sus fotos lo buenorro que estaba.

Cuando iba a trabajar, se encontraba con un compañero que se le parecía mucho y volvía a recordarlo todo una y otra vez. Estaba en un laberinto sin salida y parecía que tuviera una obsesión constante, sus sentimientos eran contradictorios.

Últimamente los enfados con Carlos eran casi a diarios, no se daban cuenta del daño que se estaban ocasionando, era un infierno vivir en esa casa, ya que, conforme pasaba el tiempo, peor se trataban. Ella sentía que estaba en un bucle sin salida, con tanta reconciliación no reparaban en el problema que tenían y las peleas no desaparecían. Pasaban los meses y, estancada, seguía sin darse cuenta del mundo de mierda en el que vivía.

Un día, se fue ella sola a casa de sus padres. Cuando llegó, en la casa estaban su madre Marisol, su padre Manuel y su hermano Mario. Todos la esperaban para comer una buena paella de carne hecha por su madre. Comieron tranquilos comentando lo que sucedía en las noticias de la tele, tomaron el postre y se sentaron en el sofá a reposar. El rostro de su padre cambió mientras le decía a Maya:

—Hoy me han dado los resultados en el hospital, hija. Confirman que tengo cáncer de próstata. Tienen que operarme y hacerme unas sesiones de radioterapia durante unos meses para eliminarlo. —Su rostro era tranquilo.

Por la mente de Maya viajaron unas imágenes aterradoras por unos segundos, imaginándose lo peor del mundo. Tenía una angustia interna a punto de explotar por cada orificio de su cuerpo, con un nudo asfixiante en la garganta que necesitaba desahogar en los brazos de su padre, pero, por darle fuerzas y ánimo, respondió con una sonrisa:

—Bueno, hoy en día está todo muy avanzado, te curarás y estarás hecho un toro. Ya lo verás, papá. Yo estaré a tu lado te acompañaré a cada revisión en todo momento. —Le dio un abrazo escondiendo su miedo y su tristeza.

—Mantén esa fuerza siempre... porque la vida a veces es dura. Afronta los temores de esta manera, no cambies nunca y no consientas que nada ni nadie borren tu preciosa sonrisa. Estoy

muy orgulloso de ti, hija mía —comentó Manuel, y le dio un beso con orgullo.

Terminaron cambiando de tema y pasaron la tarde lo mejor posible hasta que Maya se marchó escondiendo su tristeza.

Mientras conducía para volver a casa con la congoja casi saliéndosele por la boca, se detuvo en una zona de descanso porque estaba muy nerviosa. Tenía ansiedad y necesitaba desahogarse desde lo más profundo. Estaba totalmente destrozada porque su padre, al que amaba con locura, estaba enfermo. Tenía miedo de perderlo. Recordó paseos hasta el puerto con su padre para comprar pescado recién traído del mar y poder cenarlo ese día. También recordó charlas largas e intensas donde él siempre le aconsejaba que fuera por el buen camino, para ella era su gran referente en la vida y siempre le hacía caso. Mientras recordaba momentos bonitos de su niñez, lloraba desconsoladamente. De pronto, la rabia resbalaba por sus mejillas y empezó a gritar mientras le pegaba al volante una y otra vez:

—¡¡Maldito cáncer!! ¿Por qué a mi padre? ¿Qué he hecho yo para merecerme esto? —gritó destrozada mientras lloraba desgarrada faltándole la respiración durante unos segundos.

—¿¡Por qué tienes que existir!?! —Seguía pegando golpes al volante y se puso las manos en la cara intentando respirar profundamente varias veces para relajarse y continuar su camino.

Al rato, después de esa angustia no recomendada ni a tu peor enemigo, pudo calmarse un poco. Arrancó el coche y siguió su camino llegando a casa en mil pedazos.

Cuando entró al salón, Carlos estaba sentado en el sofá escuchando música y, cuando la vio entrar, sin darle una buena bienvenida, dijo:

—¡Qué tarde has venido, Maya!

—Solo necesito un abrazo sincero, por favor —respondió ella, mientras se acercaba para dárselo rompiendo en llanto.

—¿Qué ha pasado? ¿Has hecho algo malo de lo que te tengas que arrepentir? —preguntó Carlos dudando.

—¿Qué dices? ¡Siempre piensas en lo mismo! Mi padre tiene cáncer. ¿Hasta en estas circunstancias dudas de mí? —pregunto totalmente decepcionada.

—No, Maya, lo siento... —respondió sorprendido, y se calló escuchándola atentamente después.

—Hace cinco años que estoy plenamente a tu lado y no entiendo cómo puedes desconfiar de mí. Con ver que me vine a vivir contigo lejos de mi familia te tendría que valer y no deberías quedarte anclado en el pasado. Desde aquella vez que estuve con Saúl, puedes estar seguro de que no he hecho nada malo, no tengo culpa de no poder olvidarlo, ya te advertí cuando me conociste que tenía el corazón ocupado. No mando con mis sentimientos y tú no me ayudas nada, solo me das sufrimiento.

Carlos se quedó sin palabras y Maya se fue a la cama sin dejar de llorar para intentar dormir y terminar ese terrible día.

Él se fue al bar dejándola desgarrada de dolor y pegando un portazo de rabia que hizo que toda la casa retumbase.

Maya, al no poder dormir después de una hora intentándolo, se levantó se tomó un vaso de leche y se puso a escribir.

Carlos, cuando llegó, fue directamente a la habitación. Antes de entrar, la observó tierno, la vio más tranquila, ya no lloraba y estaba entretenida con su cuaderno de espaldas a él. De pronto, se emocionó al pensar en perderla y entró suplicándole con lágrimas en los ojos.

—Maya, deja de escribir un momento, me tienes que ayudar porque tengo un problema serio, noto que te pierdo y no quiero que sea por las malditas drogas ni por mis celos. Estoy enganchado y no lo he visto hasta ahora, gracias a la enfermedad de tu padre. No me he dado cuenta de que nuestras peleas son, en parte, por las drogas. Déjame reconquistarte como al principio, por favor.

De pronto, provocó una linda reacción en ella. Con todos los malos rollos que siempre tenían, no podía recordar la buena época que pasaron cuando se conocieron. Y quién diría que a pesar de arrastrar tantas penurias... nunca se habían rendido.

—Claro que voy a estar a tu lado para ayudarte a dejarlas, yo también tengo culpa de todos nuestros enfados, pero, si ponemos los dos de nuestra parte, puede salir bien. Hemos salido de muchas cosas fuertes unidos, esto también lo podemos conseguir. Te voy ayudar y no voy a desistir, si me dejas a hacerlo —respondió contenta, y lo abrazó orgullosa por haber podido abrirle los ojos.

A partir de ese día comenzaron a pasar más tiempo juntos. Estaban más cariñosos, se estaban respetando. Parecía que Carlos estaba cambiando y que había destruido su adicción por completo.

Capítulo 5

Confirmando sus temores

Lo que más temía Maya en ese momento era que Carlos recayera en su adicción por las drogas. Estaba tan centrada en eso que olvidaba lo demás. Confiaba en él, sin embargo, las salidas con sus amigos eran cada vez más frecuentes, y, como ella ya las había vivido antes, sospechaba de nuevo. Ya no lo esperaba despierta, se quedaba dormida escribiendo y no sabía cómo volvía a casa; lo hacía porque quería confiar plenamente en él.

Una noche, quiso comprobar si estaba en lo cierto o se equivocaba por completo. Lo esperó en el sofá viendo una película y, cuando llegó, no era ni capaz de meter las llaves en la cerradura porque estaba totalmente embriagado, tenía la mirada perdida e iba como una cuba. Al ver su estado, ella se fue a la cama totalmente decepcionada y sin dirigirle la palabra.

La esperanza por salvar su relación se fue apagando interiormente, y Saúl seguía apareciendo cada noche en sus sueños haciéndole señales; mientras que ella aprovechaba para refugiarse en sus brazos de nuevo.

Al día siguiente, Maya fue a comer con sus padres. Ellos desconocían el infierno que había vivido con Carlos durante esos cinco años. Les contó con tacto lo que estaba viviendo con él para no hacer más daño del que ya había, pero ellos no la vieron feliz y sabían que había algo más que no les contaba.

Estando en su casa ese mismo día, después de cenar y sin mediar palabra, Maya le preguntó a Carlos bastante seria:

—¿Tú me quieres de verdad?

—Te amo con todas mis fuerzas, Maya. Y tú, ¿me quieres a mí? — preguntó con temor, pero deseando saber la respuesta.

Hubo un silencio incómodo. Ella suspiró lentamente y le contestó mirándole fijamente, muy triste:

—Te quiero cuando eres tú y no te drogas, cuando eres el chico que conocí... pero hace años que no lo veo.

Él, sin responder nada, se fue al baño a llorar de impotencia, realmente entristecido. Se había aferrado tanto a ella durante tantos años que para él era su rutina, y, si no la tenía, le faltaba algo que hacía que no se encontrase bien.

Al día siguiente en Santa Pola, Maya quedó con Tania, que pasaba el verano allí con su familia. Tomaron un helado por el paseo mientras Maya le puso al día de sus sentimientos actuales.

—Tania, no sé qué hacer para que Carlos y yo estemos bien. Creía que ya no tomaba nada, pero lo hace a escondidas cuando sale de fiesta. Desde las últimas semanas sale a menudo, pero me prometió que las dejaría y me pidió que lo ayudara a hacerlo. Yo estaba superfeliz por el paso que iba a dar, confié plenamente en él, pero llevaba días rondándome en la cabeza la duda de si salía de fiesta y volvía limpio, tal como me prometió. Y anoche quise comprobar cómo llegaba a casa. Estaba deseando que volviera bien para no ser desconfiada, pero llegó de coca hasta las trancas, me dio tanto asco e impotencia verle así... que me fui a la cama sin decirle nada. Y encima lo peor es que Saúl no sale de mi mente ni de mis sueños, solo me apetece dormir para soñar que estoy con él en nuestro refugio.

—¡Buf! Maya... No me imaginaba que estuvieses así. Tienes que hablar con Saúl y quitarte

este peso de encima. No estás bien, dejas pasar los días, los meses, los años... y no estas a gusto con Carlos. ¿Qué haces con él todavía si no le quieres?

Hubo un silencio por esa pregunta y siguió hablando al no obtener respuesta:

—Lo que tienes que hacer, además de dejar a Carlos, es ir ahora mismo a casa de Saúl y hablar con él —respondió Tania dando con una solución.

—¿Qué va, peque! ¿Cómo voy a presentarme allí después de casi seis años?

—Te quitarás una duda de encima si lo haces —dijo Tania convencida.

A Maya, después de dudar y pensar mucho si hacerlo o no, le gustó la idea. Tania la conocía bien y sabía lo que necesitaba en cada momento. Era de esas amigas que, con solo mirarte, sabía lo que tenías y te quitaba las penas enseguida con una charla y unas risas. Escribió el número de Maya en un papel, se lo guardó en el bolso y fueron a casa de Saúl rápidamente para que Maya no se arrepintiera.

Cuando llegaron al portal de Saúl, Maya estaba nerviosa, le sudaban las manos y suspiraba profundamente intentando calmarse. A continuación, tocó el timbre decidida y, después de respirar hondo nuevamente unos segundos, alguien abrió la puerta.

Una chica preciosa se asomó mientras bajaba por las escaleras hasta el portal, era su hermana pequeña. Maya preguntó por Saúl disimulando lo nerviosa que estaba, pero él se acababa de ir, le dio su número de teléfono a su hermana para que la llamara y se despidieron marchándose las dos por donde entraron.

—Tania, qué nervios he pasado. ¿Crees que me llamará?

—Claro que lo hará. Piensa que no pierde nada y tendrá curiosidad por saber cómo estás.

—No sé, no las tengo todas conmigo —respondió Maya mientras iban dando un paseo.

Por la noche, fueron a cenar a un restaurante. Solían ir siempre al mismo, estaba cerca del Club Náutico, les encantaba pasear por allí después de cenar para hablar de sus cosas. Esa noche tenían el tema de Saúl en la boca y, de pronto, sonó el móvil de Maya, poniéndose muy nerviosa, descolgó de inmediato.

—¿Quién es?

—Soy Saúl. Me ha dicho mi hermana que has venido y me ha dado tu número para que te llame. Como solo conozco a una Maya, sabía que eras tú, y con tu voz lo he confirmado. ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo! —explicó y preguntó él, estaba sorprendido y muy contento.

El corazón de ella latía con fuerza y le temblaba un poco la voz al escuchar la de Saúl.

—¡Hola! Bueno... —dijo con la piel erizada al escucharlo de nuevo—. Perdona mi atrevimiento, Saúl, pero necesitaba saber de ti y no sabía cómo hacerlo. ¿Cómo se está portando la vida contigo?

—Bueno, no está nada mal, estoy tranquilo y soltero desde hace mucho tiempo, sigo viviendo en casa de mis padres y trabajando para poder pagarme la carrera en la universidad. Quiero ser médico, me está costando lo mío, pero, poco a poco, lo voy sacando como puedo —respondió tranquilo y sereno.

—Pensaba que ya habías terminado la carrera. ¿Por qué la dejaste?
—preguntó desconcertada.

—Tuve que dejarla porque me agobié por falta de tiempo para estudiar, con el trabajo me quedaban solo las noches y, con lo cansado que estaba, me dormía pronto y no estudiaba, no podía llevar ese ritmo.

—Es normal, me alegro mucho de que hayas retomado la carrera. Lo vas a conseguir con tu

empeño. Yo no empecé la universidad porque me centré en dar clases de pintura a un grupo de niños y, cuando me marché del pueblo, tuve que dejarlo con mucha pena.

—No sabía nada. ¿Tú cómo estás ahora?

—Bueno... ahí voy. Sigo en Benidorm. Estoy trabajando en un supermercado, pero el contrato se termina en septiembre y no me renuevan porque soy solo un refuerzo de verano —comentó Maya más tranquila.

—Bueno, ya encontrarás otro, no te preocupes. Me alegro mucho de saber de ti y corroborar que estás bien —comentó con voz alegre al saber que Maya había puesto empeño en contactar con él.

—A mí me ha encantado hablar contigo y saber que estás bien también. ¿Te apetecería que nos tomáramos un café algún día? Me apetece mucho verte.

—¡Claro! Cuando quieras, llámame. Tengo ganas de verte también —respondió él contento sin creérselo.

Maya colgó con pena, aunque estaba muy alegre de que la hubiese llamado. Aquello quería decir que aún se acordaba de ella y que se había quedado con ganas de verla en persona.

—¡Qué ilusión, Tania! ¡No me lo creo, me ha llamado y se ha acordado de mí! —gritó de alegría sin creérselo.

—Claro que te iba a llamar, sigue habiendo magia entre vosotros y tienes que hacer algo al respecto. Observa tu rostro cuando estás con Carlos y mira tu sonrisa ahora mismo, y todo por una simple llamada de Saúl. ¡Qué diferencia! Derrochas felicidad —respondió segura de lo que estaba diciendo.

—No sé, Tania... Supongo que con el tiempo sabré qué hacer. No quiero agobiar a Saúl, pero deseo que se interese por mí. Eso haría que dejara todo por él, sería capaz de hacerlo con los ojos cerrados. Pero no quiero hacerle daño a Carlos, él me necesita a su lado.

—Pero en realidad no le quieres, no tienes que sentirte en la obligación de acompañarle si no eres feliz a su lado. ¿No lo ves? Para de pensar tanto en los demás y piensa de una vez en ti —comentó con mucha impotencia Tania.

—Sí, tienes razón... pero no es tan fácil —respondió cabizbaja Maya.

—Bueno, olvida todo lo malo, esta noche estás conmigo. Vamos a tomar algo y a pegarnos unos bailoteos de los buenos. Tenemos algo importante que celebrar y hoy puede ser el principio de un futuro. Lo veo —dijo Tania convencida mientras iban para el centro del pueblo a pasárselo bien.

A las tres llegó a su casa y Carlos aún seguía de fiesta. Después de asearse y ponerse cómoda, se acostó.

Al día siguiente, le escribió un mensaje a Saúl y obtuvo una contestación inmediata. A raíz de la llamada, solían hablar de lo que hacían en el día a día, de sus problemas y de sus éxitos. Conforme pasaban las semanas de verano, hablaban cada día más, pero nunca de sus sentimientos.

Maya, una noche, pensó en las ganas que tenía de verlo y no pudo evitar enviarle un mensaje diciendo:

«Tengo muchas ganas de verte. Mañana voy a comer a casa de mis padres, si te apetece... podemos tomarnos un café».

No hubo contestación en el momento y se durmió pensando en si Saúl aceptaría.

Al día siguiente, lo primero que hizo estando en la cama fue mirar el móvil. Había un mensaje de él.

«No quiero tener problemas con Carlos, pero solo es un café. Llámame cuando estés aquí, me apetece verte y hablar contigo».

Ella contestó de inmediato:

«Te entiendo perfectamente. Mañana, cuando termine de comer, te llamo. Un beso».

Pasó el día bastante risueña, hacía mucho que no se sentía así. Desde que habló con Saúl, algo cambió en su interior para bien y estaba confundida y dejándose fluir.

Al día siguiente, Maya comió con sus padres y su hermano. Estaba muy contenta porque iba a ver a Saúl. Poco a poco, los nervios iban saliendo cuanto más se acercaba la hora de verlo.

De pronto, sonó el móvil. Era un WhatsApp de Saúl:

«Maya, discúlpame, pero no puedo ir, no me encuentro muy bien. Si vuelves en otra ocasión, llámame y nos vemos, por favor».

Soñaba con verle esa misma tarde y sus sueños se esfumaron con ese mensaje. Desolada, respondió:

«No te preocupes, Saúl, mejórate. Ya nos vemos la semana que viene. Un beso».

Saúl tenía problemas estomacales constantes. Estaban haciéndole pruebas en el hospital cada dos por tres y no encontraban el problema, de momento. Los doctores pensaban que era celíaco, pero tenían que comprobarlo con una endoscopia, y a él no le hacía mucha gracia, pero era la última prueba para confirmarlo o descartarlo.

Cuando Maya lo supo, empezó a preguntarle cada día cómo se encontraba y comenzó a interesarse por los resultados de las analíticas. Él respondía enseguida, explicándole todos sus avances. La confianza era cada vez mayor, y las ganas mutuas de verse también crecían.

Un día estaba en su casa sola cocinando, como siempre. Entraba a trabajar a las tres de la tarde y Carlos llegaba a las cuatro. Últimamente tenían pocas cosas en común, se veían poco y, cuando estaban juntos, chocaban y se ponían a la defensiva, sobre todo por las noches. Estaban reviviendo otro verano raro, lleno de impotencia y llantos.

Se aliviaba cuando se refugiaba en su familia, en Tania o en Saúl. Él le daba los consejos propios de un buen amigo y ella se evadía de las peleas continuas por lo mismo de siempre. Estaba saturada, se sentía estancada, sola y sin cariño. Le habían robado su espectacular sonrisa desde hacía tiempo y solo recibía malas formas, palabras malsonantes y actos que no merecía, pero ella seguía viviendo en dos mundos paralelos.

Un día, viendo la tele y descansando en el sofá antes de irse a trabajar, envió un mensaje a Saúl. Sentía confianza plena en él y las ganas de verle la desgarraban.

«Hola, mi niño, ¿cómo estás? Mañana no trabajo. Es el único día de la semana que tengo para ir a ver a mis padres. ¿Te apetece una manzanilla después de comer? Te va a sentar muy bien. Un beso».

Como él sabía que le escribía por las mañanas o por las noches para que no la pillara Carlos, estaba atento al móvil, y contestó en ese momento.

«¡Hola! Estoy bien, mejor cada día con las nuevas pastillas, son unos protectores de estómago y me están sentando genial. Seguro que la manzanilla también me vendrá bien. Avísame cuando estés aquí. Un abrazo».

Después de leerlo... ¡se puso más contenta que unas castañuelas! No podía creerse que por fin fuera a ver a Saúl después de tantos años, eso si no tropezaba con ningún obstáculo otra vez.

Al día siguiente, estaba muy contenta porque vería a sus padres y por la tarde estaría con Saúl. También se sentía nerviosa y ansiosa porque llegase la hora. Comió tranquilamente en familia y, después de comer, avisó a sus padres de que había quedado con Saúl y de que tardaría un rato volver.

Salió del portal y vio que él estaba aparcado justo delante, esperándola dentro de su coche negro. Al verlo, no pudo evitar sus sentimientos. Llevaba tiempo pensando en él, tanto tiempo soñándole... que no se podía creer que le estuviese ocurriendo aquello.

Abrió la puerta del coche nerviosa, se sentó y se saludaron con dos tímidos besos. Saúl condujo en dirección al faro del pueblo. Por el camino, fueron escuchando música sin cruzar palabra en ningún momento. Estaban nerviosos y emocionados por verse de nuevo después de todo. Al llegar, se sentaron en un banco que tenía unas vistas al mar impresionantes. El lugar era precioso, estaba rodeado de pinos alrededor de la sierra.

Allí se podía respirar aire puro de verdad.

De pronto, con un toque de gracia, Maya dijo:

—Qué paz da este sitio y qué tranquilidad me das tú. Las vistas son preciosas, pero lo que tengo al lado me gusta más aún.

—Sigues con tu punto de gracia, como cuando te conocí —respondió él sonriendo.

—No, ahora en serio, la compañía y el lugar hacen que esté feliz, hacía tiempo que no notaba esta tranquilidad.

Saúl, cambiado de tema, sonrió sin saber qué decir, pero preguntó:

—¿Cómo te va con Carlos? Me acuerdo de cuando decían en el instituto que no duraríais ni un asalto, casi aciertan, lo digo por nuestro desliz... pero ahora resulta que lleváis ya seis años.

—Sí, bueno, casi seis años de altibajos. Si junto los buenos momentos, habré sido feliz dos años y medio. Y los que faltan... me los pasé pensando en ti. No me entenderás porque tú no sientes lo mismo por mí, pero yo nunca te he olvidado —aclaró mirándole a los ojos fijamente.

—No sabía nada, Maya. ¿Porque nunca le has dejado si no has sido feliz del todo?

—No lo sé, Saúl, el que tú no me quisieras hacía que me aferrase a él... y luego me centré en ayudarlo con su adicción a la cocaína. Pero desde que hablamos... estoy más contenta durante el día y me ayudas a no tener tantas broncas con él, porque paso de enfrentarme. Me haces sentir bien, necesitaba decirte todo esto en persona de una vez, y no quiero contarte más cosas para que no te asustes y desaparezcas.

—Maya, me dejas desconcertado. Estoy muy cómodo contigo mientras hablamos, siempre me has gustado, pero han pasado tantos años que ni me acuerdo casi de cuando nos conocimos, tengo imágenes, pero no recuerdo los detalles. De verdad que lo siento...

—Es normal, lo que no es normal es lo mío, que me acuerde de cada beso y caricia que me diste en aquella playa y, sobre todo, de las noches que pasamos en tu casa al año siguiente. Sueño cada noche contigo, transportándome a esos momentos, por eso no he podido borrar nada. Perdona que te cuente lo que siento de sopetón, pero quiero aprovechar esta ocasión —respondió desahogándose con quien tenía que hacerlo.

—Me dejas sin palabras, Maya. Aunque te dijera que estaba a gusto solo la última vez que nos vimos, lo cierto es que me quedé esperándote. Pensaba que dejarías a Carlos y volverías a buscarme el mismo día que él volvió de viaje. Solo necesitaba tiempo, no quería meterme más en vuestra relación, por mucho que te deseara. Lo dejé a tu elección y volviste con él soportando todo, yéndote a vivir junto a Carlos y olvidándote de mí. Te fuiste sin buscarme nunca más. Por fuerza mayor, tuve que olvidarte... porque me hacía daño recordarte, y lo tuve fácil. Ahora estoy a gusto como estoy, estoy acostumbrado a vivir así porque, desde que nos despedimos, no he estado con ninguna otra chica —respondió sincerándose.

—No sabía nada, qué rabia me da saberlo ahora. Si me hubieras llamado, lo hubiera dejado todo por ti. Estuve esperando esa salvación aun sabiendo con toda seguridad que tú preferirías la soledad. Lo cierto es que tenía una pequeña esperanza, pero no me llamaste y me dejé llevar para poder olvidarte.

—No te llamé porque me llamó Carlos diciéndome que eras su novia y me amenazó para que te olvidara. Pasé unos días esperando a que te cansaras de sus reproches y te dieras cuenta, pero no recibí tu llamada, recibí la de él y, con el tiempo, creí que lo querías de verdad y que yo era solo un juego. Me acostumbré a estar solo y fui olvidándome de ti poco a poco. —Hablaba mirando al suelo un poco indignado.

—¿En serio? ¡Qué asco me da, hasta ahí se tuvo que meter! ¡No sabía nada! Encima rompió nuestra foto, el único recuerdo que tenía de ti, y no te imaginas cuánto me dolió —respondió con tristeza al recordarlo.

De repente, sonó el móvil de Maya, cortando las interesantes aclaraciones entre ellos.

Saúl estaba incómodo al escucharla hablar con Carlos, su rostro había cambiado y se puso serio, mirando al horizonte del mar fijamente mientras Maya se despedía mostrándose seca.

—Perdona, lo tenía que coger. Me controla mucho y desconfía de mí por completo desde que pasó lo nuestro. Me arrepiento de tantas cosas...

—¡Perdona, no te he escuchado! —respondió Saúl poco entusiasmo mirando la hora en el móvil.

De repente preguntó:

—¿Te llevo alguna parte? He quedado con Sandro para cenar y ver una serie en su casa, quiere que sea puntual porque mañana madruga. Tenía la cabeza en otro lado, no estaba nada cómodo y quería escapar de inmediato al sentir celos sin quererlo.

—Llévame a casa de mis padres, me despido de ellos y cojo mi coche o ceno con ellos, ya veré —respondió entristecida al despedirse tan de repente.

Maya sentía mucha impotencia por lo que estaba ocurriendo. No estaba segura de sus sentimientos y no sabía si era amor u obsesión. Solo notaba lo contenta que estaba cuando sabía de él, y, ahora que lo había tratado en persona, aclarándolo todo, estaba segura de que seguía

realmente notando mariposas. No era fácil la situación que estaba viviendo, había algo que le ataba a Carlos, pero, a la vez, quería escapar de ese infierno poco llevadero poniéndoselo cada vez más fácil a Saúl.

Capítulo 6

¿Luz al final del camino?

Maya por fin comenzaba a pensar en sí misma, en lo que quería y, sobre todo, en lo que no quería en su vida. Llamaba todos los días a Saúl cuando salía de trabajar por la noche, hablaban cómodamente de cómo les había ido el día, y Maya se calmaba escuchando su voz. Sus sentimientos eran cada vez más fuertes y tenía que hacer algo con Carlos, porque la cruda realidad era que llevaba mucho tiempo enganchada a él sin saber por qué, ya que en realidad todo eran reproches y se pasaba el día pensando en Saúl. Un caso un poco extraño, pero así lo vivía ella. No se sentía entendida, no se sentía amada, su alrededor era negativo y quería volar sin alas, pero pasaba el tiempo y no sabía cómo hacer para no causar más dolor.

De pronto, Saúl iba recordando momentos vividos a su lado en aquella playa y, sobre todo, al año siguiente en su casa. Recordó cuando se despidieron, las palabras que le dijo Maya de que nunca lo olvidaría, y, al ser verdad, las ganas de estar con ella rompían con todo.

Cada vez, tenía más ganas de verla y deseos de besarla, pero no se lo decía ni lo haría, porque no quería volver a repetir la misma escena que en el pasado. Estaba centrado en su carrera, además ella también le servía como motivación para terminarla, y eso a él le encantaba. Poco a poco, Saúl iba teniendo más interés por Maya, cada día se involucraba más y Maya se ponía como una niña feliz con su piruleta. Empezaba a contemplar esperanza en su vida y fue dejándose llevar por lo que sentía.

Una tarde, estaban Maya y Carlos en su casa cabreados por la misma guerra de siempre, no hacían nada juntos, daba pena verles. De pronto, fue Tania a visitarlos de sorpresa dando luz a la casa. Querían despejarse y se iban de viaje con ella y su familia, pero necesitaba hablar con ellos antes.

—¿Nos vamos al final de viaje con ella? —preguntó Carlos con desgana mientras estaba en el sofá viendo la televisión.

—Sí, por favor, tengo ganas de salir de la rutina y de que hagamos un viaje con Tania —respondió Maya.

—Manu es buen tío y congeniareis bien, vamos a un valle precioso y montaremos a caballo, si os apetece, también os vendrán bien unos días de paz y equilibrio.

—Sí, amiga, lo necesitamos e iremos encantados. ¿Te quedas a cenar? —preguntó Maya muy contenta por estar con su amiga.

—Vale, ¿qué vas a hacer de cena? —preguntó Tania.

—Tortilla de patatas. ¿Vamos a la cocina y la voy preparando?

Prepararon la cena mientras hablaban de sus cosas. Después de una hora, cenaron y pasaron una velada placentera los tres juntos gracias a Tania. Sobre las once, Tania se marchó y Maya se puso a escribir sus versos antes de dormir, pero antes, aprovechando que Carlos estaba duchándose, le mandó un mensaje a Saúl comentándole lo del viaje.

«¡Hola, mi niño! La semana que viene me voy de viaje, hasta la siguiente no podría ir a Santa Pola y me encantaría verte mañana. ¿Te apetece?».

«¿Te vas de viaje? ¿Adónde? Claro que quiero verte mañana, te echo de menos—. Contestó inmediatamente contento de saber que la volvería a ver.»

Al leer las palabras de Saúl, Maya sonrió complacida y escribió deprisa:

«Mi niño, yo también te echo de menos. Mañana te llamo cuando esté allí. Buenas noches. Sueña conmigo. Un beso».

Carlos terminó de ducharse y se sentó al lado de Maya en el sofá. Él cambiaba los canales de la televisión mientras que ella escribía tranquilamente. Justo en su inspiración divina, sonó el WhatsApp de Maya. Se puso nerviosa mientras Carlos cogía el móvil rápido de encima de la mesa, lo miró con atención, y, al ver que era Cintia, se lo devolvió.

Al rato, un nuevo mensaje sonó y Maya lo leyó:

«No paro de pensar en ti desde el día que nos vimos en el faro. Que descanses. Buenas noches, mi niña. Un abrazo».

Era Saúl.

La cara de satisfacción que puso Maya al leerlo hizo dudar a Carlos, que preguntó con tono brusco:

—¿Quién es ahora?

—Es Tania. Buenas noches, me voy a la cama, Carlos.

Y, sin decir nada más, se fue contenta a la habitación a soñar con Saúl.

A la mañana siguiente, al rato de ducharse y arreglarse, ya tenía la casa limpia y no le tocaba hacer la compra. Estaba aburrida y entró a cotillear en Facebook un rato, tenía un mensaje sin leer que decía:

«Te escribo por aquí porque sé que Carlos te está controlando. Me ha enviado un mensaje amenazador, no sé cómo se ha enterado de que estamos hablando. ¿Ha pasado algo? Vienes, ¿verdad?». Saúl sonaba preocupado.

Maya, sorprendida, escribió enseguida:

«¿En serio? ¡Sí que voy, claro! Estoy contando las horas. Después de comer te aviso. Tengo ganas de verte. Un beso».

Saúl respondió enseguida:

«Avísame cuando vengas, yo también tengo ganas de verte.»

Carlos le revisaba el móvil cuando ella dormía, enterándose de lo que Maya no borraba, pero no se atrevía a decírselo para no perderla y se tragaba ásperamente lo que leía.

Al rato, llegando a Santa Pola, cambió totalmente el rostro sin darse cuenta. Cuando estaba con sus padres era totalmente ella, risueña, graciosa y cariñosa. Era otra historia, pero a las horas volvía a las tinieblas totalmente cegada y cambiando de nuevo su rostro.

Saúl, esa tarde, estaba en el gimnasio terminando de hacer su tabla. Luego se arregló en el baño y la llamó:

—¡Hola, Maya! ¿Voy a por ti?

—¿Eso es que has terminado o que tienes ganas de verme? —preguntó sonriendo con golosas ganas de estar con él.

—Las dos cosas, espérame en el portal que no tardo nada —respondió él a punto de arrancar el coche.

—Vale, te espero abajo. Hasta ahora.

Cuando Saúl llegó a casa de Maya, la encontró apoyada en la puerta con un vestido blanco corto ibicenco y el pelo suelto y mojado. Cuando vio lo bonita que estaba, el corazón comenzó a palparle deprisa mientras tragaba saliva. En ese instante, entró en su coche con su rostro dulce y risueño. Lo abrazó por unos segundos, se dieron dos besos y fueron directos a un mirador precioso.

Cuando llegaron, fueron a sentarse a la sombra de un árbol, poniéndose cómodos ante las impresionantes vistas al puerto, sintiendo la brisa por sus rostros aliviados al estar juntos.

—Cuéntame adónde te vas de viaje —dijo Saúl con incertidumbre mientras se rascaba la nuca.

—Nos vamos a un pueblo de Asturias con Tania y su familia, a una casa que tiene su tío en un valle. A ella le hacía mucha ilusión que fuera, y, como no nos vemos tanto, voy sin pensármelo —respondió tranquilamente sin dejar de observarlo.

—Pues genial, una experiencia más para disfrutar. A ti, que te gusta viajar, lo harás a gusto, yo no he viajado tanto porque no me gusta realizar el trayecto. Si hubiera una máquina que me transportara en el instante al lugar que quisiera, viajaría más, pero como no existe... me da pereza —comentó graciosamente y con sinceridad.

—Si viajaras conmigo sería distinto... Por cierto, casi se me olvida tu mensaje. ¿Crees que Carlos me controla? Está tan ocupado en su trabajo y en sus fiestas que pasamos el tiempo separados y no tiene tiempo para verme el móvil —comentó bastante intrigada y preocupada.

—Anoche me llamó cabreado. Me dijo que te dejara en paz de una vez y que yo sobraba por que te hago daño. No me dio tiempo a decir nada y pensé en lo peor. Necesitaba verte y comprobar que estabas bien.

—Después de tu mensaje, al quedarme con cara de boba al leerlo, me preguntó quién era. Yo le contesté que era Tania y me fui directamente a la cama a soñar contigo. Se quedaría dudando, como siempre, y, cuando me dormí, lo comprobaría. ¿Tú qué piensas? —preguntó nerviosa.

—Carlos me da igual, me preocupa que tú estés mal. En teoría, si es así, él supondrá que estamos ahora mismo juntos y puedes tener problemas cuando vuelvas a casa —respondió serio y preocupado.

—No te preocupes, no es por ti, es un sinvivir y no me daba cuenta de lo que estoy viviendo hasta que fui a buscarte a tu casa y empezamos a hablar. Cuando nos vimos, confirmé lo que estoy sintiendo. Mi relación está rota desde hace años, pero siempre quise ayudarlo con su adicción y, como no me deja, me doy cuenta de que hoy en día estoy perdiendo mi tiempo. Tú me ayudas a estar bien, no aguantaría que te apartases otra vez —confesó Maya con brillo en sus ojos y un poco desesperada por la situación.

—No pienso hacerlo, tu das luz a mí solitaria vida, pero tienes que zanjar algo antes —respondió sonriendo y sin dejar de mirarla.

—Gracias, Saúl. Mi vida ha sido muy caótica, he tenido una serie de altibajos con Carlos, nunca he encontrado una estabilidad emocional constante, y, cuando he considerado que era feliz, un bache me encontraba. Así durante todos estos años, y lo peor es no haberte podido sacar de mi mente.

—Ni me lo imaginaba, Maya —dijo Saúl bastante sorprendido.

—Sin conocerte bien, me siento refugiada cuando estoy contigo y veo que sale mi yo interior —comentó mirando al mar con lágrimas cayendo por su rostro. Ese desahogo le venía bien.

—No llores, no merece la pena estar mal. Los humanos nos complicamos la vida, no vemos la importancia de las cosas y nos preocupamos por gilipolleces. Con lo fácil que es vivir y ser feliz —comentó acercándola a él abrazándola con un brazo mientras la consolaba.

—Me encanta hablar contigo, me haces ver la realidad de las cosas. Sin embargo, siento un nudo en mi garganta por lo que me viene encima. Gracias por preocuparte por mí, tengo las cosas más claras —respondió dándole un beso en la mejilla.

Estaba anocheciendo, se despidieron con un abrazo sincero por las dos partes y él la dejó en casa de sus padres. Cuando Maya llegó, quiso cenar con ellos. No tenía ganas de volver a su casa y de ver a Carlos con la cara endemoniada al imaginar que pasaba.

Marisol, la madre de Maya, llamó a Carlos para que no se preocupara, le dijo que su hija se encontraba mal, que no iba a conducir hasta su casa y que se quedaba con ella.

Mientras cenaba con sus padres se sentía muy contenta e iba viendo que, en realidad, quería vivir con ellos. Veía señales por todos lados que le indicaban que debía dejar a Carlos y buscar la manera de ser feliz por completo. Su mente abría un espacio nuevo adaptando todos los pensamientos que yacían en el fondo de su ser, esos que tuvo escondidos y a los que obligó a no ver la luz del sol. Pero era imposible borrar lo que afloraba con su primer amor, porque era el único que la había tocado en lo más sagrado: su corazón.

Estando en su habitación, se inundó de melancolía al ver las fotos con sus antiguas amigas. Con Lila tenía muchas más, había pasado momentos inolvidables con ella desde pequeñas, estaba cansada de tanto pensar, la cabeza le explotaba y se acostó en la cama totalmente a oscuras grabándose en la mente una y otra vez:

«Tengo que hacerlo, tengo que dejar a Carlos ya. Me importa más mi felicidad».

Al día siguiente, cuando Maya llegó a Benidorm a las doce, coincidió con Carlos en el portal. Él no fue a trabajar e hizo como si no pasara nada. Al verla la besó en los labios, le preguntó cómo estaba y, cuando Maya le dijo que estaba bien, se fue al bar. Ella subió a su casa, hizo la lista de la compra y bajó al supermercado tranquilamente.

Cada día que pasaba, los sentimientos por Saúl eran más intensos, las ganas eran inmensas y lo que sentía por Carlos se apagaba. No tenía intención de volver a implicarse con Carlos para luego fracasar. Eran muchos años de lucha para que dejara las drogas, con una promesa incumplida incluida. No sabía qué hacer. En la balanza se veía totalmente claro, pero era tanta la lástima que sentía por Carlos cuando lo veía que tenía la necesidad de seguir ayudándolo. Estaban compartiendo su vida y tenía que mantenerse firme en lo bueno y lo malo. Sin embargo, su mente la transportaba a los brazos de Saúl sin poder remediarlo.

Después de unos días en la penuria con tanto lío por dos hombres, seguía notando una enorme pena por Carlos, sin embargo, también sentía unas ganas locas de ver a Saúl y de escapar de ese abismo. Se estaba volviendo loca con tanto ruido en su cabeza, quería aclararse inmediatamente y elegir solo un camino.

A los pocos días se fueron de viaje con Tania, y, justo antes de salir, Maya le envió un mensaje

a Saúl:

«El domingo me quedaré con ganas de verte, pero, como ya no trabajo, el lunes estoy ahí y nos vemos. Un beso».

Saúl contestó automáticamente:

«Estoy deseándolo, que tengas buen viaje. Un abrazo».

Cargaron la maleta y fueron directos a casa de ella para irse en el mismo coche. El viaje de ida fue bien y luego estuvieron tres días viendo la ciudad y descansando en el valle. Sin embargo, a la vuelta Maya estuvo llorando sin parar, preocupada porque no encontraba el modo de decirle a Carlos que no le quería. La lástima la inundaba de nuevo.

Llegaron a casa cansados del viaje, sonó un WhatsApp de Maya mientras que Carlos estaba recogiendo las maletas del coche y, como él estaba distraído, Maya lo leyó:

«Hola, Maya. ¿Cómo te ha ido el viaje? ¿Estás bien? No sé si he hecho bien en escribirte, pero necesito saber de ti, llevamos tres días sin hablar y me siento raro, me falta algo. Me faltas tú».

«¡Hola, mi niño! Qué contenta me pongo cuando sé de ti, a mí me pasa igual. Mañana no puedo ir porque tengo que hacer unas gestiones, pero pasado voy sin falta. No te imaginas cuánto te echo de menos». Respondió feliz.

Llevaban ya un mes hablando diariamente en confianza y Carlos no la valoraba para nada, estaba completamente aislado en su mundo solo. Las salidas en las que engañaba a Maya hacían que ella le fuese repudiando cada vez más. Comenzaba a odiar su presencia y evitaba verle a cada rato, y él notaba su ausencia de inmediato. Se volvió fría completamente y cada vez se encontraron con más problemas cuando él intentaba tocarla en casa para satisfacer sus ganas, sin recibir nada a cambio.

Esa misma noche hacía un poco de fresco, Maya estaba dormida en la cama, cubierta por la cintura con una sábana. De madrugada llegó Carlos totalmente borracho, estaba obsesionado con tocarla y fue a la cama directamente nada más entrar. Con autoridad y fuerza, la destapó, la cogió firmemente por la cintura y le dio media vuelta, arrancándole las bragas con furia. Ella se sobresaltó y se apartó asustada, y preguntó chillando:

—¿Estás loco? ¿Cómo se te va la pinza de esta manera?

—Quiero follarte, si no me complaces tendré que buscar sexo fuera. Yo aviso, pero tú lo haces a escondidas —contestó perturbado mientras la miraba con deseo.

—No sé qué intentas con esto, pero no voy a consentir más tus faltas de respeto y tus groserías y, sobre todo, que me vuelvas a tocar sin mi consentimiento. ¿Pretendes que te haga el amor con el asco que me das ahora mismo? ¿No ves que cuando estás de droga hasta el culo te evito? —respondió con repugnancia por lo que le había hecho.

—¡¡Maya, cállate!! —gritó perdiendo los papeles y pegando un golpe a la puerta.


—¡No me callo, Carlos! Solo quería ayudarte a que te dejaras las malditas drogas, pero como ni lo intentas... yo no quiero intentar salvar más nuestra relación. Mañana mismo hago mis

maletas y me voy para siempre —informó sentada en la cama, alterada y convencida, sin quitarle la mirada de encima ni un segundo.

—Pues, si no me amas, no necesito tú ayuda y te puedes marchar ahora mismo, pero quiero que sepas que con él no vas a conseguir la feli-

ciudad que buscas, él no te quiere como yo —respondió Carlos marchándose lloroso a la habitación, no sin antes pegar un portazo, pensando que ella se arrepentiría y lo buscaría para arreglarlo.

Maya se cambió las bragas mientras pensaba:

 «Espero que ningún hombre me ame como tú... porque voy apañada».

Se acostó libre de cargas, no se imaginaba ni por asomo que dejaría de esa manera a Carlos, pero algún día tenía que darse cuenta de que la bendita gota que colmó el vaso llegaría en cualquier momento.

Capítulo 7

Encontrando la felicidad

Al día siguiente, se levantó sola como cada mañana. Carlos se había ido al trabajo, pero, en esta ocasión, no se había despedido de ella. Desayunó tranquilamente sabiendo que sería el último suspiro en esa casa, se vistió sencilla, pero se sentía guapa al mirarse al espejo. Estaba preparada para comerse el mundo. Recorrió cada rincón de la casa pensando en algunos momentos buenos vividos y despidiéndose de ella. Hizo las maletas con atención para que no se le olvidara ninguna de sus pertenencias. Es su mente, Saúl la acompañaba. Se imaginaba cómo sería su nueva vida junto a él sintiendo mariposillas por el cuerpo. Se sentía espléndida pensando en las horas que faltaban para dejar su supervivencia tóxica. Cuando terminó, se acomodó en el sofá y le escribió un WhatsApp a Saúl con mucha ternura:

«Te echo mucho de menos, mi niño, hoy, más que nunca, te necesito. Un besito».

Él respondió inmediatamente:

«¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Dime algo. Me dejas preocupado. Un beso».

Ella informó orgullosa por poder expresarse libremente al fin: «Anoche pasó algo con Carlos y no puedo más. He hecho las maletas y me voy para Santa Pola esta tarde».

Él seguía preocupado:

«Pero ¿estás bien? ¿Necesitas que vaya a Benidorm y te ayude?».

Preguntó bastante sorprendido e impaciente. Ella lo calmó:

«No te preocupes, estoy feliz. No sabía cómo dejarle para no hacerle daño, pero anoche me lo puso en bandeja y lo he hecho por fin».

Saúl no daba crédito a lo que leía:

«¿En serio? Pero ¿es definitivo?» . Preguntó sin saber qué decir por tanta alegría que sentía.

Ella se lo corroboró casi sin poder creérselo:

«Sí, claro, para atrás no tiro».

Comió con la tranquilidad de que Carlos llegaba a las cuatro. Quiso esperarlo para despedirse de él. Mientras tanto, estaba escribiendo sus versos, pero esas palabras eran nuevos sentimientos, no había penas ni llantos, había esperanza y amor.

A las cinco de la tarde Carlos no había llegado todavía, lo llamó intranquila, pero el móvil estaba apagado. No sabía qué hacer, solo quería irse con la conciencia limpia. A las seis no había vuelto todavía, los nervios asomaban y, cansada de esperar y de no hacer nada productivo,

buscó las llaves del coche para irse.

Después de media hora más, Carlos entró en la casa preguntando sin saludar:

—¿Qué buscas?

—¡Hola, Carlos! ¿Tienes las llaves del coche? No las encuentro por ninguna parte —le preguntó sin mirarlo a la cara mientras las seguía buscando.

—Sí, las tengo yo y lo tengo todo preparado para que nos marchemos —respondió sonriendo y mirándola tiernamente a los ojos.

—Tendrías que haberme dicho esta mañana que te lo llevabas. ¿Es que me acompañas a casa de mis padres? —preguntó intrigada mientras se recogía el pelo.

—Vamos para el coche y de camino te cuento, Maya —respondió mientras cogía las llaves y se iba hacia la puerta a esperarla.

—¡No, Carlos! ¡Ya está bien! Anoche te pasaste tres pueblos y te puse las cosas claras. Hoy no ha cambiado nada ni va a cambiar, dame las llaves del coche, por favor, que la que se va soy yo —dijo bastante enojada.

—¡No, Maya! ¡Nos vamos los dos! No te consiento que me dejes, no lo voy a permitir —respondió con prepotencia y dominación.

—Pero ¿qué estás diciendo? Me has tenido seis años a tu lado y me has despreciado día tras día. No has valorado nunca que me tenías en tu vida, solo te has centrado en tus mierdas y me has dado por hecho siempre, alejándote de mí con tus fiestas. Y ahora que por fin estoy completamente segura de que no quiero estar contigo, ¿me haces esto?

De pronto, sonó el móvil, entrecortando lo que estaba diciendo Maya. No lo cogió e intentó terminar de hablar con Carlos, pero él la cortó y le dijo: —Cógelo, Tania quiere decirte algo.

Le hizo caso y contestó a la llamada bastante intrigada y dijo alterada:

—¡Dime, Tania!

—¡Uy! No te pilló en buen momento. ¿Qué pasa? —contestó preocupada.

—Mañana te cuento bien, peque —respondió, y, cuando fue a colgar, escuchó que le decía algo más de fondo.

—¡No! Si os estoy esperando. ¡No tardéis, que no llegamos a cenar! —respondió ansiosa y con prisa.

—¿Cómo? Pero ¿adónde vamos? —preguntó bastante desorientada e intrigada.

—Pero... ¿Es que no sabes que nos vamos de viaje al balneario de Archena por fin? —preguntó desconcertada Tania.

—Pues eso parece, un viaje sorpresa, ¡pero ni loca voy a ir! Lo siento por chafar la salida.

—Cuéntame qué ha pasado, para no ir tú al balneario estando todo preparado y a punto de salir... tiene que ser algo grave —comentó Tania un poco desorientada.

—Sí, peque. Anoche discutí con Carlos y he hecho las maletas para irme definitivamente a casa de mis padres. A estas horas ya debería estar allí, pero no tenía las llaves del coche, estaba esperándole para despedirme y me encuentro con todo esto.

—¡Ostras, Maya! Cuánto me gustaría estar ahora mismo a tu lado. No me hubiera imaginado jamás que estabas pasando por esto. Haz lo que sientas que tienes que hacer, piensa solo en ti y actúa. A mí me tendrás siempre, ya lo sabes.

—Gracias, amiga, no te imaginas cuánto te echo de menos. —Rompió a llorar sin consuelo.

—No llores, pequeña, voy para tu casa inmediatamente —contestó muy preocupada al

escucharla sollozar tanto.

Cuando colgó, Carlos dijo totalmente furioso y celoso:

—No hace falta que vayas de víctima, eres tú quien me abandona y quien tira a la basura nuestra relación.

—¡Carlos, no me hagas repetirte las cosas!

—Tú has fallado. Siempre has ido de víctima, culpándome por las drogas, cuando fuiste tú quien jodió nuestra relación con la excusa de que no podías olvidar a Saúl.

—¿Aún no te das cuenta de nada? Te ciegas en el pasado refugiándote en tus fiestas, sin perdonarme realmente por lo que pasó y alejándote cada día de mí. Reconozco mi error y te pedí perdón un millón de veces, pero tú, tratándome como una mierda, me dijiste que sí me perdonabas y ahora veo que no —respondió indignada.

—Me refugiaba en mis fiestas, como tú bien dices, porque me causaste un terrible dolor, amándote más que a mí mismo —respondió él con impotencia.

—Carlos, tú me has amado a tu manera, pero eso no era amor, era posesión. Si tu pareja es infeliz por tu culpa y la amas de verdad, la dejas volar para que sea feliz, aunque no sea a tu lado —dijo ella con lástima por cómo habían terminado.

—Eso es lo que tú crees. Desde que te vi en clase por primera vez, me enamoré de ti, aunque no te lo creas. Cada uno tiene una forma de querer.

De pronto, sonó el timbre de la salvación. Maya abrió y subió Tania. Saludó a Carlos y le dio un abrazo tierno a Maya, y después entraron las dos a la habitación y cerraron la puerta.

—¿Qué necesitas ahora mismo? Luego me lo cuentas todo —preguntó Tania, accediendo a todo lo que quisiera Maya.

—Llévame a casa de mis padres, por favor. Eso necesito y eso quiero por primera vez en mi vida. Ya no existe ni el miedo ni la lástima hacia Carlos —respondió Maya totalmente liberada.

—Perfecto, ya estamos tardando. Al balneario ya iremos las dos en otra ocasión —contestó Tania sonriendo y animándola por completo.

Maya salió de la habitación y fue a despedirse de Carlos, pero él estaba en el baño encerrado y no quería verla marchar.

Sin despedirse de él, cogieron las maletas y se fueron sin echar la vista atrás...

* * *

Una relación tormentosa tienes que dejarla a la primera de cambio.

Recordemos que los pilares fundamentales en una relación son: el respeto, la confianza y el amor. Ten en cuenta que, si se rompe uno, la relación no va a funcionar bien, aunque lo vuelvas a intentar.

Porque, una vez que se pierde, nunca se vuelve a recuperar.

No pierdas el tiempo y, a la mínima, vete sin mirar atrás. Las relaciones tóxicas son solo eso y te arrastran a la infelicidad.

Tienes que buscar tu propia felicidad y no la de los demás. Debes confiar más en ti, valorarte bien, quererte mejor

y alejarte de quien te quiera mal...

* * *

Cuando salieron del portal cargadas con las maletas, Maya sentía su independencia, era un momento desconcertante para ella porque, después de que le hubiese costado tanto dejar a Carlos, no asimilaba que por fin lo había hecho de esa manera. Lo cierto es que no se sentía satisfecha, hubiera deseado que las cosas fueran de otra forma, pero no perdía el tiempo en pensar en ello y, de camino al coche con una sonrisa envolvente de las que dan envidia, metieron los bultos en el maletero y fueron en dirección a su nueva vida tan contentas.

Maya se despidió cuando Tania la dejó en la puerta de casa de sus padres, estaba muy agradecida con ella, la adoraba y siempre la tenía al lado en los momentos en los que más la necesitaba.

Cuando Maya abrió la puerta de su casa, no pudo evitar gritar felizmente:

—¡Familia, vuelvo a casa para siempre!

Marisol y Mario salieron del salón sobresaltados, no se lo esperaban para nada. Maya abrazó a su madre tiernamente mientras que esta le preguntaba:

—¿Qué ha pasado, cariño? ¿Estás bien? ¿Has cenado?

—Sí, mami, estoy mejor que nunca, siento que me he quitado un peso de encima y no, no he cenado, pero yo misma me preparo algo, no te preocupes. Mañana os contaré todo, pero esta noche quiero disfrutaros —respondió aliviada de estar con ellos de nuevo.

—Sí, hija, como tú quieras. Qué raro que no haya salido papá, estará ocupado ...porque seguro que te ha escuchado —comentó Marisol mientras el padre de Maya salía del baño.

Cuando vio las maletas, miró la hora que era y preguntó sorprendido:

—¡Hija, qué alegría verte! Pero... ¿qué ha pasado?

—Hola, papi. He dejado a Carlos. Ya sabías que no tardaría en hacerlo, pero... ¡mucho he tardado! Bueno, voy a ponerme cómoda y vuelvo con vosotros —respondió aliviada.

—Vale, cariño, si quieres ponte cómoda y luego cenas. Estás en tu casa, cariño, ya lo sabes —respondió Marisol con rostro tranquilo al verla feliz en casa.

Su habitación estaba tal como la dejó, y, al entrar, pensó en cambiar varias cosas de la decoración para sentirse mejor. Revisó detenidamente los cajones de su escritorio, donde guardaba sus cuantiosos poemas. Al leerlos, los recuerdos empezaron a volar por su mente transportándola a cada momento vivido. Recordaba perfectamente el momento en el que los escribió y, sobre todo, a quien iban dirigidos: a su primer amor.

La felicidad que sentía al recordar cada caricia recorría intensamente por sus venas. Hacía mucho que no tenía esa agradable sensación en su vida, pero ahora no tenía ningún impedimento para estar con Saúl y quería conocerlo de verdad. Estaba deseando verlo y refugiarse en sus brazos nuevamente. De pronto, dejó todo para otro día y salió de la habitación para estar con su familia en el salón, ellos ya habían cenado, Maya se hizo un bocadillo de tortilla y cenó mientras veían una película que echaban en la televisión.

Al rato, sus padres se acostaron y se quedaron Maya y Mario terminando de ver la peli, acostados en el sofá cada uno en un lado, como hacían cuando eran pequeños.

Antes de irse a la cama, Maya no dudó en enviarle un mensaje a Saúl:

«No te imaginas cuánto deseo ahora mismo estar entre tus brazos. Buenas noches, que descanses, mi niño».

Al leer las palabras de Maya, Saúl fue consciente de que no había contestado al mensaje de

antes y la llamó al instante diciéndole:

—Perdona las horas, pero me acabo de dar cuenta de que no te he contestado antes y no quiero que pienses mal. Me quedé sin palabras al confirmar que estabas aquí.

—No te preocupes por nada, solo quería que supieras cuánto te echo de menos —dijo Maya contenta de escuchar su voz.

—Yo también, Maya. Estoy deseando que sea mañana y que nos veamos, si no quieres que vaya ahora un momento para darte ese abrazo...

—¿En serio? ¿Lo harías? —Se quedó en *shock*, no se lo esperaba y lo estaba deseando.

—Claro, Maya, en cinco minutos estoy ahí.

Cuando Maya colgó, estaba tan nerviosa que ni se vistió, bajó con el pijama rosa de corazones y el pelo recogido con un moño. No era la mejor imagen que iba a recibir Saúl, pero las ganas eran tan grandes que ignoraba los adornos.

Cuando abrió la puerta del portal para ver si había llegado, justo en ese momento, apareció con su sonrisa cautivadora y, sin decirse ni una palabra, sus cuerpos se juntaron con cariño y se abrazaron tiernamente, aliviados completamente.

—Es bastante tarde para venir a darme un abrazo, pero me has hecho muy feliz no lo dudes —dijo Maya entre sus brazos.

—Estaba deseando hacerlo, pero me voy a marchar ya para que descanses. Ahora puedo dormir tranquilo después de haberte visto —respondió él sin creerse todavía que hubiese dejado a Carlos.

—Gracias por este ratito, estoy deseando que sea mañana para vernos sin prisas.

—Yo también, así que vete a dormir que es muy tarde. Por cierto, me encanta verte en pijama. Se despidieron con otro abrazo cariñoso, un beso tierno en la mejilla y se marcharon.

Cuando Maya volvió a tumbarse en la cama, Saúl le envió un mensaje que decía:

«Me voy a dormir muy a gusto, creo que hace mucho tiempo que no me siento así, me ha encantado verte en pijama y no te imaginas cuánto desearía que estuvieras en mi cama ahora mismo. Que tengas dulces sueños».

Maya, al leerlo, se quedó flipando. Ella deseaba lo mismo en ese momento... pero sus cuerpos estaban separados.

Capítulo 8

La primera vez

Por la mañana, se despertó con una sensación un poco extraña, aunque se sentía feliz de estar en su verdadera casa. Desayunó viendo la tele y después limpio todo para que cuando viniera su madre estuviera todo listo. Luego esperó relajada en el sofá a que sus padres llegaran de trabajar para comer todos juntos. Mario estaba en la universidad y regresaría a las cinco servido.

Mientras que Marisol hacía la comida, Maya le escribió un mensaje a Saúl con ansias de verlo:

«Hola, mi niño, te echo mucho de menos. Me encantaría poder estar acobijada en tu pecho ahora mismo».

Saúl contestó al momento:

«Hola, Maya, yo también te echo de menos. ¿Nos vemos esta tarde después de que vaya al gimnasio?».

Maya estaba ilusionada y mandó otro mensaje:

«Sí, por favor, lo estoy deseando. Escríbeme cuando termines. Un abrazo».

A las siete, Maya avisó a sus padres de que había quedado con Saúl y bajó a la calle a esperarlo. De pronto, su coche giró la esquina y paró en el portal. Saúl estaba dentro mirándola y sonriendo. A ella le palpitaba el corazón con fuerza al verlo tan guapo. La sonrisa de Saúl era su preferida en el mundo entero.

Entró en el coche y, directamente, sin decir nada, se echó a sus brazos fornidos. Él la recibió en su pecho a prueba de bombas envolviéndola tiernamente. A los segundos de estar en su refugio, él susurró:

—Cuánto te he echado de menos, princesa, por fin estás conmigo.

—Me ha costado lo mío, pero por fin estamos juntos —respondió Maya feliz.

Esta vez todo era diferente entre ellos, Maya ya no tenía ningún compromiso, no había nadie que estorbara su amor con Saúl y el deseo que sentía por estar con él era inmenso. Había sufrido mucho y se merecía ser feliz como ella quisiera. Se sentía bien consigo misma y tenía las cosas claras por una vez en su vida, dudaba si estaría con Saúl como al principio, pero haría todo lo posible para conseguirlo.

Llegaron a la playa donde solían verse antes y se sentaron en la orilla del mar para ver la puesta de sol.

—¡Qué a gusto estoy!, ¡cuántos recuerdos me trae este maravilloso lugar! Contigo puedo respirar paz —comentó ella cogiendo la mano de Saúl.

—A mí también me trae muchos recuerdos bonitos, no había vuelto a esta playa desde entonces. Está exactamente igual y nunca había visto un atardecer junto a ti, siempre veníamos de noche —contestó aliviado al estar a su lado.

—Es verdad, y ¡qué noches tuvimos! Me encanta ver los atardeceres, pero ahora más porque los veo contigo. No te puedes imaginar cuánto he deseado este momento —dijo mirándolo

fijamente a los ojos, risueña.

—Yo también he deseado muchas veces volver a estar en cada rincón en los que estuvimos, y, cada vez que te ibas con Carlos después de vernos, me moría de celos. No entendía por qué te ibas y por qué me buscabas a la vez. No quería meterme donde no me llamaban y me aguantaba las ganas y la envidia de que él te tocaba —respondió recordando sus miedos.

—No me digas eso ahora, Saúl...— dijo Maya desconcertada.

—Me aliviaba escuchar tu voz y, cuando me acostaba por las noches después de que habláramos, deseaba tenerte a mi lado para poder acariciarte el pelo, pero nunca estabas. ¿Por qué has tardado tantos años en volver? —preguntó triste al recordarlo todo mirando el atardecer.

—¿Por qué no me dijiste nada, Saúl? Hubiera sido todo más fácil y no hubiera empezado con Carlos. Yo te he querido siempre, nunca te he olvidado y mi vida sin ti ha sido un tremendo calvario. Pero, por favor, no pensemos más en eso, ahora estamos juntos.

—Si te llama para volver, o te busca... ¿No volverás con él por pena? —preguntó ofuscado e intrigado por miedo de volver a perderla.

—Ni en mi peor pesadilla vuelvo con él. ¿Sabes qué? Me cuesta mucho dar un paso o hacer un cambio, pero, cuando lo doy o lo hago, lo doy firme o lo hago segura. Ha habido demasiadas oportunidades, puedes estar seguro de que no me arrepentiré nunca de esta decisión, quiero estar contigo y continuar nuestra historia por donde la dejamos —respondió mientras lo miraba, segura de lo que estaba diciendo.

De repente, con gesto tranquilo, él suspiró aliviado por fin. La miró a los ojos y se fundió en un abrazo tierno susurrándole al oído:

—Perdóname por ponerme así. Ya ha pasado la tormenta, olvidaré mis miedos inmediatamente e intentaremos estar juntos, princesa.

Maya, asintiendo y percibiendo que estaba satisfecha a su lado, sentía más que nunca ese tierno y confortable abrazo. No se creía el camino por el que había tenido que pasar hasta llegar a ese mismo instante y dudaba de si Saúl olvidaría sus miedos. Pero una señal en el cuerpo le decía que el destino tenía preparado algo para ellos.

La noche se les echaba encima, era la hora de cenar y sabía que Saúl era puntual. Siempre cenaba a las nueve y deseaba cenar con ella.

—¿Te apetece cenar conmigo?

—¡Me apetece mucho! —afirmó contenta de poder cenar con él.

Llamó a sus padres y les informó de que cenaba con Saúl y de que volvería tarde.

Llegaron al restaurante, se acomodaron, pidieron al camarero, y, como tenían los mismos gustos, compartieron los platos como la Dama y el Vagabundo. Cenaron tranquilos mientras hablaban de lo delicioso que estaba todo, aunque de lo que realmente hablaban era de ellos. Aún les resultaba impactante estar uno en compañía del otro, y todavía no se creían que tuviesen todo el tiempo del mundo para compartir el mismo camino. De pronto, sin venir a cuento, ella comentó:

—Aún no he probado tus labios y estoy deseando fundirme en ellos.

—¿Pido la cuenta y nos vamos? —preguntó él graciosamente, y Maya se rio.

—Me encanta la cara de boba que se me queda cuando haces que me ría a cada rato con cualquier cosa. Eres genial —confesó acariciándole la pierna con su pie bajo la mesa.

—A mí me encanta tu forma de ser, y me gusta aun más que tu sonrisa sea por mi culpa —se sinceró él mirando sus labios.

El miedo no existía, tenían unas ganas inmensas de estar juntos sin ningún remordimiento en sus miradas y sonrisas nerviosas. El deseo en sus ojos delataba las intenciones de ambos. Sus rostros de felicidad fluían con magia en cada segundo, centrándose solo en ellos como si no hubiera nadie más.

Salieron del restaurante después de un rato muy agradable y de una cena gustosa. Reían y caminaban por el paseo marítimo hablando plácidamente. Cuando volvieron a su rincón anhelado, había mucha calma, solo se escuchaban las olas del mar y sus voces susurrando dulcemente. Justo cuando Maya se disponía a sentarse en la arena, Saúl le dijo:

—Ven, siéntate más cerca de mí, necesito tu calor, tus caricias y tus mimos. No quiero que acabe la noche, no sé cuándo te tienes que ir, pero todo esto acaba de empezar para mí.

Ella, sonriendo, se colocó pegada a él, lo abrazó mimosamente apoyada en su cuello y dijo:

—Pase lo que pase, no quiero volverte a perder nunca más.

Él la miró profundamente a los ojos, suspiró, sonrió y le respondió con un beso sumamente bonito. La besó en los labios apasionadamente y con tantas ganas que, justo ahí, fue donde la magia y la pasión los envolvió de nuevo y surgió el amor real entre ellos.

—Pasan los años y parece todo igual, me dejas encandilado como siempre. Tienes un imán que bloquea mis fuerzas y mis miedos y haces que me quede prendado con solo rozarme —afirmó Saúl sorprendido.

Se miraban a los ojos con afecto mientras hablaban y reían. De pronto, Saúl, sin poderlo remediar, la cogió por la cintura derritiéndose en un beso distinto, era largo y jugoso. Con los ojos cerrados, la iba echando para atrás, acostándola en la arena sin dejar de besarla y acariciarla. La besaba pasionalmente, disfrutando de ese momento tan esperado.

Ella le correspondía también pasionalmente con cara de deseo. Durante unos minutos largos, parecía que iban a ir más lejos, sin embargo, descendieron poco a poco en intensidad y pasaron un buen rato acurrucados en la playa, hablando y riéndose de cada situación que recordaban. Ahora tenían todo el tiempo del mundo para disfrutar de su amor sin horarios.

Al día siguiente, Maya estaba dando una vuelta por el pueblo con sus padres. Sentía que estaba donde tenía que estar, estaba segura del cambio y feliz de haber vuelto. Era todo tan perfecto para ella que no creía que le estuviera pasando. No echaba de menos para nada su pasado y lo quería bien lejos.

Ya había deshecho sus maletas y tenía todo organizado en su armario. Reubicó la decoración de la habitación y ahora parecía otra, iba más acorde con sus gustos actuales. Se apuntó de nuevo a clases de pintura en el mismo local al que iba antes. Cuando llegó, vio que el profesor había cambiado. Esta vez era un hombre joven con potencial y muy simpático. Con él empezaba a utilizar el carboncillo y aprendía técnicas maravillosas. Le encantaba hacer dibujos difuminados.

Pasado el día, cenó con sus padres y su hermano Mario, y después iría a ver a Saúl. Ella era la del medio de los tres hermanos. Su hermana era mayor que ella, vivía en su propia casa con su marido y sus dos hijos pequeños, y quedaban todos a comer los domingos. Sus sobrinos, Cristian y Sara, estaban muy contentos de que su tía divertida volviera para poder llevarlos al parque y a la playa cualquier tarde.

A las diez había quedado con Saúl, estaba deseando verle. Fueron esta vez a la sierra que hay bajo el faro, es un lugar tranquilo y oscuro a la luz de la luna y está junto al mar. Bajaron del coche y se sentaron en el asiento de atrás, él cogió el portátil que llevaba siempre y puso el

primer capítulo de *The Walking Dead*, porque habían hablado de verla juntos.

Ella se acomodó apoyada en el pecho de él. Mientras él la abrazaba, ella dijo:

—Qué paz me transmites con tan solo estar entre tus brazos.

—Tú me transmites tantas cosas y me das tanto en tan poco tiempo... que tengo miedo de que no sea real. Mi inseguridad está todavía aunque me deje llevar en cada momento pero es tanto lo que siento, que quiero ir despacio pero no puedo. Por fin te tengo aquí y aun no me lo creo—. Respondió Saúl acariciándola con esmero.

—Me encanta lo que dices, te tengo aquí y tampoco lo asimilo. No sabes cuánto tiempo he estado queriéndote en silencio —respondió ella inspirando su aroma y sintiéndose en casa.

—Quiero cada pensamiento de ti, cada suspiro, cada mirada, cada sonrisa, cada beso, cada caricia... Lo quiero todo, Maya.

Entre palabra y palabra, le daba un beso tierno recorriéndole el cuello y derrochando deseo.

Maya no podía resistirse a los besos en su punto débil, así que lo cogió por la barbilla y lo besó sin dejarle aliento, embriagada de sentimientos y pasión.

La noche se le echaba encima, y, después de una hora comiéndose a besos, se fueron a dormir.

* * *

Cuando el destino de dos almas separadas es volver a estar juntas, en algún momento de la vida se reencuentran de nuevo sin perder la ilusión, y el sentimiento que tienen es más puro.

Eso les pasó a Maya y Saúl, y, seis años después, volvieron a reconstruir su historia de amor de nuevo. Se veían cada día en un lugar diferente, estaban coleccionando momentos románticos, superaban el día anterior con creces, sentían más haciendo cada vez más fuertes el deseo y la pasión.

Una mañana, Saúl llegó a casa de Maya y subió por primera vez. Fueron a su habitación, riendo como niños, derrochando felicidad por el pasillo. Ella le enseñó algunos de los poemas que le había dedicado a lo largo de los años, en ellos estaban sus sentimientos reales y seguían íntactos.

Saúl, con un brillo en los ojos al leerlos, la miró fijamente y comentó:

—Esto es un sueño del que no quiero despertar, princesa. Te tengo a mi lado y no asimilo que seas de verdad. Esta vez han sido muchos años separados, y necesito recuperar el tiempo perdido de inmediato.

Sin dejar que dijera nada, la cogió por el trasero, la acercó rápidamente a sus labios y le regaló un beso profundo.

Ella lo iba empujando lentamente a su cama acostándolo por completo. Sin dejar de acariciarse, ella se colocó encima de él. Fue besándolo lentamente por el cuello hasta terminar es sus labios con un beso apasionado. La situación se iba poniendo ardiente, estaban excitándose, ella notaba las partes de Saúl duras contra su pelvis.

Él la cogió acostándola en la cama sin dejar de besarla. Entre besos y caricias, le arrebató el jersey y se dejaron llevar por el deseo. Ese que había sido silenciado durante tanto tiempo. Saúl fue saboreando sensualmente su piel, recorriendo el cuello y los pechos de Maya con su lengua hasta llegar al botón del pantalón.

Maya se lo desabrochó deprisa y se despojó de sus vaqueros mientras él se fue desvistiendo rápidamente.

—Me pones cardiaco, cariño —informó sincero, y seguidamente la besó excitado.

De pronto, ella lo acostó totalmente desnudo con cara de satisfacción, sin dejar de besarlo sensualmente durante unos segundos incontrolados. Es ese instante le tocaba disfrutar a ella, y más sabiendo que no se había estrenado con nadie él. Era su momento deseado y lo disfrutaba sin dudar. Recorrió con su lengua excitada cada rincón de su cuerpo, volvió despacio a su cuello respirando profundo y se derritió en sus labios, descendiendo poco a poco hasta su miembro, dejando volar sus fantasías y haciéndolas realidad por completo.

Entre jadeos, Saúl susurró:

—Si sigues así, no podré aguantar más, me das mucho placer...

A Maya le encantaba hacerlo enloquecer mientras ella disfrutaba también. Hacía tiempo que se tenían tantas ganas, y lo mejor de todo era que lo hacían con sentimiento.

Saúl no pudo soportar tanto deseo. Hipnotizado, la cogió en brazos, la acostó en la cama y, besándola sensualmente, se la introdujo dentro de ella lentamente. Al fin estaban haciendo el amor apasionadamente por primera vez.

Después de hacerlo, se quedaron acostados muy juntos, tiernamente abrazados y aún suspirando. Saúl estaba hechizado, había complacido con creces las expectativas con la mujer que quería. La larga espera había merecido la pena.

De pronto, mientras él la acariciaba y la admiraba como si fuera un tesoro, le dijo con voz tierna:

—Que feliz me haces, princesa. No entiendo cómo he podido estar sin ti tanto tiempo.

—Tú también me haces muy feliz, cariño, no te imaginas cuánto te quiero.

—Yo también te quiero, princesa. Espero que este sueño no termine nunca, porque ya no podría vivir sin ti ni aunque lo intentase.

Con el paso de los días, iban forjando su amor en cada momento íntimo que tenían disfrutando. Nada ni nadie podría separarlos, porque cada situación vivida era aún más preciosa que la anterior...

Capítulo 9

Reviviendo su primer amor

Maya estaba estirada en el sofá después de comer leyendo un WhatsApp que había sonado en ese mismo instante.

«Hola, mi vida, porque, aunque no estemos juntos siempre lo serás para mí. Estaré esperando a que vuelvas conmigo sin descanso, no te arrepentirás nunca. Si lo haces, te convertiré en la mujer más feliz del mundo, porque ya no existe lo que más has odiado siempre: la droga. Es una mierda, me estaba robando mi vida y lo que más quería ya me lo ha quitado. Me he dado cuenta de todo ahora que no estás y sé que por culpa de esa mierda y por descuidarte te he perdido. No te imaginas la soledad y tristeza que abunda en esta casa sin tu sonrisa ni tus niñerías. Me duele estar solo donde hemos compartido momentos juntos. Si sintieras un mínimo de arrepentimiento, aquí estaré para ti. Te extraño».

Era Carlos y sonaba totalmente arrepentido. Por fin se había dado cuenta de que la droga lo llevó a un abismo del cual no pudo salir en muchos años, pero, con dos cojones, al final parecía que había conseguido desengancharse.

Maya sintió tentaciones de contestar, sobre todo porque recordó un texto que había escrito hace un tiempo, cuando Carlos estaba muy enganchado y ella no sabía qué hacer:

Por más que disfrutes con cualquier tipo de sustancia, lo peor que puedes hacer es probarla y añadirla a tu rutina.

Si lo haces, te vuelves adicto sin darte cuenta. Te olvidas de los problemas cuando la tomas, pero cuando se van los efectos... los problemas siguen estando ahí, así que no vale la pena. Si valoras tu vida de verdad, deja de golpe esa mierda que te está matando en vida, entonces serás feliz por completo y obtendrás lo que valoras en la vida.

Sé fuerte y confía en ti, porque puedes hacerlo.

Sin embargo, optó por no escribirle a Carlos. Así que, sin ninguna respuesta por Maya, así quedó el mensaje, en la ignorancia. Ni pena ni hostias, ella ya le había suplicado durante muchos años a Carlos sin tener resultado, y, ahora que lo tenía todo claro... ¿No era un poco tarde?

Pero, al rato, no podía contener la alegría que sintió al saber que por fin había dejado su mayor problema en la relación. Y no pudo evitar responderle:

«Te deseo que seas feliz. De verdad, me alegro mucho de que lo hayas dejado por fin. Cuídate mucho».

Carlos contestó automáticamente:

«Gracias, Maya, no te imaginas cuánto siento haberte perdido de esa manera, no tenía que haberte tocado sin tu consentimiento, se me fue completamente la pinza. Espero que

algún día me perdones».

Maya, con un poco de lástima, escribió despidiéndose de él:

«No me hubiese imaginado jamás que nuestra relación se rompería así, pero no te guardo rencor, te deseo en la vida lo mejor.
Cuídate, de verdad».

Después de aliviarse por completo, reservó mesa en un restaurante para cenar que habían abierto hacía unos días. Se vistió sencilla, con vaqueros largos y camisa de botones color rosa palo. Se maquilló, se peinó el cabello con bonitas ondas, se perfumó, cogió un pañuelo y fue en busca de su amor.

Eran las siete de la tarde, Saúl ya había terminado en el gimnasio y estaba en casa relajado y esperando su llamada.

Maya lo llamó de camino, justo cuando llegaba a la esquina de su casa:

—Hola, amor. ¿Qué tal el día? —Estaba muy risueña.

—Bien, princesa, estoy en mi casa echándote de menos. ¿Cuándo nos vemos?

—Asómame al balcón un momento —contestó mientras llegaba con sus andares sensuales, y colgó el teléfono.

Saúl se asomó por el balcón y la vio tan muñequita con su sonrisa espectacular y esa mirada de gata pilla. Tan sencilla y tan risueña. Así era Maya. El corazón le palpitaba de prisa al verla por la sorpresa, y bajó rápidamente contento en su busca.

—¿Quieres subir o vamos a dar una vuelta? —preguntó Saúl muy contento mientras la abrazaba cálidamente.

—Mejor vámonos. Respondió con ganas.

Fueron directos a Arenales escuchando música actual en la radio. Maya cantaba una canción que le gustaba mucho y él la acompañaba cantando mientras reían juntos. Cuando se acabó la canción, Saúl comentó bastante contento:

—Qué buenos ratos paso contigo, me encantaría estar a tú lado las veinticuatro horas del día, desde que estás aquí nos hemos visto cada noche y, aun así, te echo de menos durante el día.

—A mí también me pasa igual, mi niño —respondió mientras sonreía y se acercaba para darle un beso tierno en la mejilla.

Cuando llegaron, se sentaron en un muro de la playa y se pusieron cómodos mientras veían el precioso atardecer, ignorando a las personas que pasaban por detrás de ellos haciendo fotos. Saúl la abrazó y se acercó a ella susurrando con bastante ternura después de un rato viendo el espectáculo.

—Cada vez que te tengo cerca tiemblo y me encanta esta sensación porque nunca la había sentido con nadie, solo contigo.

A continuación, la besó tiernamente mientras que ella se quedó muda en ese beso inesperado.

—¿Te apetece que cenemos juntos? —preguntó él con optimismo.

—He reservado mesa en un restaurante nuevo dentro de media hora —respondió ella con satisfacción y agrado.

—Eres maravillosa, princesa, qué rápido me vas conociendo. No sé cómo lo haces, pero me dejas alucinado.

Maya se rio y dijo:

—Vamos para allá, que tu estómago no aguantará mucho más — respondió contenta mientras se levantaban y él la cogió por el culo de vuelta.

En el restaurante, cenaron tranquilos saboreando cada delicia que había en los platos mientras hablaban y reían divertidos. Llegó el postre, helado de chocolate y vainilla en una gran copa de cristal adornada con tropezones de caramelo y galleta, a Maya le encantaba, pero Saúl era más de chocolate.

Después de una velada romántica y entretenida, salieron del restaurante cogidos de la mano y fueron por el paseo andando hacia donde estaba aparcado el coche. De pronto, sonó el móvil de Maya, miró quién era y lo silenció al no interesarle.

—Cógelo, no importa —dijo Saúl desconcierto.

—No te preocupes, no quiero joder este bonito momento, no hagas caso —contestó, mientras pensaba en cambiarse el número de teléfono.

Llegaron a una de las playas que hay bajo el faro hablando muy poco, él estaba algo ido pensando si la habría llamado Carlos. Cuando aparcó el coche, se pasaron directamente a la parte de atrás sin decir nada.

Esta vez no sacó el ordenador, el ambiente estaba tenso y preguntó con rostro un poco apagado:

—Confío totalmente en ti y no quiero ser un controlador porque no soy así, pero de Carlos no confío para nada. ¿Te ha llamado él? —preguntó un poco celoso y preocupado.

—Me ha llamado antes y esta mañana he hablado con él por mensajes, solo se disculpaba, no te preocupes por nada. No quiero que esté en nuestras vidas y hoy quiero sorprenderte y no pensar en nadie que no seamos tú y yo —contestó pícaramente sonriendo mientras le acariciaba animándolo.

—Es lo que más deseo, todo lo que venga de ti lo quiero, haces que sea yo, olvido mi timidez, olvido el mundo entero y solo existes tú —respondió cariñoso.

De pronto, la miró unos segundos, la besó sin control mientras le desabrochaba los botones de la camisa y se la quitaba lentamente dejándola en sujetador. La acarició pasionalmente sin dejar de besarla.

De pronto, Saúl se quitó el jersey y, seguidamente, el pantalón. Mientras, Maya aprovechaba para coger de su bolso un pañuelo de seda que había metido previamente en su casa. Le tapó los ojos con él suavemente y lo dejó medio acostado. Ella se puso sentada encima de él y empezó a darle besos sensuales por el cuello, descendiendo por su pecho desnudo y sintiendo su piel erizada. Llegó a su miembro excitado y jugó con él un rato hasta que Saúl sintió un hormigueo que recorría su cuerpo por dentro hasta hacer que enloqueciese por momentos.

No podía contenerse mucho tiempo más, deseaba estar dentro de ella y no salir de allí en toda la noche. Se arrancó el pañuelo con fuerza, la cogió en brazos y se la metió con deseo y desesperación mientras que ella jadeaba totalmente extasiada por sus movimientos mientras disfrutaba de su amor.

Cuando terminaron de hacerlo, se quedaron relajados y mimosos mirando la serie que seguían con el portátil. Ahora era totalmente diferente, de las caricias y los besos pasaban a devorarse completamente. Se ponían cardiacos con solo rozarse en ese asiento tan estrecho. Hacían volar sus interminables deseos sin importarles dónde ni cuándo.

Iban pasando las semanas juntos y todo marchaba sobre ruedas. Poco después, decidieron hacer su primer viaje romántico. El destino elegido fue Vera, un pueblo de Almería. Estuvieron

dos días en el hotel Parque Tropical, cerca de Mojacar, donde pasaron un día conociendo el pueblo. Recorriendo cada rincón maravilloso y disfrutando de su amor.

El pueblo tenía casas blancas con geranios de colores que llamaban la atención y cuevas interminables donde descubrían espacios inolvidables. Encontraban miradores de infarto donde posaban para las fotos captando la alegría de sus rostros.

Volvieron al hotel cuando anocheceía, se ducharon juntos, se arreglaron y bajaron al restaurante a cenar. Había bufé libre y tenía una gran variedad para escoger en barras inmensas de comida. El comedor estaba lleno, pero tenían la mesa asignada por la habitación. El restaurante tenía muy buena organización y un servicio muy original, ya que te acompañaba un camarero simpático a tu mesa, te servían la bebida que quisieran y ellos mismos escogían la comida que les apetecía tratando de agradarte y sorprenderte. Disfrutaron de una buena cena, mientras se lanzaban miraditas insinuantes entre risitas. Cuando terminaron el postre, subieron inmediatamente a la habitación a hacer el amor desatadamente. Pasaron un viaje inolvidable, la magia que desprendían daba envidia. Todo era perfecto entre ellos.

Cuando llegaron del viaje, fueron cada uno a sus respectivas casas y la rutina mágica entre ellos continuó.

Estaban viviendo un sueño real, con el paso de los meses deseaban vivir juntos, pero la economía no ayudaba. Saúl llevaba mucho tiempo centrado en su carrera, le quedaba muy poco para ser médico, a lo que había dedicado mucho esfuerzo. Maya estaba muy orgullosa de él, lo apoyaba hasta el fin del mundo, cuando suspendía algún examen le quitaba importancia para que no se desanimara y celebraban los éxitos cuando aprobaba.

La segunda Navidad juntos, Saúl no estaba muy contento, no le gustaba esas fechas tan entrañables desde que murió su abuelo. Pero estando con Maya era diferente, disfrutaron con sus familias todas la Navidades y fueron muy felices. Se turnaron los días en cada casa, y cenaron y durmieron para despedir el año con Tania y Manu en la casa que tenían los padres de ella. Por fin iba a presentarlos. Hicieron la cena entre los cuatro, Maya y Tania cocinaron y ellos prepararon la mesa y sirvieron los aperitivos fríos. Cenaron tranquilamente mientras Maya y Tania contaban las travesuras ante Saúl como si fueran niñas.

—Gracias a ella tomé la decisión de ir a buscarte. Me abrió los ojos poco a poco, estuvo conmigo escuchando como hablaba de ti mientras se me caían las lágrimas por el rostro. Me decía que dejara a Carlos de una vez porque no podía verme tan mal. Y por ella fui decidida a buscarte ese día —le comentó Maya a Saúl.

—¡Con que tú eres la culpable de mi perdición! —respondió Saúl mirando a Tania y sonriendo. Luego se aproximó a Maya y le dio un beso mientras acariciaba su espalda.

—¡Menudas pillas! ¡Qué calladito se lo tenían! —dijo Manu sonriéndole a Saúl.

Terminaron de cenar, prepararon las doce uvas y se sentaron a esperar las campanadas mientras se servían una copa de champán para brindar, metiendo un anillo dentro de la copa para pedir un deseo, tal como mandaba la tradición.

Quince minutos quedaban para entrar en el nuevo año y, mientras que los chicos estaban hablando entretenidos, Tania aprovechó la ocasión y le dijo a Maya:

—Estoy encantada de que seas feliz, amiga, te veo con él tan bien que hacéis que me derrita. ¡Cómo te mira! Es pura ternura. Y está tan atento a tus necesidades en cada momento, ¡eso sí es amor!

Maya, con el rostro esplendido, la abrazó con agradecimiento.

Saúl estaba saliendo del baño y fue directamente a abrazar a Maya mientras le daba el último beso del año y le susurraba:

—Me siento muy a gusto, princesa. Estoy deseando dormir contigo esta noche, los dos arropaditos. Hoy no tengo que dejarte en tu casa y llegar a la mía sintiendo la cama tan fría con tanto abrigo. Esta noche sentiré de nuevo tu calor, tus caricias y tus besos. Lo pienso y me derrito.

—La miraba fijamente con destello y la abrazó estrechándola entre sus brazos.

Se prepararon todos en el sofá con los cotillones puestos y comenzaron las campanadas. Una, dos, tres, cuatro... Hasta las doce uvas en la boca.

—¡Feliz Año Nuevo! Nuestra primera Nochevieja juntos y para mí la mejor de todas hasta ahora —comentó Maya después de tragarse todas las uvas, felicitándolos eufórica.

—Feliz Año Nuevo, cariño. Estoy totalmente enamorado de ti, me haces muy feliz, princesa —dijo Saúl embelesado dirigiéndose a ella.

De pronto, Maya notó un estallido en su pecho al escuchar por primera vez que estaba enamorado de ella. Sin planearlo, se tiró automáticamente encima de él rodeando su cuello mientras que él la aguantaba por debajo del culo.

No pudo quedarse callada y se confesó:

—A mí me tienes enamorada desde hace tiempo. Ojalá estemos toda la vida juntos, porque ahora no sabría que hacer sin ti. Te quiero para siempre. —Y terminó dándole un beso cargado de anhelo.

Pasaron la Nochevieja bailando y cantando, aquel karaoke rebosaba felicidad.

Cuando estaba a punto de amanecer, cada pareja se fue a su casa.

—Qué ganas tenía de estar contigo a solas, no llegaba el momento. No te imaginas cuánto te quiero, princesa —susurró Saúl contemplándola mientras acariciaba su espalda y le retiraba el cabello de la cara.

—Me transportas a otro mundo con solo mirarme y erizas cada rincón de mi cuerpo con solo rozarme. Te lo habré dicho mil veces, pero es lo que siento profundamente. Necesito sentir tus labios en los míos y sentirme refugiada contra tu pecho, dándome calor y estando dentro de mí.

A continuación, la besó excitado al escuchar lo último y estalló la magia del deseo, convirtiéndose en uno por completo disfrutando de su pasión. Sus sentimientos puros y sinceros se hacían fuertes cada día. Estaban enamorados y, hasta el momento, lo habían demostrado con creces.

Capítulo 10

Mirando al futuro

Saúl iba todas las mañanas a la universidad, estaba muy motivado en terminar la carrera. En pocas semanas hacía las prácticas en el hospital y se sentía un poco nervioso. Ella estaba muy orgullosa de él y veía que el esfuerzo tendría su recompensa pronto.

La cuidaba, se preocupaba por ella, la trataba con delicadeza y con cariño, le hacía reír a diario, la mimaba bastante y la tenía presente a todas horas. A ella le encantaba su trato, ya que no estaba acostumbrada a que la quisieran de esa forma.

Pasaban las semanas felices, dormían algún fin de semana juntos y tenían aventuras diferentes. Cada vez que salían por la noche vencían a la rutina con planes nuevos.

También visitaban a Sandro y cenaban con él a menudo, era muy simpático y a Maya le caía superbién. Podía hablar con él de cualquier tema, sin embargo, era una época rara para él, porque recientemente le dejó su novia y no estaba al cien por cien.

Recorrían conduciendo diferentes lugares tranquilos, se apartaban del ruido en busca de la oscuridad para estar solos y dejar surgir la pasión que sentían mutuamente. Sus cuerpos desnudos y hambrientos de amor hacían que perdiesen el norte dentro del coche.

Una noche, de las muchas que pasaron juntos, mientras la luna llena iluminaba el mar, ellos estaban en el asiento de atrás del coche en pleno acto íntimo de pasión sin frenos. Entre la locura Saúl susurró:

—¡Me pones cardiaco con solo rozarme, cariño, es increíble! Tu lengua juguetona eriza el camino que recorres por mi piel, necesito sentir el calor que desprendes.

La besó apasionadamente mientras ella estaba sentada encima de él acariciándole. Los cristales estaban empañados y se escuchaban jadeos fuertes cuando llegaron al orgasmo a la vez.

De pronto, vieron una luz azul en medio del monte cada vez más cerca de ellos. Se vistieron rapidísimo y pasaron volando a los asientos de delante mientras que llegaba un coche de policía a multarles. No podían estacionar allí, y Saúl, al bajar la ventanilla del coche atendiendo el aviso de los policías muy amablemente, acordó con ellos irse del lugar sin ningún problema.

Mientras reían a carcajadas por el imprevisto cuando se fueron los policías, fueron a un camino cerca a seguir con lo suyo, pero esta vez solo hablaron dándose cariño.

—Me haces sentir maravillas, princesa, me encanta tu forma de ser: tan sensible, tan dulce, tan cariñosa y a la vez tan fogosa. Rompes todos mis esquemas y siempre me dejas sin aliento.

—A mí me dejas vibrando, no me parece que sea la primera íntimamente hablando —respondió divertida mientras se acurrucaba entre sus brazos.

—No encontré el amor, solo lo descubrí contigo, tenías que ser tú la primera y espero que seas la última —respondió dulcemente mientras le acariciaba el pelo delicadamente.

—¡Qué feliz me haces, cariño! Todo este camino recorrido ha merecido la pena, no sé lo que hubiera pasado si hubiéramos seguido nuestra relación la última vez que nos despedimos, pero con el tiempo sentía que quedaba algo por resolver y teníamos que seguir escribiendo nuestra historia de amor, no podía terminar como terminó habiendo sentimientos de por medio.

—Claro que ha merecido la pena, me imaginaba que me habías olvidado y ha sido una sorpresa saber la verdad. Para mí eres perfecta y mis miedos desaparecieron en cuanto nos reencontramos —respondió complacido y orgulloso de Maya.

Al final la noche acabó de ensueño, Saúl llevó a Maya a su casa despidiéndose en el portal

con un abrazo y un beso apasionado, extrañándola sin aún haberse ido.

Maya no podía creerse lo feliz que era con Saúl, siempre había tenido miedo de que ocurriera algo y perderlo de nuevo, pero esta vez no lo sentía así, esta vez era diferente, estaban entregados, estaban enamorados perdidamente, cegados en su historia completamente bajo sus lazos irrompibles.

Maya quedaba con sus amigas de clase alguna tarde. Lila era mamá de un niño precioso, se llamaba Lilian. Tomaban café mientras se contaban sus vidas, era como si no se hubieran separado nunca, volvieron a tener relación y a Lila le encantaba que Maya hubiera vuelto con Saúl porque la veía feliz.

Maya encontró trabajo en una perfumería nueva que acababa de abrir, estaba muy contenta por el nuevo trabajo, ¡y encima a dos calles de su casa!, trabajaría en horario partido y descansaría los fines de semana.

Llegó su primer aniversario, Saúl le tenía una sorpresa a Maya, se fueron después de comer dirección al balneario de Archena. Reservó una semana antes para irse el sábado. Cuando llegaron, dejaron el coche en el *parking*, buscaron los ascensores, subieron a la planta de arriba y siguieron los carteles informativos hasta llegar al hotel Levante. Una chica muy amable les atendió, después de dar los datos personales y demás, cogieron la tarjeta de la habitación y fueron a ella.

La habitación era bastante grande, tenían lo que necesitaban y la cama era extragrande, cabían cinco personas, sin exagerar. Después de emparejar la ropa y ponerse los bañadores, fueron directamente a la zona termal mientras contemplaban los bonitos paisajes. Había una iglesia antigua y muy bonita justo al lado del hotel, aparte de ese, había dos más dentro del recinto, había bares donde tomar algo y jardines donde podías descansar del hotel a la zona de aguas termales, era precioso todo.

Se metieron en el *jacuzzi* y al momento se sintieron superrelajados y mimosos, disfrutaron de cada rincón. Estaban muy contentos y deseaban repetir muy pronto.

Cuando llegaron a la habitación después de un rato placentero, se ducharon, se vistieron y cenaron en el restaurante. Cuando terminaron, dieron un paseo al lado del río mientras hablaban cogidos de la mano comentando lo bonito que era todo.

—Mi amor, gracias por esta sorpresa. Llevo mucho tiempo queriendo venir aquí, me ha sorprendido y ha cumplido mis expectativas, creo que se va a convertir en mi favorito —comentó Maya mientras paseaban tranquilamente.

—La verdad es que solo te he traído porque me has dicho varias veces que te gustaría visitarlo y que me invitarías a venir, y, como aún no lo habías hecho, he aprovechado yo para sorprenderte —dijo Saúl mientras la abrazaba.

Maya se rio y, a continuación, pararon, se pusieron frente a frente y ella dijo de pronto:

—No te imaginas cuánto te amo —confesó agarrando su barbilla. Después ella lo besó cálidamente.

—Yo también te amo, princesa, estoy en una nube. ¿Vamos para la habitación?

Volvieron a la habitación a seguir celebrando su primer aniversario de amor con mucha pasión.

Al día siguiente, llegaron a Santa Pola felizmente y cada uno se fue a su casa. Esa noche no se

vieron.

A la noche siguiente, se vieron con muchas ganas y se fueron a un lugar nuevo, les encantaba experimentar y daban rienda suelta a su deseo con amor. Llegaron a una sierra perdida, no había nada ni nadie alrededor, solo pinos y un camino a oscuras, estaba nublado y ni se veían las estrellas.

En el asiento de atrás, totalmente acurrucados, vieron el último capítulo de la primera temporada. Estaban entretenidos viéndolo y, cuando terminó, empezó la pasión deseada por momentos.

En pleno acto sexual y con los cristales empañados, un hombre no muy viejo se asomó apoyando sus manos en el cristal e intentando ver en el interior del coche. Saúl estaba disfrutando con los ojos cerrados, y Maya, que llevaba el mando, se dio cuenta de repente. Chilló de espanto y Saúl, del susto, se pegó un cabezazo en el techo. El hombre ya no estaba, pero vieron cómo se escondía entre los pinos.

El cortarrillos se fue de inmediato al ver que lo habían pillado y los dos tortolitos se vistieron sin llegar al orgasmo y se marcharon sintiéndose un poco raros. Era bastante tarde y Saúl la dejó con tristeza en su casa diciéndole:

—Me he quedado con ganas de ti.

La besó con pasión después, mientras le cogía de los brazos y la apoyaba contra la pared del portal. De pronto, Maya notó su pene duro contra su pelvis y el deseo de volver a estar con él renacía por segundos. Eran unas ganas desatadas contra un muro, y, como no lo sobrepasaron, cada uno se fue por separado y bien calentito.

Los padres de Maya querían comprarse una nueva casa, así que estuvieron viendo los pisos que había en venta, pero no encontraron ninguno con tres dormitorios que les gustara. Después de dialogarlo, finalmente compraron uno de dos habitaciones y Maya se quedó a vivir sola en la casa anterior. Lo cierto es que la idea de su nueva independencia en una casa ya conocida le encantaba.

Al mes hicieron la mudanza y Maya comenzó su nueva aventura, naciendo así una bonita ilusión. Poco a poco, iba arreglando la casa a su gusto: cambió la decoración y se pasó a la habitación matrimonial.

Después de esas mejoras y tras dormir sola unos días, esa noche había preparado pollo al horno con patatas. Puso dos velitas en la mesa para dar un toque romántico mientras llegaba Saúl. Quería darle una sorpresa porque había terminado las prácticas en el hospital, lo habían contratado directamente y tenían que celebrar la magnífica noticia.

—¡Hola, mi amor! ¡Qué bien huele! —dijo Saúl entrando a la casa.

—Espero que sí, porque hoy es un día muy pero que muy especial. Celebramos varias cosas, pero la más importante, mi doctor, es que ya tiene usted trabajo —contestó coqueteando graciosamente mientras lo besaba en los labios con sensualidad.

—A tu lado me siento en casa, princesa. Hoy he tenido un día duro y estaba deseando abrazarte y estar contigo, los dos tranquilitos en el sofá hasta que nos durmamos abrazados. No pienso en otra cosa.

—¡Qué ganas tengo, cariño! La cena ya está lista. ¿Cenamos y reposamos en el sofá? —respondió dulcemente.

Después de cenar unos platos deliciosos, Saúl recogió la mesa y fregó, no dejó que lo hiciera

ella. Una vez cómodos y acurrucados en el sofá, Maya le dijo tiernamente:

—Cariño, ¡cuánto deseo que vengas a vivir conmigo!

—Lo estoy deseando yo también, solo tenías que decírmelo —respondió mientras se besaron felizmente.

—Es algo que queremos hacer los dos y no me cabe duda de que no nos falta ilusión —añadió Maya mirándolo atentamente con brillo en sus ojos e imaginando a Saúl entrar por la puerta cargado con las maletas.

—Mañana mismo hablo con mis padres y les doy la noticia —comentó entusiasmado.

—Vale, amor, estoy deseando que te instales. ¿Nos vamos a nuestro nidito de amor a celebrarlo? —preguntó tonteando y metiéndole la mano en sus partes.

De pronto, sin decir nada él, la cogió en brazos y se la llevó a la cama devorando sus labios. La dejó estirada mientras que ella observaba los movimientos que iba haciendo él. Encendió una lamparita que daba una luz muy íntima, se quitó la parte de arriba y se acostó al lado de Maya. Ambos quedaron mirándose de frente con los labios muy cerca y se abrazaron.

De pronto, mientras le acariciaba el pelo a Maya, Saúl dijo:

—No me creo que te vaya a tener todas las noches para mí. No te imaginas lo angustiioso que era separarme de ti.

—Yo me sentía vacía en esta cama tan grande, faltabas tú a mi lado para arrojarme —respondió aliviada y contenta mientras le acariciaba.

Juntaron sus jugosos labios entrelazando sus lenguas, las caricias delataban las ganas que se tenían. Saúl empezó a desvestir a Maya por la parte de arriba, dejando sus pechos al aire, se deslizó entre ellos para besarlos y continuó deslizándose hacia abajo, quitándole el pantalón de pijama y dejándola en tanga bajo el edredón. Maya empezaba a ponerse ardiente ante la juguetona lengua de Saúl recorriendo sus partes.

Después de unos minutos en éxtasis, Maya dijo:

—Cariño, necesito sentirte dentro de mí, tumbate y déjame ahora a mí.

Saúl, con su sonrisa cautivadora y sin decir palabra, ascendió encendido atravesando con la lengua el ombligo de Maya y se detuvo en sus pechos, chupando sus pezones. Ella le agarraba por el pelo totalmente seducida mientras gimoteaba en todo momento, deseando introducirse.

Él, haciendo que ella volara de placer, entró dentro de su cuerpo y sintió el calor que desprendía mientras recibía sus besos y caricias, totalmente excitado.

Después de un rato dando placer a Maya, susurró:

—Ahora sí puedes hacerme lo que quieras, cariño, soy todo tuyo.

Maya, sonriendo pícaramente y sin quitarle la mirada de encima, se puso sobre él, cogió un pañuelo del cajón y le ato las manos por las muñecas dejándoselas encima de la cabeza. Él se dejaba llevar por completo y notaba cada aliento de Maya en cada rincón de su piel, recorriéndolo entero. Tenía unas ganas inmensas de cogerla y metérsela, pero dejó que Maya actuara y notó hasta lo más profundo cada lametazo en su miembro, llevándolo a un mundo superior y placentero mientras gemía de placer.

A punto de correrse, paró en seco, ascendió sensualmente rozándolo con sus pechos y se lo comió a besos con algún mordisco que otro en los labios. De pronto, cogió sus partes bajas y se introdujo su miembro lentamente, sin dejar de besar su boca. Hicieron el amor a toda mecha. En el acto, Saúl se desató el pañuelo para cogerla por el trasero y terminar corriéndose a la vez.

Cuando acabaron de hacer el amor y todavía sin aliento, Saúl, nuevamente hechizado por

Maya, le dijo:

—Estoy completamente seguro de que quiero compartir contigo el resto de mi vida.

Maya, sin decir nada, lo besó complacida sintiendo lo mismo, y en sus brazos le respondió al oído:

—Yo también, cariño.

Estuvieron abrazados recuperando la respiración hasta que se quedaron dormidos plácidamente.

Al día siguiente, cuando Saúl llegó de trabajar quería darle la noticia a toda su familia, pero solo estaba su madre. Habló con ella con un rostro radiante y ella se puso muy feliz por él mientras lo abrazaba con alegría. Le ayudó a hacer sus maletas mientras su hijo le comentaba que estaba en su plétórica relación.

Mientras tanto, Maya estaba en casa de sus padres con toda la familia. Comunicó a todos con su rostro espléndido que Saúl se iba a vivir con ella, y ellos se alegraron mucho. Sus padres se quedaron tranquilos porque les gustaba mucho la forma en la que Saúl trataba a su hija, y además así se aseguraban de que ya no estaría sola en una casa tan amplia.

De pronto, Maya se puso sensible al recordar todo lo que había pasado hasta llegar a ese día y, en parte, quería dar las gracias a sus padres.

—No os había dicho todavía lo feliz que soy. Parece que estoy viviendo un sueño. Un sueño del que no quiero despertar. Quiero agradecéroslo con todo mi corazón. Papá y mamá, gracias por haber estado a mi lado siempre, por aconsejarme y por quitarme mis angustias cuando las tuve. Sois mi gran ejemplo a seguir, os admiro. Si persevero en la vida es por vosotros, sois mi alegría constante. Gracias por los valores que nos habéis inculcado y por trabajar sin cesar para que no nos faltara nunca de nada. Sois muy valientes, habéis pasado muchas tormentas durante treinta años y las habéis superado todas, habéis recorrido un camino largo y ¡mirad lo que habéis conseguido!: una familia unida. Sin vosotros no lo seríamos. Ojalá fuerais eternos, os amo con locura —terminó diciendo emocionada y abrazándoles fuerte.

Ellos, muy emocionados y sin haberla interrumpido en ningún momento, sonrieron sintiéndose realmente orgullosos de su hija.

Maya y Saúl habían quedado en casa a las siete de la tarde. Transmitían mucha ilusión, sus rostros radiaban felicidad mientras emparejaban todo mano a mano en el armario. Se pusieron el pijama, prepararon la cena y cenaron tranquilamente sentados en el sofá con la tele encendida de fondo. Hablaban mirando al futuro sin cesar, estaban muy contentos por su nueva etapa y, sobre todo, se mostraban muy cariñosos, acariciándose en todo momento mientras se decían palabras de amor.

—Nuestra primera cena viviendo juntos, qué contenta estoy de que te hayas venido. No pensaba que lo harías tan pronto, cariño.

—Estaba deseando vivir contigo, por mí me hubiera venido el primer día que estuviste sola, pero necesitabas acomodarte en tu casa y conectar contigo misma.

—Me faltabas tú cada noche. Esta tarde, cuando te he visto cargado con las maletas, me ha dado un giro el corazón. Que compartas todo conmigo me alegra la vida —comentó dulcemente Maya.

—Yo también soy feliz de compartir mi vida contigo, princesa. No hay prisa, pero si muchas ganas. Lo llevo deseando desde la primera vez que estuvimos juntos siendo uno en tu cama. Ahí

me enamoraste por completo.

De pronto, Saúl la cogió por la cintura sin dejar que dijese nada, se acercó a sus labios y la besó desenfadadamente, recordando su primera vez.

Sin recoger los restos del postre, fueron directos a la cama. Ahora, su nuevo y placentero nidito de amor les esperaba cada madrugada...

Después de dos años juntos, la relación iba viento en popa y los sentimientos de ambos seguían estando a flor de piel. Se respetaban al cien por cien, confiaban el uno en el otro, compartían las tareas de la casa con agrado y llevaban bastante bien la convivencia, quitando las pequeñeces.

Cada uno tenía su espacio en la casa para los ratos libres. Saúl cambió una habitación que no utilizaban y la convirtió en su despacho, donde podía seguir formándose, quería mejorar profesionalmente con ilusión.

Maya necesitaba un lugar tranquilo, así que utilizó su antigua habitación para dar rienda suelta a su imaginación pintando en un caballete con un gran lienzo. También escribía sus versos despejadamente y realizaba con carboncillo dibujos sorprendentes.

Pasados unos meses de bonita convivencia, Maya deseaba tener un fiel y peludo compañero en casa.

Un día, le preguntó a Saúl entusiasmada:

—Cariño, me encantaría que adoptásemos un perro. Disfrutaría de su compañía y lo llevaría a todas partes conmigo.

—Si te hace ilusión, cuando pueda nos acercamos a la protectora. A mí me encantan, pero con lo ocupado que estoy no podría darle la atención que necesita. Sin embargo, sé lo responsable que eres y va a ser feliz con tus cuidados y tu incondicional cariño —respondió convencido y mirándola a los ojos mientras estaba en su despacho, notablemente ocupado.

—Cuánto me alegra que amplíemos la familia. Va a llenar la casa de vida todo el día. Ya me lo imagino moviendo el rabito con alegría, con lo agradecidos y cariñosos que son... Bueno, no te molesto más y te dejo estudiar —contestó con muchas ganas de adoptar a su nuevo compañero. Cerró la puerta y se fue con su libreta a su habitación.

Saúl se quedó pensando cómo sorprenderla en vez de seguir estudiando. Buscó en Google dónde adoptar y se informó de todo. Cuando obtuvo la información de la protectora, llamó, concertó una cita y siguió estudiando.

A la semana siguiente, Saúl no había llegado a la misma hora de siempre. Maya pensó que se habría retrasado en el gimnasio hablando con algún colega. Ella acababa de llegar después de pasar un rato con Lila, y, en vez de ponerse a escribir como de costumbre, se acostó en el sofá a esperar.

Saúl llegó a las ocho, entró al salón y saludó con un beso preguntando preocupado:

—Hola, cariño. ¿Estás bien? Es raro verte acostada.

—Sí, cariño, solo estoy un poco cansada. Pero me levanto ya, te estaba esperando —dijo mientras lo recibía con un abrazo y un beso tierno.

—Ve a la puerta de casa, alguien te está esperando —contestó Saúl sonriendo y

acompañándola a la puerta.

—Pero, cariño, ¡qué caja más grande!, y el color del lazo es mi favorito. ¿Es para mí? — preguntó haciéndose la boba.

—Sí, princesa, no tardes en abrirla —la animó mientras ella deshacía rápido el lazo rojo y abría la caja.

Cuando vio lo que había dentro, el rostro de Maya se iluminó por completo al ver un cachorro de color marrón moviendo el rabito con carita tierna y morro negro. Rápidamente, se echó en los brazos de Saúl llorando de alegría y gratitud.

—Gracias, cariño, por esta sorpresa, no me lo hubiera imaginado nunca. Prometo cuidarlo siempre, y ahora, con tu permiso, voy achuchar y a conocer a mi perrito. ¡Tenemos que ponerle nombre! —respondió entusiasmada mientras entraba con él en brazos.

Cuando entraron en la casa, pasaron un rato los tres en el sofá jugando muy contentos.

Maya estuvo bastante ocupada con el trabajo, sus *hobbies* y enseñando al cachorro a hacer sus necesidades en periódicos. Era pequeñito, no podía sacarlo hasta que no lo llevara al veterinario para ponerle las vacunas necesarias. Estaba muy contenta todo el día, siempre andaban juntos por la casa. Era bastante juguetón, muy cariñoso y, poco a poco, obedecía en todo.

Las noches eran un poco duras al principio, porque no sabía cómo enseñarle a que durmiera en su cama solito. Lloraba sin cesar cada madrugada y era un poco angustioso, la verdad. Maya, apenada y sensible por no pegar ojo, se quedaba bastante preocupada con los lloros del perrito. Así que se lo llevaba a la cama para poder descansar todos, pero seguía preocupada por que no se cayera al suelo y tampoco dormía nada.

Hablando con Saúl del tema, aguantaron unos días así, pero no cambiaba nada. Al final, preocupados por la situación y agobiados por tanto llantos, decidieron dejarlo dormir con ellos en la cama. Pusieron un cojín como barrera en los pies y protector en el colchón por si se hacía pipí. Con este nuevo cambio, el cachorro dormía toda la noche en la parte de debajo sin rechistar. Y, a partir de ahí, las noches cambiaron a mejor con Peter, ese era su nombre.

Pasaron unos meses con una rutina bonita, se cuidaban, se hacían reír a cada rato y su pasión iba montaña arriba sin fin. Estaban unidos y contentos con Peter en casa.

A Maya le parecía que su vida era justo como necesitaba, estaba orgullosa de lo que había conseguido después de haber sufrido con Carlos.

No necesitaba nada más porque tenía absolutamente todo.

Capítulo 11

¿Suenan campanas?

Maya mejoró su puesto laboral. Ahora era encargada en una tienda de ropa y le gustaba más que su trabajo anterior, le encantaba el mundo de la moda y relacionarse con los clientes ayudándolos a elegir las prendas. Lo malo es que los jefes eran muy estrictos, solo les importaba el dinero que entraba en caja y no se preocupaban por las trabajadoras. Hacía muchas horas extra que nunca llegaba a cobrar, aun así, Maya necesitaba un sueldo fijo como todo el mundo, y, como las ofertas de empleo no abundaban como hacía unos años, tenía que aguantar lo que fuera.

Saúl siempre apoyaba a Maya cada vez que necesitaba desahogarse al llegar del trabajo. No solía llevarse los problemas del trabajo a casa, pero los días muy malos necesitaba que la escuchara. Y él siempre ofrecía sus brazos y sus palabras sinceras.

Era el cumpleaños de Maya y decidieron celebrarlo primero junto a la familia de ella, y, al día siguiente, lo celebrarían con la familia de él, como cada año. Maya disfrutó mucho con su familia soplando las velas de la tarta mientras todos le cantaban. Maya pidió un deseo y sopló las velas mientras aplaudían. Mario grababa el momento y, de pronto, todos se callaron de golpe menos Saúl, que dijo mirando a Maya a los ojos, algo nervioso:

—Llevamos un camino recorrido y unos cuantos años amándonos con locura, me encantaría que estuviéramos toda la vida juntos porque te amo y sin ti me moriría. Por lo tanto, hoy, con el permiso de tus padres y hermanos, quiero arrodillarme ante ti y preguntarte... ¿Quieres casarte conmigo?

Ella se emocionó enseguida, asintiendo con la cabeza y tapándose la boca con las manos, mientras él sacaba un anillo a medida del bolsillo y se lo ponía en el dedo. La familia también estaba feliz, aplaudiendo con lágrimas en los ojos mientras Maya, sin creerse lo que estaba pasando, lo abrazó fuertemente llorando sin consuelo y, antes de besarlo, contestó:

—Sí, quiero casarme contigo y compartir el resto de mi vida junto a ti. Te amo, te amé y te amaré siempre.

Saúl, muy emocionado por la contestación, respondió besándola. Por su parte, la familia fue enseguida a darles la enhorabuena con alegría.

Todos sabían que iba a haber una pedida de mano menos la futura novia. Cuando lo descubrió ella, la alegría duplicó el momento. Con música y risas terminaron de celebrarlo brindando por su amor con champán.

Cuando volvieron a casa cogidos de la mano felizmente, se dedicaron todo el tiempo a ellos, juntaron sus cuerpos con pasión y cada caricia en la piel aumentaba el placer de ambos haciendo que el deseo creciese como la espuma.

En pleno acto sexual, Maya quiso hacer que Saúl se sintiese en las nubes, le gustaba innovar cuando estaba excitada. Saúl no le impedía actuar y se dejaba llevar, satisfaciendo así sus propios deseos.

Maya cogió dos pañuelos del cajón, primero le tapó los ojos suavemente, Saúl no dejaba de sorprenderse. Después le ató las manos por las muñecas y las agarró al cabecero de la cama, todo muy sensual. Lo dejó inmóvil en la cama y se fue a cambiarse de ropa interior. Optó por enfundarse en un vestido rojo con transparencias que resaltaba sus pechos y un tanga de hilo fino a conjunto. Volvió a la habitación con un hielo y empezó el juego.

Empezó sentándose encima de él y con el hielo fue rozándole los labios y el cuello. Luego comenzó a descender por su cuerpo desnudo, saltando hasta sus partes íntimas. A continuación, chupó con su lengua recorriendo su piel y humedeciéndola por completo.

—Me estás poniendo mucho, cariño, no aguantaré y me arrancaré el pañuelo para hacerte mía —dijo con deseo Saúl.

Maya sonrió y le liberó las manos dejando sus ojos tapados.

—¿Quieres sentirme? —preguntó sedienta de placer y sin dejar de tocar su miembro, que estaba a punto de explotar.

—Lo estoy deseando —contestó cachondo.

Maya se la metió mientras él empujaba suavemente hasta quedar dentro de ella completamente. Ella empezó a moverse lentamente mientras descendía para besarlo conquistándolo de nuevo sin dejar de tocarse.

Él la cogía por el trasero acompañando el ritmo acelerado, sin poder evitar gemir muy fuerte. De pronto, Maya descendió el ritmo y cambiaron los papeles con gusto. Saúl se quitó el pañuelo, vio a Maya muy sexy y la devoró con sus besos terminando de hacer el amor.

Al día siguiente, fueron a comer y a celebrar el cumpleaños y la pedida de mano con la familia de Saúl. María brincaba de alegría por la emoción, mientras Ezequiel les daba la enhorabuena. Ángela estaba muy contenta y les preparó una sorpresa. Después de que brindaran todos, sacó una orquídea blanca preciosa con una nota que reflejaba su amor eterno. Maya, emocionada, abrazó a sus futuros suegros y les dio las gracias mientras Saúl, también emocionado, besó a Maya y volvió a brindar su copa con ella diciéndole:

—Gracias por haber venido a buscarme aquel día... Brindo por un futuro sin fin.

—Ha valido la pena, cariño. Me haces muy feliz —respondió ella besándolo.

Al poco tiempo, encontraron fecha para casarse, querían hacer una boda sencilla y bonita con los invitados más allegados. La fecha escogida fue octubre, así que tenían que ir con prisa, ya que solo quedaban seis meses para planearlo todo.

Con el paso de las semanas, los nervios y agobios con los preparativos asomaban, no era un camino tan bonito como pintaba.

Sin tener descanso, Maya trabajaba con mucha responsabilidad, llevaba la tienda como si fuera de ella y se preocupaba por las ventas, aunque no se lo creyera su jefe. Trabajaba por las mañanas y por las tardes sin descanso, recibía presión diaria por ellos, las ventas iban para abajo y no era culpa de ella, aunque ellos se lo recriminaban constantemente.

No entendían que había mucha competencia en el pueblo y que cada vez crecía más. La crisis económica estaba muy presente, los impuestos no paraban de subir y la gente gastaba menos porque costaba llegar a fin de mes. El jefe no podía superar los baches económicos y tenía que hacer unos cambios drásticos.

Con el paso de las semanas, era tan avaricioso y tan tacaño que presionaba mucho más a Maya con las ventas y la cohibía en persona haciéndola sentirse mal. Maya, desesperada, lo hacía

mejor que sabía, pero no podía obligar a nadie a que entrara a la tienda a comprar ropa.

Con tanto estrés y poco descanso, perdía peso y eso no le venía nada bien. Empezó a tener problemas tiroideos y de estrés porque su vida se había convertido en un infierno por la presión que ejercían sobre ella las cámaras de vídeo que su jefe había instalado en la tienda. Cuando algo no le gustaba, la llamaba automáticamente para cantarle las cuarenta. Ella aguantaba que no le pagara lo que le correspondía, que le mintiera y le faltara al respeto chillándole por teléfono. Con tanta impotencia, callaba y agachaba la cabeza al escuchar:

—Yo soy tu jefe y tú mi empleada. —La famosa frase antes de colgar.

No le devolvía su día libre, trabajaba los siete días de la semana sin parar. Por las noches y al mediodía, preparaba su boda con ilusión, pero agobiada porque no podía descansar. Los problemas que tenía en el trabajo no le quitaban las ganas de terminar con ilusión lo que estaba haciendo, pero quedaban solo tres meses y faltaban muchas cosas importantes por concretar y confirmar. Cuando terminaba el trabajo, salía llena de rabia e impotencia por como el modo en que la trababa cuando había pocas ventas y volvía a casa llorando desconsolada. Saúl, en cuanto la veía, la acobijaba sin dudar.

—Cariño, ¿qué ha pasado esta vez? ¿Te ha vuelto a chillar tu jefe?

—Sí, cariño, otra vez.

—Deja ese trabajo de una vez, estás enfermado por su culpa. Ya encontrarás algo, cariño, pero no estés mal por ese gilipollas —dijo Saúl mientras la abrazaba, impotente y mosqueado interiormente porque estaban haciéndole daño a lo que más quería y no sabía qué hacer para poder cambiar la situación de una vez.

—Gracias, cariño, por estar siempre cuando más lo necesito. Buscaré un trabajo mejor cuando volvamos de la luna de miel, mientras tanto, aguantaré hasta que nos casemos. Necesitamos el dinero para vivir tranquilos con dos sueldos, hay una boda que pagar y no es nada barata. Tenemos que ahorrar, solo faltan tres meses, cielo.

Él sabía tratarla y arrancarle por completo las malas energías. Con solo abrazarla y consolarla enseguida se recomponía y pensaba claramente. Se llevaban tan bien que se complementaban a la perfección. Por las noches, ensayaban el baile nupcial y se ponían nerviosos al no coincidir los pasos al principio.

Con el paso de las semanas, parecía que eran expertos, así que solo les faltaba hacerlo bien el día de su boda. Querían que saliese perfecta y, como la incertidumbre le daba ansiedad, lloraba a escondidas de Saúl por el agobio.

Saúl llevaba bien el trabajo, era un profesional nato y lo hacía con mucho agrado; estaba orgulloso de lo que había conseguido y se sentía pleno.

Maya había dejado un poco de lado sus *hobbies* por falta de tiempo, pero tenía en mente escribir un libro de poesía recopilando sus versos. Pero eso era un sueño inalcanzable para ella si no se ponía a trabajar seriamente.

La situación laboral de Maya cambió, las ventas no subían y el jefe tuvo que prescindir de ella presentándole el despido sin avisarle ni quince días antes. Ella no sabía qué sentir, si pena por perder el trabajo un mes antes de casarse o satisfacción por quitarse un peso muerto de encima.

Cuando llegó a casa llorando, lo primero que hizo fue contarle a Saúl lo sucedido. Cuando la vio con rostro de impotencia le preguntó muy preocupado:

—¿Qué ha pasado, cariño?

—Mi jefe me ha echado a la calle presentándome los papeles de despido. Después de aguantar

que me chillara, que me tratara como una mierda, después de ver su sonrisa falsa y de que me chillase día a día por teléfono va, y, un mes antes de que me case, me tira a la calle sabiendo que necesito el dinero —respondió entre llantos y rabia mientras iban al salón acobijarse entre sus brazos.

—No te preocupes, cariño, es lo mejor que te ha podido pasar, ahora tienes un mes para terminar los preparativos sin estrés y poder motivarte y recuperar tu peso perdido. Vas a poder estar más tiempo con Peter y conmigo, y, sobre todo, ahora sí que vas a poder cuidarte de verdad.

Esa noche, después de soltar tantas lágrimas innecesarias, durmió plácidamente.

Peter estaba cómodo en casa, la conocía entera, era feliz con sus papás adoptivos. Tenía muchos peluches. Maya jugaba con él, tirándolos por el pasillo y él los recogía corriendo para devolvérselos y que los tirara otra vez. Era muy rápido, muy listo y les alegraba los días. Con un movimiento de rabo y unos lametazos, sacaba automáticamente una sonrisa. Siempre estaba con ellos en el sofá o donde estuvieran, les acompañaba, pocos ratos estaba solo. Caminaba pegado a Maya día y noche. Allá donde ella fuera, Peter era su mundo. Era pequeño de tamaño, crecía muy poco y había que ser prudente para no darle un pisotón, pero ellos tenían prudencia. Cuando tenían visitas, avisaban a todos de que tuvieran cuidado con el enano.

Los nervios por la boda estaban a flor de piel, Maya tenía más ansiedad conforme se iba acercando la fecha y sollozaba porque era evidente que se iba a casar con su primer amor y no podía creérselo aún. Era consciente de la magnitud que tenían sus sentimientos por él y quería que llegara su gran día para que la esperase en el altar. Solo quedaba una semana y tachaba cada día en el calendario poniéndose más nerviosa aún.

Los amigos y familiares de cada uno les sorprendieron con las despedidas de soltero. Los amigos de Saúl se lo llevaron el viernes desde por la mañana, sacándolo de la cama, y se lo llevaron a hacer unas actividades de montaña y unas carreras de karts. Por la noche, fueron de copas por el centro de Alicante. A Saúl ya no le gustaba el mundillo de la noche, pero era su despedida y lo sorprendieron bastante.

Estando en un pub, una chica explosiva se le acercó a Saúl por la espalda. Él estaba bailando en su ambiente con sus amigos. Se sentía a gusto, pero con ganas de irse a casa a pesar de ser él el protagonista de la noche. De pronto, ella le tocó el trasero fuerte y se arrimó bailando. Inmediatamente, Saúl se apartó descarado y se fue al baño. La chica fue detrás de él y se coló en el baño de los chicos.

Cuando Saúl salió de hacer sus necesidades, la explosiva mujer seguía allí y estaba mirándolo de arriba abajo, dando un sorbo a su copa y llamándolo con el dedo.

Saúl se puso nervioso, no dijo nada y se marchó con sus amigos a terminar la noche en otro sitio.

Las amigas y familiares de Maya la recogieron al día siguiente vestidas de rojo y negro con una flor roja en el pelo ¡y bien acompañadas de una batucada de alucine! Bailaban debajo del balcón al ritmo de los tambores, esperando a que bajara la futura novia.

Maya escuchó todo el alboroto y se asomó por el balcón contemplando el panorama, no aguantó la emoción y, con lágrimas en los ojos, besó a Saúl y directamente fue a disfrutar de su momento.

La recibieron con un ramo de flores y fuegos artificiales. María y Tania la entraron al portal y le dieron un vestido blanco corto muy bonito para que se lo pusiera. Le sentaba de maravilla con una flor blanca en el cabello, que llevaba suelto detrás de la oreja.

De pronto, Saúl bajó a la calle sonriendo, besó a Maya y se abrazaron mientras que todas las chicas los rodeaban bailando al ritmo de los tambores y aplaudiendo.

—¡Vivan los novios! —Se escuchaban a los vecinos asomados a los balcones contemplando la celebración con rostros alegres mientras ellos seguían besándose.

Después, Saúl se despidió de todas y se subió con el ramo a casa, a esperarla acompañado de Peter. Maya estaba bastante emocionada al ver lo que habían preparado para ella, estaba radiante y feliz por la sorpresa y para nada se imaginaba lo que vendría después.

Recorrieron ciertas partes del pueblo bailando sin parar durante una hora con la batucada. Se despidieron en la puerta de la pizzería, donde disfrutarían de una gran cena con varias sorpresas. Estaba muy feliz de que no faltaran esa noche su madre y su hermana, era muy importante para ella porque nunca había celebrado algo así y se merecía que estuvieran ellas.

Una de las sorpresas fue una tarta de chocolate en forma de pene que sacaron Tania y Cintia con cachondeo, acompañadas de música actual y copas de champán. Se lo estaban pasando genial y empezaban a alborotar al personal porque estaban un poco contentillas. Las risas de las chicas eran muy cómplices, Maya pensaba que solo faltaba una copa en la disco e irse después con su prometido.

A continuación, la sentaron en una silla con los ojos vendados, todas las demás se sentaron enfrente de ella a poca distancia riendo y hablando bajito. Maya estaba nerviosa, no sabía lo que iba a pasar, pero era su des pedida de soltera y se dejó llevar como una niña.

De repente, sonó una canción sensual y entró en la sala un *boy* potente disfrazado de policía, bailando muy sexy fue directo a quitarle la venda de los ojos a Maya mientras se tiraba de la corbata travieso.

El rostro de Maya mientras miraba al *boy* y veía a todas las chicas eufóricas era para enmarcarlo. Estaba sorprendida por lo que estaba pasando, pero disfrutó como nunca con todas sus amigas y familia presente ante el magnífico estriptis de ese morenazo. Acabó el espectáculo y se fueron directas a la disco a terminar la espectacular despedida de soltera entre risas, copas y bailes.

Cuando llegó a su casa de madrugada, su prometido estaba esperándola impaciente en su nidito de amor para complacerla de nuevo hasta el amanecer...

Los preparativos ya estaban listos, solo faltaban ultimar pequeñas cosas y quedaban solo dos días de nervios.

El traje de novia, al final, lo diseñaron para ella con una talla especial y en poco tiempo. Quería un vestido sencillo de sirena, pero que tuviera una cola larga desde la cintura y los tirantes atados al cuello con escote.

No quería velo y usaría una tiara, como una princesa.

Así la llamaba Saúl y así quiso vestirse para él en su gran día.

Capítulo 12

El día más feliz de sus vidas

Cogida con orgullo del brazo de su padre, entró en el castillo en el que se oficiaba la ceremonia esperando las señales que le indicasen que debía entrar después a la iglesia y esperar al principio de una alfombra larga y rosa que la separaba de su futuro marido.

Sonaba una música bonita que hacía que se te erizase la piel. Todos los invitados aplaudían cuando entró la novia con una gran sonrisa vestida de blanco, como una princesa. Estaba radiante, estaba preciosa y tan sencilla.

Él iba vestido como un príncipe. Llevaba un traje negro y un chaleco color plata muy bonito, estaba muy elegante esperándola emocionado al final del pasillo al verla entrar con su peculiar sonrisa y vestida de novia. La madre de Saúl se situaba al lado de su hijo, y detrás estaba el cura esperándola.

Junto con los aplausos y la música, los invitados chillaban:

—¡Viva la novia!

De pronto, hubo un silencio cómodo en la iglesia y miradas cómplices entre los novios, la novia llegaba hasta su amado por un pasillo decorado con rosas blancas. Tenía la piel erizada. El corazón le palpitaba a mil por hora y le faltaba el aire al respirar profundo, pero sonreía y miraba a todos los invitados mientras la miraban emocionados pasar por su lado hasta que fijó la mirada en Saúl. Sentía mariposas al mirarlo de arriba abajo.

Cuando por fin se reencontraron, se dieron un beso y sonrieron aliviados. Saludaron a los padres y se situaron cada uno en su lugar para comenzar la ceremonia.

Después de una ceremonia emotiva y sencilla, decirse el «sí, quiero» y ponerse los anillos, llegó el beso de marido y mujer. Los invitados estaban completamente emocionados. Maya no miraba a su alrededor, para ella solo existía su marido. Se besaron felices como si estuviesen en las nubes, sellando su compromiso para siempre.

Después de que los invitados salieran, quedaron solos recién casados, cogidos de la mano recorriendo de vuelta el precioso pasillo florado, excedidos de felicidad de cumplir su sueño de casarse.

Antes de llegar a la salida de la iglesia, Saúl totalmente orgulloso por haberse casado con el amor de su vida, dijo a su mujer:

—Te amaré y te cuidaré el resto de mis días.

La besó con ternura y, cuando llegaron a la puerta, los invitados alzaron el arroz con rostros de felicidad y chillando:

—¡Vivan los novios!

Aplaudieron con euforia y tiraron una traca fuera del castillo para recibir a los recién casados. Ya no existían los nervios, podían respirar profundo y los rostros de todos estaban llenos de magia. También estaba Peter vestido de novio. Iba muy gracioso y era obvio que tendría que presentar la boda de sus papás.

Cuando llegaron al restaurante después de hacerse las fotos de novios al atardecer en la playa, estaban todos los invitados en el restaurante esperando con una servilleta de tela blanca en la mano que moverían cuando entraran los novios para brindar su amor.

Entraron bailando al ritmo de la música muy felices de ser los protagonistas ante sus seres queridos de testigos. Todo era amor y sonrisas cómplices entre ellos. Estaban pasando una noche preciosa celebrando su espectacular boda con sorpresas.

Después del baile de novios, que bordaron después de tanto ensayar en casa, comenzó la fiesta.

Maya bailaba con todas sus amigas, pero, en especial, con Tania y Cintia, mientras que Saúl estaba con sus amigos. Nunca estaban todos juntos y esa noche aprovecharon.

Disfrutaron de sus familiares y demás invitados agradeciéndoles a cada uno, porque sin ellos no hubiera sido su boda tan perfecta.

De pronto, se juntaron a bailar Maya y Saúl una canción lenta y muy bonita mirándose con una sonrisa tierna.

—¡Cariño, no te imaginas lo feliz que me haces! Te volvería a decir que sí un millón de veces más —dijo Maya a su marido mientras bailaban y tomaban una copa.

—Yo también, princesa, estás radiante, me has vuelto a enamorar cuando te he visto entrar por la iglesia cogida del brazo de tu padre, mirándome con tu sonrisa espectacular. —respondió Saúl sin dejar de bailar con ella abrazados.

—Yo también, mi vida, estoy flotando en las nubes con tanto amor. No me creo que seas mi marido, te volvería a elegir siempre. —Y después lo besó.

La boda fue muy emotiva, los regalos dados a los familiares fueron muy especiales juntos a los detalles de los invitados con una dedicatoria personalizada por Maya a cada uno.

El ramo de novia era muy especial para ella y decidió regalárselo a Tania como agradecimiento y para que por fin se animara. Cuando llegaron a casa con un sinfín de emociones juntas, con la ayuda de Saúl se quitó el vestido de novia y las cien horquillas que le pusieron en el moño mientras hablaban de cuánto se amaban y lo especial que había sido su boda.

—Me sigo sintiendo en las nubes, cariño, ha sido un día precioso y, sobre todo, muy emotivo junto a nuestros seres queridos y amigos. Lo recuerdo y se me caen lágrimas de felicidad —comentó emocionada, y lo abrazó cariñosamente después.

—Sí, cariño, ha sido todo muy bonito, yo también siento que estoy flotando en las nubes, no me creo que sea tan feliz y mucho menos me creo que seas mi mujer. Miro el anillo y me emociono mucho.

—Pues créetelo, porque ahora me tienes que aguantar toda la vida —dijo graciosamente mientras iba por el pasillo a desmaquillarse y él la acompañaba—. No me hubiera imaginado nuestra boda tan mágica. Peter iba guapísimo vestido de novio y qué bien se ha portado en la ceremonia con mi hermano —añadió orgullosa.

Terminaron la noche disfrutando plácidamente de su noche de bodas y haciendo el amor con ternura.

Al día siguiente, estaban preparando las maletas con mucha ilusión, nunca habían ido en barco y les esperaban nueve días intensos. Se iban a disfrutar de su luna de miel en crucero por la costa mediterránea. Iban a visitar Barcelona, Italia, Francia y Palma de Mallorca.

Peter iba a estar en casa de los padres de Maya todos esos días, a ella le daba pena separarse de él, pero Peter estaba feliz cada vez que iba a ver a sus abuelos porque lo consentían y

mimaban mucho, así que se quedó tranquila.

Llegó su luna de miel, fueron en tren hasta Barcelona donde pasarían una noche en el hotel Senator con un spa romántico y una botella de champán en la habitación por cortesía del hotel. Se quedaron encantados con todo.

Al día siguiente, embarcaron muy felices en el crucero MSC Fantasía. Era muy grande y muy lujoso, tenía mucha animación y demasiado entretenimiento. Al principio se perdían por dentro para encontrar o descubrir sitios nuevos, pero a los dos días se conocían el barco y lo disfrutaban al máximo.

Tenían unas escaleras preciosas de *Swarovski*, la decoración era dorada y colores vivos y la iluminación era intensa en cada rincón del barco. Estaban viviendo un sueño dentro de él, nunca había visto tanto lujo.

El camarote era una suite muy elegante. Tenía una cama muy grande rodeada de espejos hasta el techo, ahí es donde daban rienda suelta a su amor pasional cada noche. También tenía un balcón, donde veían amaneceres y atardeceres espectaculares. A Maya le encantaba ese rincón porque desde él veía las gaviotas volando detrás de ellos. Se relajaba viendo el mar y escuchando el sonido de las olas. Saúl la abrazaba por la espalda disfrutando del panorama en su refugio.

Conocieron a una pareja muy simpática de Murcia. Se llamaban Marina y Jose, eran muy majos y en cada instante que se veían las risas y anécdotas no faltaban. Congeniaron mucho e iban juntos a todas partes los últimos días.

Disfrutaban las excursiones por libre y encontraban lugares muy bonitos de Italia. La torre Pisa, por ejemplo, un lugar de encanto donde pasaron una tarde paseando.

Cada mañana, después de desayunar tranquilamente, bajaban a visitar la ciudad que tocaba en el itinerario. Comían cada día en el barco y descansaban en el camarote íntimamente, mientras que, por la noche, iban de gala al restaurante, al casino, al teatro y a bailar.

Maya tubo varios episodios de mareos que parecían causados por los movimientos del barco, ya que dos días hubo tempestad y se movía bastante. El agua del jacuzzi se salía por completo del balanceo y ella se asustaba al verlo, pero se entretenía con cualquier cosa enseguida.

Disfrutaban mucho de ese precioso crucero, y, como tenían todo incluido, aprovechaban cada cosa que les apetecía en cada instante. Por ejemplo, descubrieron un batido de cacao que tomaban cada tarde después de unas horas andando.

Se divertían mucho cuando estaban con Marina y Jose bailando y tomando cócteles o cuando recorrían el barco y salían a ver las vistas del mar con la brisa fresca llegando cada vez a un puerto diferente.

La última noche en la discoteca, Maya quería despedirse del barco por todo lo alto. Le gustaba jugar con Saúl, bailaba sensualmente en medio de la pista para seducirle y deseaba terminar fogosamente en el camarote haciendo el amor.

—Me encanta que me bailes así, me seduces por completo con tus movimientos y miraditas sensuales, me pones cardiaco —le susurró Saúl al oído mientras la cogía por el culo siguiendo su juego y sin dejar de bailar.

Ella sonreía y seguía moviendo su cuerpo para él.

A continuación, se pidieron dos últimos cócteles. Maya daba sorbos a la copa mirándole fijamente a los ojos con ganas. De repente, apagaron la luz y la música, como estaban cerrando la discoteca a las cuatro de la madrugada se despidieron de sus amigos.

Recorrieron los silenciosos y larguísimos pasillos riendo hasta llegar al camarote. Entraron cariñosos mientras ella seguía su juego de la disco. Saúl no aguantaba más y cogió en brazos a Maya y se tiraron a la cama riendo los dos a carcajadas.

De pronto, se miraron callados, ella se puso completamente tierna y comenzó a besarle dulcemente por el cuello, mientras que él le acariciaba la espalda y el trasero disfrutando de sus besos.

Poco a poco, fueron desvistiéndose mientras se besaban fogosamente hasta quedar desnudos por completo. Él fue besándola por cada rincón de su cuerpo mientras se iba endureciendo su miembro.

Ella, excitada al tocárselo, descendió a él y demostró sus conocimientos haciéndole ascender a un nuevo universo.

El ambiente caldeado fue tomando terreno y, sin decirse ni una palabra, hicieron el amor pasionalmente en la cama desbordados de amor, deseo y placer.

Al día siguiente, despidieron con anhelo cada rincón del barco y desayunaron tranquilamente antes de coger el tren de vuelta a casa.

Cuando llegaron, recogieron a Peter en un feliz reencuentro después de nueve días separados y se marcharon a casa a descansar del viaje.

Saúl estaba en su trabajo y Maya en su casa con Peter actualizando su currículum para buscar un nuevo empleo. Ya había pasado su preciosa luna de miel de ensueño y ahora tocaba bajar de las nubes.

Un día, Maya se sintió mal, le dolía mucho el estómago y tuvo que salir pitando para el baño varias veces en veinticuatro horas. Estuvo así varios días sin mejorar. Saúl, bastante preocupado, la acompañó al médico y le diagnosticaron una gastroenteritis. Solo necesitaría dieta blanda y reposo.

Maya, preocupada, le comentó a Saúl en casa cuando estaba acostada porque se sentía débil:

—Cariño, sé perfectamente cómo son los síntomas de la gastroenteritis, pero esta vez lo noto diferente...

—¿Como de diferentes? —respondió preocupado.

—Aún es pronto para saberlo, pero tendré que comprar un test de embarazo en unas semanas y confirmar lo que pienso —respondió ella preocupada también.

—¿Cómo? ¿Crees que puedes estar embarazada?

—No lo sé, tengo que ver qué día fue mi última menstruación —respondió ella.

—De todas formas, ahora vengo, estoy impaciente por saberlo —informó él mientras le daba un beso, y se marchó a comprarlo.

Volvió rápidamente a casa y Maya seguía acostada en el sofá, no se había movido.

—Vamos a salir de dudas, cariño —dijo Saúl sonriendo.

Maya no se sorprendió, lo cogió, leyó las instrucciones y obedeció. Esperaron juntos unos minutos en el baño para conocer el resultado, bastante nerviosos e intrigados, y ella informó.

—No estoy embarazada, mi amor. —De pronto se puso triste.

—Bueno, ya llegará nuestro bebé, cariño, deseo tanto que seamos papás... —respondió un poco triste y abrazándola.

A partir de ese momento, estuvieron serios. Cómo puede ser que de la ilusión a la desilusión haya solo unos segundos. Pero es que la noticia era dura y tenían que asimilarlo.

A los días, Maya seguía igual. No salía de casa y Saúl solo estaba cuando llegaba de trabajar,

y, cuando salía, no se distraía con nada e iba directamente a cuidar a Maya.

Pasados unos días, Maya no mejoraba, el estómago la oprimía cada vez más, y, en ocasiones, se mareaba y tenía poco apetito.

Saúl llegó de trabajar preocupado con otro test de embarazo y le dijo:

—Vamos a repetirlo, cariño, puede que en el primero me haya anticipado, ¡crucemos los dedos!

Maya sonrió y volvió a hacer lo mismo que la anterior vez, pero sin tener esperanzas. Esperaron el resultado en el baño bastante nerviosos durante tres minutos. Saúl necesitaba beber agua de lo nervioso que estaba y fue rápidamente a la cocina a servirse. Justo en ese mismo instante, ella, impaciente por no poder aguantar a que volviera, gritó fuerte sin creer lo que estaba viendo:

—¡Vamos a ser papás, cariño! —Estaba completamente feliz por el resultado.

Saúl muy emocionado, y con el corazón a punto de explotar de la alegría, fue corriendo a abrazarla y rompieron en llantos de felicidad.

—Mi amor, ahora sí vamos a ser papás, nuestro bebé se está formando en mi interior — comentó mientras se tocaba la barriga con cariño y le daba un beso en los labios a Saúl.

Él se reclinó acercándose a la barriga de ella, y dirigiéndose a su bebé dijo:

—Estamos preparados para recibirte con los brazos abiertos y deseando conocerte, espero que seamos unos buenos papás para ti y que no te defraudemos nunca.

En nueve meses, un mundo maravilloso les estaba esperando junto a su bebé. Tendrían que aprender a ser papás primerizos, pasando por determinadas pruebas y por momentos inimaginables, repletos de muestras de amor multiplicadas que llegan a lo más profundo del corazón... Sumando felicidad en sus vidas para siempre.

FIN

Agradecimientos

Quiero dar las gracias especialmente a mis padres, por apoyarme incondicionalmente en este sueño.

A mis hermanos, por haberme dado su mano y su opinión sincera cada vez que la necesitaba, ¡y no fueron pocas!

También quiero dar las gracias a mis suegros y a mis cuñados, por la fuerza e ilusión que me transmitieron en todo momento.

Y, por supuestísimo, quiero dar las gracias a mi marido e hijo, por ser mi vida, mi gran apoyo y mi inspiración cada día, pero, sobre todo, mi refugio.

Gracias de corazón, sin vosotros no hubiera cumplido mi sueño.

Os quiero con locura.

Acerca de la autora



Cristina Segarra

Novela romántica (Por fin Juntos) (2019)

Cristina Segarra es puro amor. Nació el 27 - abril -1987 en Santa Pola, donde creció felizmente con su familia.

En la adolescencia comenzó a escribir periódicamente poemas y relatos de amor que guardaba en un cajón.

En verano del 2019 siendo mamá a tiempo completo, decidió perseguir su sueño hasta conseguirlo. Empezó una nueva aventura en su vida, escribiendo su primera novela de amor y estrenándose en este maravilloso mundo con Por fin juntos, una novela inspirada en una parte de su vida.